ORIGENES DEL HOMBRE

Las Primeras Culturas de Grecia (II)

30

TIME LIFE

folio

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

ORIGENES DEL HOMBRE

Las Primeras Culturas de Grecia (II)

TIME LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Maitland A. Edey
Asesores: Colin Renfrew, Joseph Winterbotham
Shaw y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A. 1-10-94
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rihts reserved
© Ediciones Folio, S.A., 1994

Distribución exclusiva para España y América:
Editorial Rombo, S.A.

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-469-8 (volumen II)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-8486-94
Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN II

Capítulo cuarto:
La perdida Atlántida **90**

Secuencia fotográfica: Autorretratos en los frescos de Tera . **111**

Capítulo quinto:
El auge de los micénicos **120**

Secuencia fotográfica: Obras maestras exhumadas de las tumbas reales **145**

Procedencia de las ilustraciones, agradecimientos y bibliografía **156**

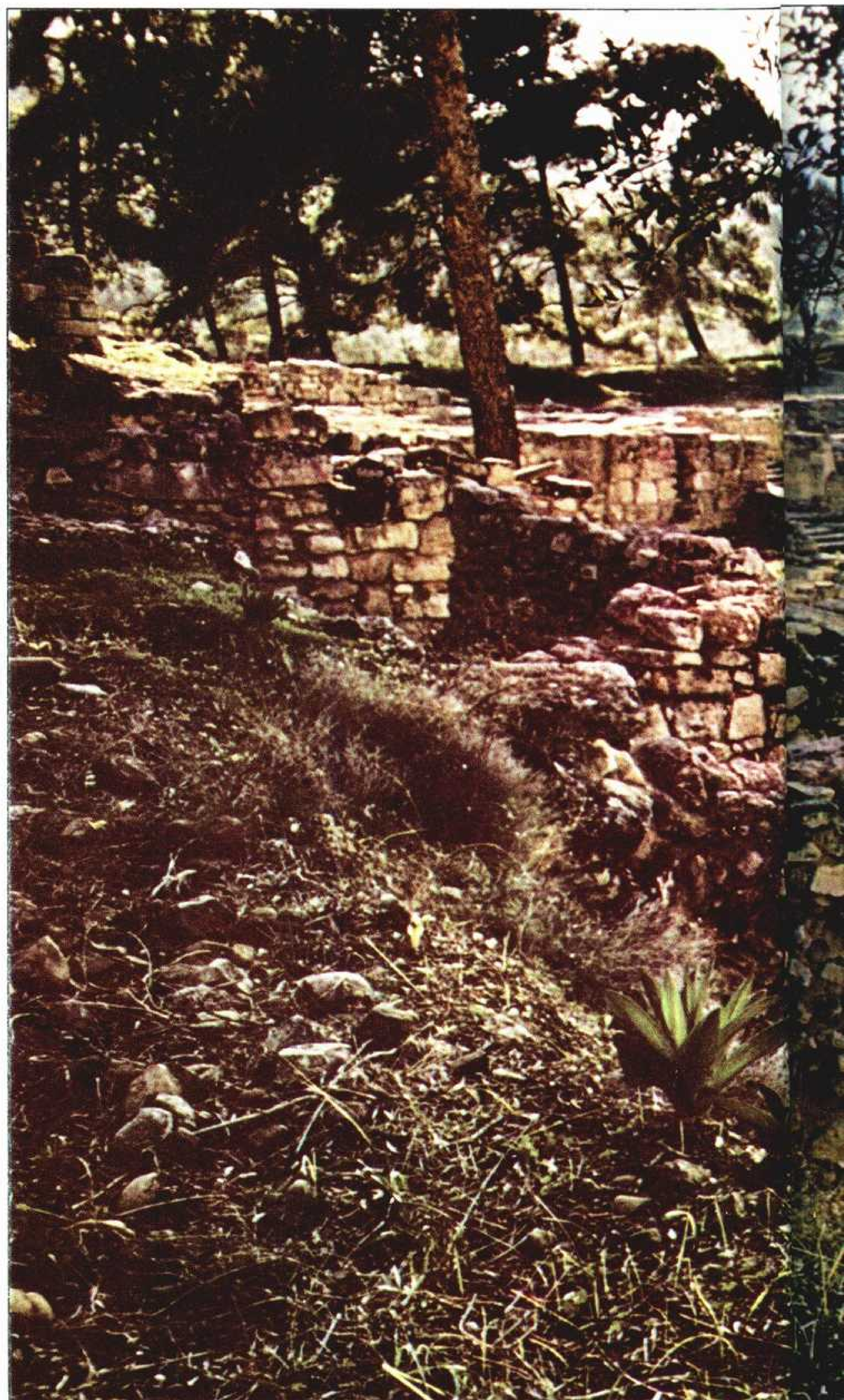
Índice **157**

Hagia Triada: una maravilla en miniatura

¿Es un minipalacio o una supervilla? Aún prosigue la discusión sobre la auténtica identidad de estas ruinas minoicas, las más encantadoras de todas, conocidas por su nombre griego moderno: Hagia Triada, que significa Santa Trinidad. Está a sólo un par de kilómetros del palacio de Festo, sobre una pequeña colina desde la que se goza de una magnífica vista sobre el mar y el monte Ida. Como no es lógico que existieran uno junto a otro dos palacios auténticos, Hagia Triada sería la residencia de verano de los soberanos de Festo. Esta posibilidad fue reforzada por el descubrimiento de un camino que unía los dos palacios y por la calidad de sus acabados: las paredes de Hagia Triada estaban cubiertas de alabastro y de abundantes frescos. Es un lugar suntuoso pero de dimensiones íntimas; en comparación con él, Festo parece frío y desnudo.



Las numerosas escaleras de Hagia Triada, como este tramo tan estrecho, estaban construidas con piedras cortadas a escuadra, que hoy se conservan en magnífico estado. Estos escalones bajan desde el nivel del patio central a una zona dedicada a talleres y almacenes.



El palacio de Hagia Triada tiene planta en forma de L y fue diseñado ingeniosamente de manera que sus salas fueran descendiendo como una cascada por una suave pendiente, uniendo entre sí las distintas series de habitaciones mediante numerosas escaleras. La entrada del palacio se hallaba en la cima del talud, a la izquierda; los aposentos reales, en primer término. El patio principal estaba en el centro. A la derecha se encontraban los talleres. En este palacio se han descubierto joyas de oro y tinajas de esteatita primorosamente labradas, que testimonian su ocupación por los reyes.



Capítulo cuarto: La perdida Atlántida



Hacia el 590 a. de C., un distinguido ciudadano ateniense visitaba Egipto. Era Solón, hombre de Estado que acababa de codificar un nuevo cuerpo de leyes para los atenienses y ahora se dedicaba a viajar, ausentándose prudentemente de Atenas mientras sus reacios conciudadanos digerían las severas leyes que él les había embutido.

Estando en Egipto, Solón habló con doctos sacerdotes-historiadores cuyo profundo conocimiento del pasado le causó una viva impresión. La historia griega era un embrollo de mitos, de origen desconocido, transmitidos a un pueblo que apenas hacía cien años que sabía leer y escribir. En cambio, la historia egipcia estaba claramente registrada en papiro y en piedra, y se remontaba a más de dos milenios. Solón escuchó atentamente cuanto se le decía, esperando aprender algo sobre la prehistoria de su propio pueblo. Una de las historias que trajo consigo era inolvidable. Describía un imperio insular –vasto, poderoso, altamente civilizado– que en un solo día, durante una horrible catástrofe, se había hundido en el mar y había desaparecido para siempre.

La historia fue transmitida por los descendientes de Solón, uno de ellos primo del filósofo Platón. Finalmente, Platón la había puesto por escrito en sus diálogos. Y así, según se cree, se abrió paso en el pensamiento occidental la leyenda de la Atlántida.

Platón fue tan explícito al precisar el tamaño y el emplazamiento de la supuesta isla, que la mayoría de las personas que intentaban descubrir una Atlántida sumergida la buscaban en el Atlántico. No lo consiguieron. Ni lo conseguirán: los conocimientos que tenemos hoy día sobre el fondo del océano, sobre la formación de los continentes y sobre las plataformas continentales han excluido toda posibilidad de que el océano Atlántico haya tenido jamás una gran isla poblada.

¿Cómo explicar, pues, la historia de la Atlántida tal como la referían aquellos eruditos egipcios? Dos investigadores modernos, el helenista de Irlanda J. V. Luce y el científico griego A. G. Galanopoulos, han estudiado intensamente este problema. Y en sus escritos han llegado esencialmente a una misma solución. Sugieren que el modo correcto de plantearse este problema es empezar con Platón, tomarle en serio aunque no al pie de la letra. En una palabra, Platón escribía de algo real, pero su descripción de ese algo –su tamaño, su disposición, su población, su edad y su gobierno– era un tanto fantasiosa, concebida para cumplir un fin filosófico más que histórico.

Por tanto, afirman ambos investigadores, no miremos la leyenda con los ojos de Platón sino con los de los egipcios. Busquemos el hecho que subyace bajo el mito platónico, alguna catástrofe de la que los egipcios hayan podido oír hablar, que les haya hecho crear la historia de la Atlántida. Tal catástrofe pudo incluso ocurrir cerca de ellos, en el Mediterráneo: es una posibilidad que progresivamente cobró fuerza cuando los dos investigadores rechazaron todas las demás y concluyeron que no había ningún otro lugar en el mundo que hubiera podido contener una Atlántida.

Así pues, remontémonos al punto de vista egipcio. Los egipcios eran esencialmente un pueblo de tierra y de río. Durante su larga historia habían mirado hacia el norte desde el delta del Nilo, a través del



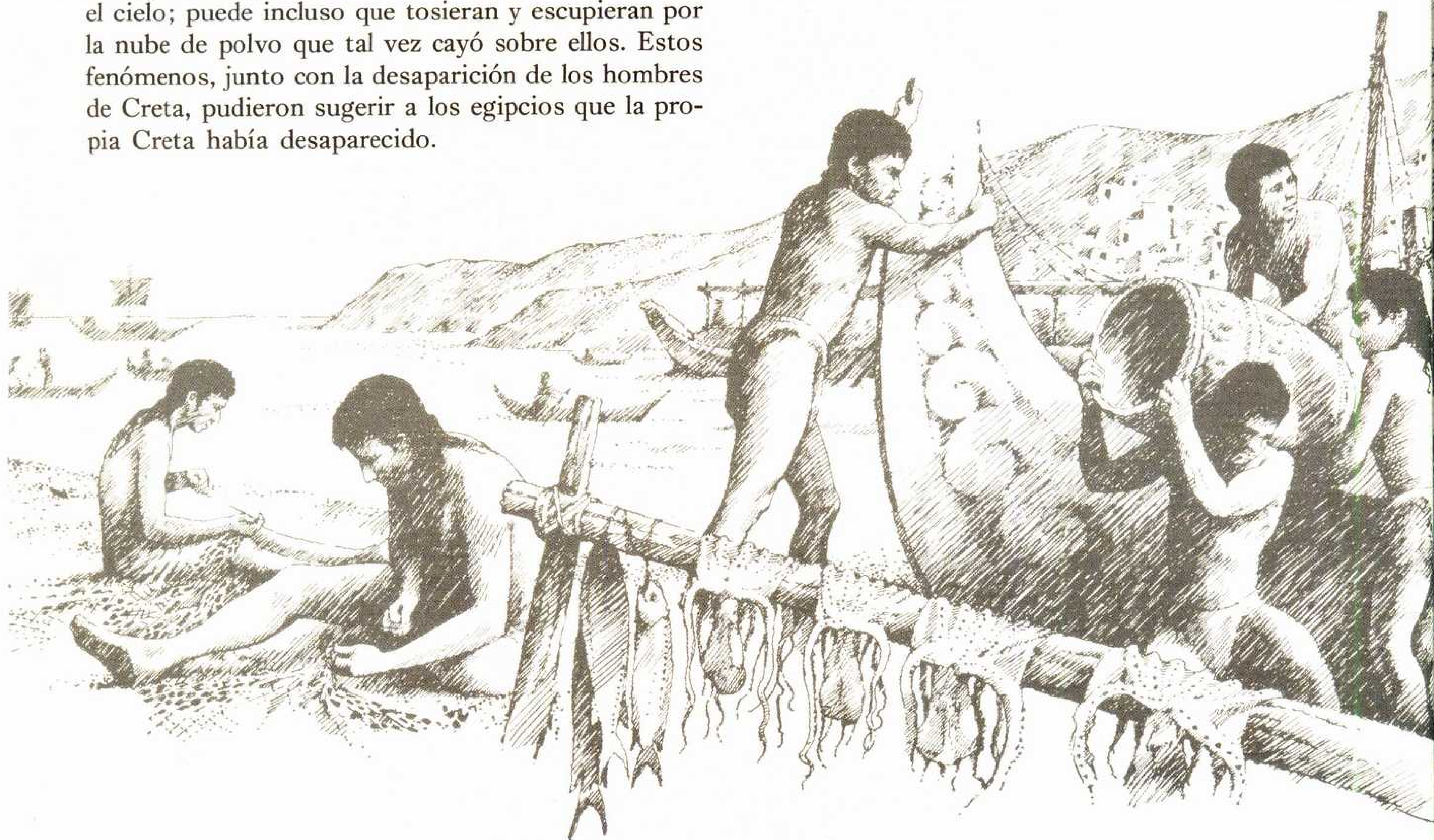
La isla de Tera –antes circular– cobró forma de media Luna cuando su centro se hundió hacia el 1500 a. de C., dejando acantilados de 330 m de altura y dos islitas bordeando una laguna central (foto). El diagrama muestra en azul claro sus contornos originales. Las islas que hay en medio son cimas de volcanes aún activos.

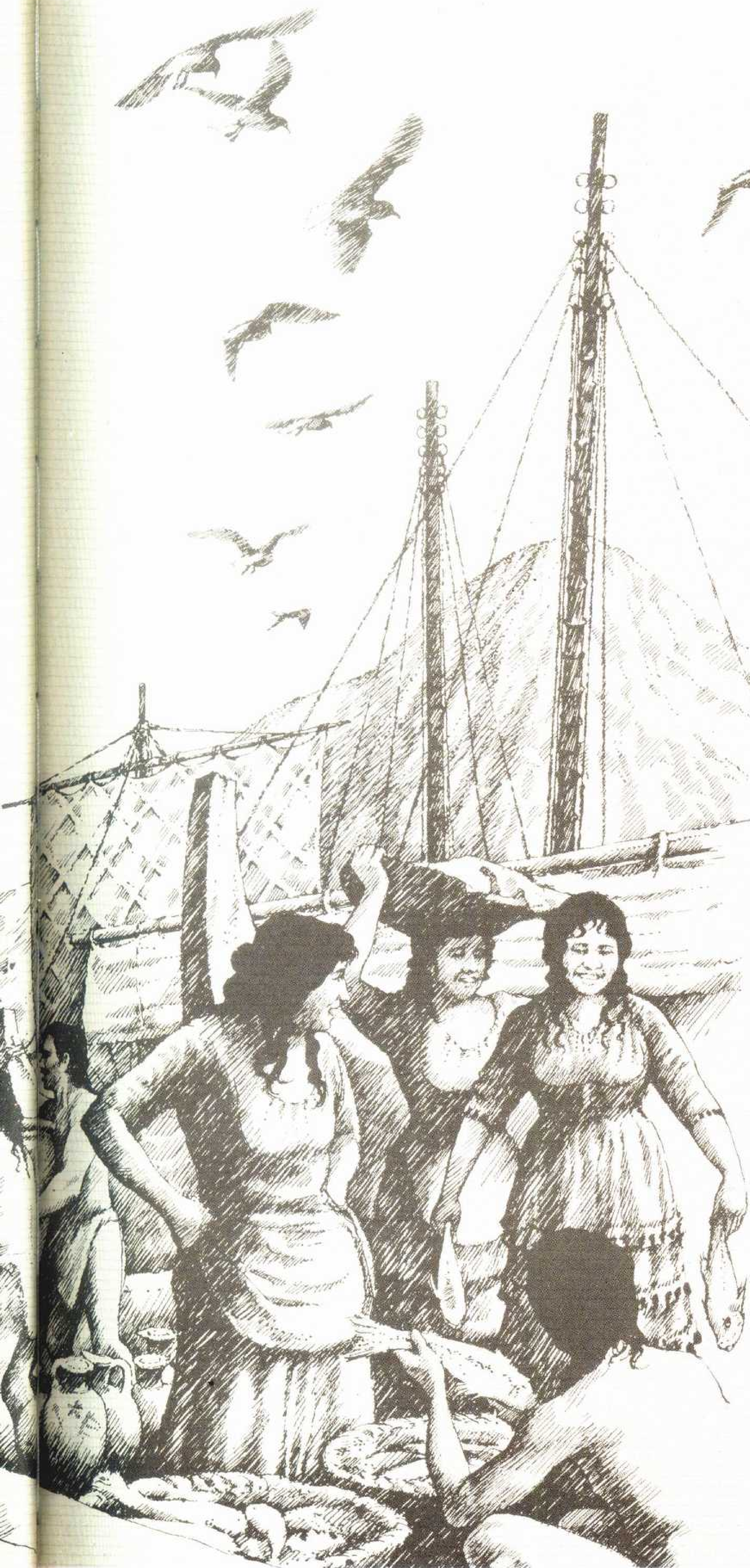
"gran verde", como ellos llamaban al Mediterráneo, en busca de un rico y algo misterioso imperio insular que se escondía tras el horizonte a una distancia desconocida. Sólo conocían este lugar indirectamente: a través de sus habitantes, que navegaban rumbo al sudeste para comerciar con Egipto.

Si esta teoría fuese cierta, los habitantes de la Atlántida no serían otros que los "keftiu": las gentes de Creta. Probablemente traían consigo madera, aceite de oliva, tejidos, cerámicas y objetos de bronce para trocarlos por papiro, cerámicas vidriadas, cobre y oro. Pero, de repente, dejaron de venir. Por entonces empezaron a correr rumores de que había ocurrido una terrible catástrofe, de que una gran convulsión había hecho añicos una isla. Es posible que los egipcios oyeran una pesada explosión atronando el cielo; puede incluso que tosieran y escupieran por la nube de polvo que tal vez cayó sobre ellos. Estos fenómenos, junto con la desaparición de los hombres de Creta, pudieron sugerir a los egipcios que la propia Creta había desaparecido.

En cualquier caso, una versión de tal desastre insular sobrevivió en las crónicas egipcias y, a su debido tiempo, fue referida a Solón cuando éste visitó Egipto casi mil años después. Puesto que ningún griego de tiempos de Solón tenía la menor idea de la existencia de una cultura cretense sin igual, él debió de tomar el relato con más imaginación de la debida. O él o Platón dieron a la isla desaparecida el nombre de Atlántida, nombre con que ha llegado hasta nosotros.

Creta, por supuesto, no ha desaparecido; pero sí desapareció, al menos en parte, una isla vecina. Se trata de Tera, la más meridional de las Cíclades, situada a poco más de un centenar de kilómetros de Creta. Era una isla circular, de 16 ó 18 kilómetros de diámetro. Constituía la cima visible de un gran





volcán que se alzaba sobre el fondo mismo del Mediterráneo, formado en un remoto pasado a consecuencia de erupciones volcánicas sucesivas cuyos materiales se habían ido acumulando. Durante la Edad del Bronce, Tera podía parecer como un Fuji Yama o un Vesubio en medio del mar, con un cono bastante simétrico, profundamente marcado por la erosión, coronado probablemente por una chimenea y un pequeño cráter. Dada la fertilidad de los suelos volcánicos, las partes más planas y bajas de sus laderas debían de ser un vergel, con sus viñedos, campos de cultivo y bosquecillos de los que se alimentaba la densa población que hoy sabemos habitó la isla. Sólo las partes más altas y abruptas del cono –cubiertas de cenizas o de lava– estarían baldías.

Pero entonces Tera, que durante tanto tiempo había permanecido inactivo, entró de nuevo en erupción, arrojando una gran cantidad de rocas, lapilli y cenizas. Esta nueva actividad culminó en una o varias explosiones tremendas, originadas por insoportables presiones de gas y calor, que se formaban en el interior del volcán a un ritmo mucho mayor que

Las gentes de Tera, como las de otras islas del Egeo, subsistían en gran parte gracias a los productos del mar. En esta escena del activo puerto de Acrotiri, las mujeres regatean el precio del pescado, unos pulpos se secan al sol, dos pescadores reparan sus redes y los estibadores descargan las mercancías de un barco recién arribado. Los habitantes de Tera habían organizado muy bien su comercio, exportando principalmente aceite de oliva. La mayor parte del aceite se enviaba a Creta a cambio de cerámicas finas y otros productos de lujo. Pero toda esa floreciente actividad terminó en el 1500 a. de C., cuando explotó el volcán de Tera, que se ve al fondo.



el de salida por la estrecha chimenea existente en el centro del cono. Las explosiones fueron verdaderamente épicas; y cuando cesó la última, vomitando millones y millones de toneladas de material, del lugar que antes proyectaba gases y magmas sólo quedaba un inmenso vacío submarino. Toda la montaña se precipitó en este vacío y desapareció bajo el agua.

Lo que antes había sido una isla circular ahora tenía forma de media luna, con varias islas más pequeñas emergiendo de las aguas en los bordes de aquel enorme pozo. Lo que había sido antes un pico de 1.500 m de altura era ahora un lago de más de 11 km de diámetro, rodeado por un paisaje lunar de escarpados acantilados de lava que se alzaban a 300 m sobre el mar y se hundían en él otro tanto. El lago era, de hecho, un inmenso cráter, más profundo que el mar circundante. Cuando la nube de polvo y humo se disipó, lo que quedaba de la isla estaba cubierto por un manto de ceniza recién depositada, que en algunos lugares tenía más de 60 m de espesor.

¿Cuándo sucedió esto exactamente? Cuando en 1932 el arqueólogo griego Spyridon Marinatos echó una primera ojeada investigadora a esta extraña isla hecha añicos, nadie lo sabía con certeza. El propio Marinatos se interesaba en ello a causa de otro arduo problema que él empezaba a plantearse: ¿qué había derribado todos los palacios de Creta? Y, en particular, ¿qué había desplazado unos pesados bloques de piedra en unas ruinas próximas al mar que se hallaban en Amniso, puerto de Cnoso, en la costa norte de Creta? Marinatos caviló ante este problema durante siete años, y luego publicó un audaz artículo sugiriendo que la erupción de Tera había destruido la civilización minoica.

Para hacer aceptable esta radical proposición, los expertos tenían que hallar respuestas a dos preguntas. La primera se refería a la fuerza: ¿pudo realmente la explosión de Tera ser lo suficientemente destructiva como para arrasar Creta, cuyo punto más cercano estaba a más de 100 kilómetros de distancia? Y la segunda, al tiempo: ¿la explosión sucedió cuando cayeron los palacios de Creta o en otro momento completamente distinto?

Para responder a la primera pregunta se disponía de un modelo reciente: en 1883 había ocurrido una explosión volcánica similar en Krakatoa, isla del estrecho de la Sonda, entre Sumatra y Java. Las circunstancias de Krakatoa guardan notables semejan-

En un rincón de una de las estrechas calles típicas de Acrotiri, unos vecinos charlan a la entrada de una casa. Los estudios hechos sobre las ruinas de esta ciudad portuaria revelaron que muchas casas estaban construidas con grandes bloques de piedra y tenían entradas sostenidas por postes y dinteles de madera. En esa escena, un campesino lleva en su burro dos tinajas con aceite de oliva y un cesto con productos diversos.

zas con las de Tera. También Krakatoa era una pequeña isla con una larga historia de actividad volcánica, historia que alcanzaría un idéntico paroxismo final con un espantoso estallido, acompañado de una gran proyección de cenizas y que acabaría en un hundimiento semejante y en la consecuente desaparición de gran parte de la isla bajo el mar.

El valor de Krakatoa como modelo residía en que esta erupción estaba bien documentada. Se conservaba una gran cantidad de información de testigos presenciales que vivían en aquella región o que pasaban por allí en barco. Su enorme poder destructor era innegable. Sólo en las proximidades del estrecho de la Sonda, 300 aldeas fueron inundadas y murieron 30.000 personas. Olas sísmicas de 40 m de altura barrieron las costas vecinas. La onda expansiva destruyó numerosas obras de albañilería en 150 km a la redonda. El aire se llenó de gases tóxicos. Bloques de roca y de piedra pómez fueron lanzados sobre una amplia zona. Tres días después aún caía gran cantidad de cenizas y polvo sobre el puente de barcos que navegaban a 2.500 km de allí. El polvo más fino tardó varios meses en caer, ofreciendo a gentes de todo el mundo las más bellas puestas de sol que jamás habían visto.

Durante varios años antes de que se observase algún indicio de una posible erupción, Krakatoa había sacudido toda la región con una serie de terremotos cada vez más violentos. Luego comenzó la actividad volcánica, creciendo su intensidad durante tres meses. El punto culminante se alcanzó con cuatro detonaciones extraordinariamente ensordecedoras, que fueron oídas claramente por numerosas personas de Australia, a 3.200 km de distancia en dirección sudeste, e incluso, según afirmaron, por gentes de la isla Rodríguez, a 4.800 km en dirección oeste. Localmente –en un radio de más de 300 km– las explosiones fueron ensordecedoras. Durante varios meses después de la catástrofe, los barcos que navegaban por el Indico tenían que surcar entre enormes balsas flotantes de piedra pómez.

¿Se puede comparar Krakatoa con Tera? Claro que sí, pues en ambos lugares ocurrieron las mismas series generales de acontecimientos.

La catástrofe de Tera fue bastante mayor que la de Krakatoa; el cráter de Tera era cuatro o cinco veces más grande y, consecuentemente, también lo fue la cantidad de material proyectado. Aunque esto no significaba necesariamente que fuese cuatro o cinco veces mayor su poder destructor. Todo depende de la fuerza de las explosiones principales. Un gran petardo que va quemándose lentamente y tarda medio segundo en explotar tiene mucha menos fuerza que un petardo pequeño que explota casi instantáneamente. Los petardos y los volcanes que explotan se parecen en que en ambos se producen rápidos aumentos de presión dentro de espacios cerrados. El poder de la explosión resultante se mide no sólo por la cantidad de explosivos que hay dentro, sino también por la cantidad de presión requerida para hacer reventar su envoltura y por la instantaneidad con la que el reventón tiene lugar.

Los vulcanólogos han realizado en los últimos años estudios profundos sobre Tera, y se ha aprendido mucho al respecto. La mayoría están de acuerdo en que la catástrofe de Tera fue sumamente grande y pudo, en teoría, infligir un grave daño a Creta. Sin embargo, aún no se ha concluido definitivamente el que realmente sucediera así. El daño pudo ser causado por terremotos asociados con la erupción de Tera o coincidentes con ella, o bien directamente por la explosión. Pero la atención se ha centrado sobre todo en otros dos fenómenos: la caída de cenizas y los tsunamis (gigantescas olas de origen sísmico). Ambos fenómenos son los mejor cualificados para explicar el desastre cretense.

La palabra *tsunami* procede de dos términos japoneses que significan "ola de puerto". Es la palabra



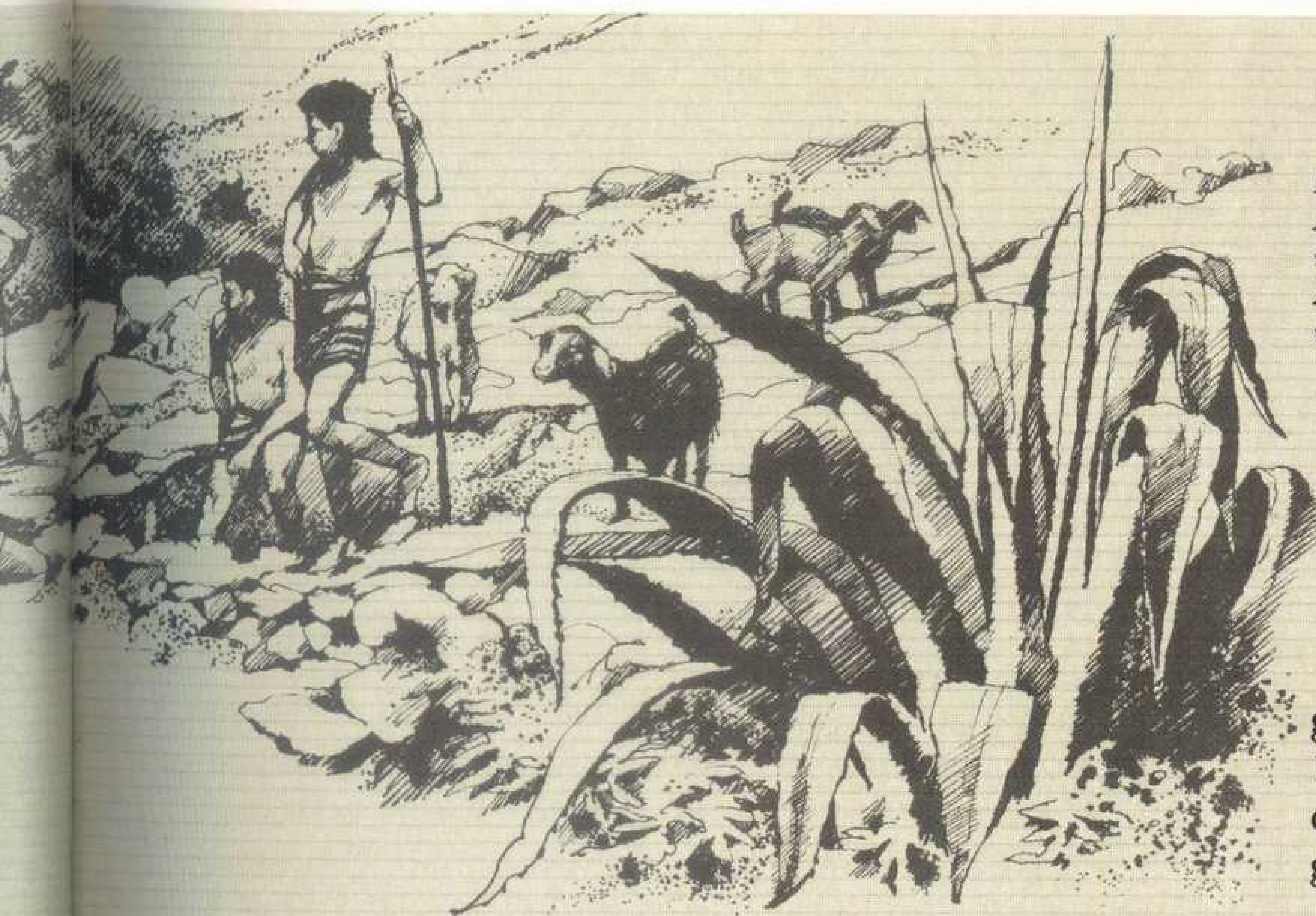
justa. En sus estrechos puertos y en sus mares interiores, los japoneses han tenido, a lo largo de su historia, una amarga experiencia en tsunamis. Los tsunamis son causados por el movimiento de voluminosas masas de tierra, a consecuencia de un terremoto producido en el fondo del mar o por el hundimiento volcánico de una isla. Ambos fenómenos pueden originar un temblor del agua circundante, parecido a la onda que se propaga por un estanque cuando lanzamos una piedra, sólo que a una escala mucho mayor.

Los tsunamis se desplazan a velocidades de hasta 650 km/h, según la profundidad a la que se encuentra el fondo del mar. Cuando avanzan por alta mar, son muy amplios pero muy bajos: 100 ó 200 km de ancho, pero sólo un metro o dos de altura. Un barco que encuentre en alta mar una ola tan amplia, pero tan lenta y tan baja, probablemente ni siquiera la notará. Pero cuando el maremoto encuentra un obstáculo –por ejemplo, una isla o una costa–, a medida que el mar es cada vez menos profundo, el fondo marino hace que la ola se encrespe cada vez más, hasta alcanzar una altura de varias decenas de metros. Esta inmensa muralla de agua inundará la costa, elevándose aún más si se ve constreñida por una bahía larga y estrecha, semejante a un gran embudo; llegará sin el menor aviso y anegará toda la región en unos minutos. La ola es igualmente peligrosa al retirarse; retrocede como un torrente estruendoso, que arrastra consigo cuanto encuentra.

Marinatos pensaba en los tsunamis cuando inspeccionaba aquellos bloques de piedra desplazados en la costa cretense próxima a Cnoso. Y volvió a pensar en los tsunamis cuando, en la isla cicládica de Anafe, muy por encima del nivel del mar, encontró trozos de piedra pómez: era lava ligera y esponjosa que había viajado sobre la cresta de una ola y que, al pa-



Dos mujeres hilando lana se reúnen con sus vecinos en una plaza de Tera para admirar un mono que un comerciante ha traído de Egip



En un olivar desde el que se domina Acrotiri, unos muchachos apacientan un rebaño mixto de ovejas y cabras. Al fondo, a la izquierda, la ciudad reposa apaciblemente al borde del mar.

recer, había quedado allí para testimoniar el punto más alto que la ola había alcanzado.

La hipótesis de la destrucción causada por la caída de cenizas es igual de impresionante. Se ha calculado que un estallido a la escala de Tera pudo cubrir la parte oriental de Creta con una capa de cenizas de varios centímetros de espesor. Esta capa habría bastado para destruir las cosechas y para inutilizar los campos durante varios años. Una capa de un metro de espesor habría destruido los árboles y derrumbado los edificios.

Cálculos de este tipo entusiasmaban a los partidarios de la hipótesis de la destrucción por las cenizas; lo malo era que no se encontraba el menor rastro de cenizas en Creta. Los investigadores que excavaron los sitios palaciales a principios del siglo XX no tenían la menor idea de que la caída de cenizas pudiera estar relacionada con su destrucción y, consecuentemente, no las buscaron. En cualquier caso, les habría sido difícil el encontrarlas. Las cenizas volcánicas tienden a pulverizarse y a mezclarse luego con el suelo circundante. Por eso tampoco pudieron encontrarlas, aunque las buscaron, los investigadores que les siguieron. Tras muchos siglos de ser aradas y cavadas, de ser erosionadas por el agua, de ser barridas por el viento, las cenizas habrán sido arrastradas hasta el mar, habrán desaparecido por completo o ya no podrán identificarse como tales a no ser mediante un microscopio, gracias al cual los expertos pueden detectar sus minúsculas y vidriosas partículas mezcladas con otros materiales del suelo. Dado lo difícil que resulta identificar las cenizas, algunos experimentados arqueólogos sostenían aún en 1973 que no había cenizas en Creta, y que la explicación del ocaso minoico habría que buscarla en algún otro factor.

Y ello a pesar de que estaban empezando a aparecer en el fondo del mar ciertos indicios muy interesantes. Desde 1947, los barcos oceanográficos han estado extrayendo mediante barrenas tubulares muestras cilíndricas del fondo del Mediterráneo oriental y analizando los diferentes estratos allí acumulados. Las muestras del fondo del mar proporcionan valiosos testimonios sobre los fenómenos ocurridos en tierra, pues es un lugar muy tranquilo comparado con el turbulento mundo de la superficie. Cuando algo cae al fondo –sean cenizas, espinas o caparazones–, se va cubriendo poco a poco con capas de otros materiales que se filtran y que lo encierran seguramente allí. Las muestras pueden revelar gran cantidad de cosas sobre lo que sucedió hace miles e incluso millones de años.

Las muestras extraídas del Mediterráneo oriental contienen cenizas. Y las extraídas cerca de Tera con-



Una mujer de Acrotiri asa broquetas sobre unos morillos.

tienen más, lo que indica que dichas cenizas procedían de esta isla. A varios kilómetros de Tera, las capas de ceniza se hacen menos espesas. Y, por último, a gran distancia de Tera desaparecen por completo. Las muestras revelan que hay dos tipos distintos de capas de cenizas. Es claro que hubo dos grandes estallidos volcánicos, en dos épocas bastante alejadas entre sí. El problema estaba en descubrir si una de estas dos erupciones era la que había podido afectar a los palacios minoicos.

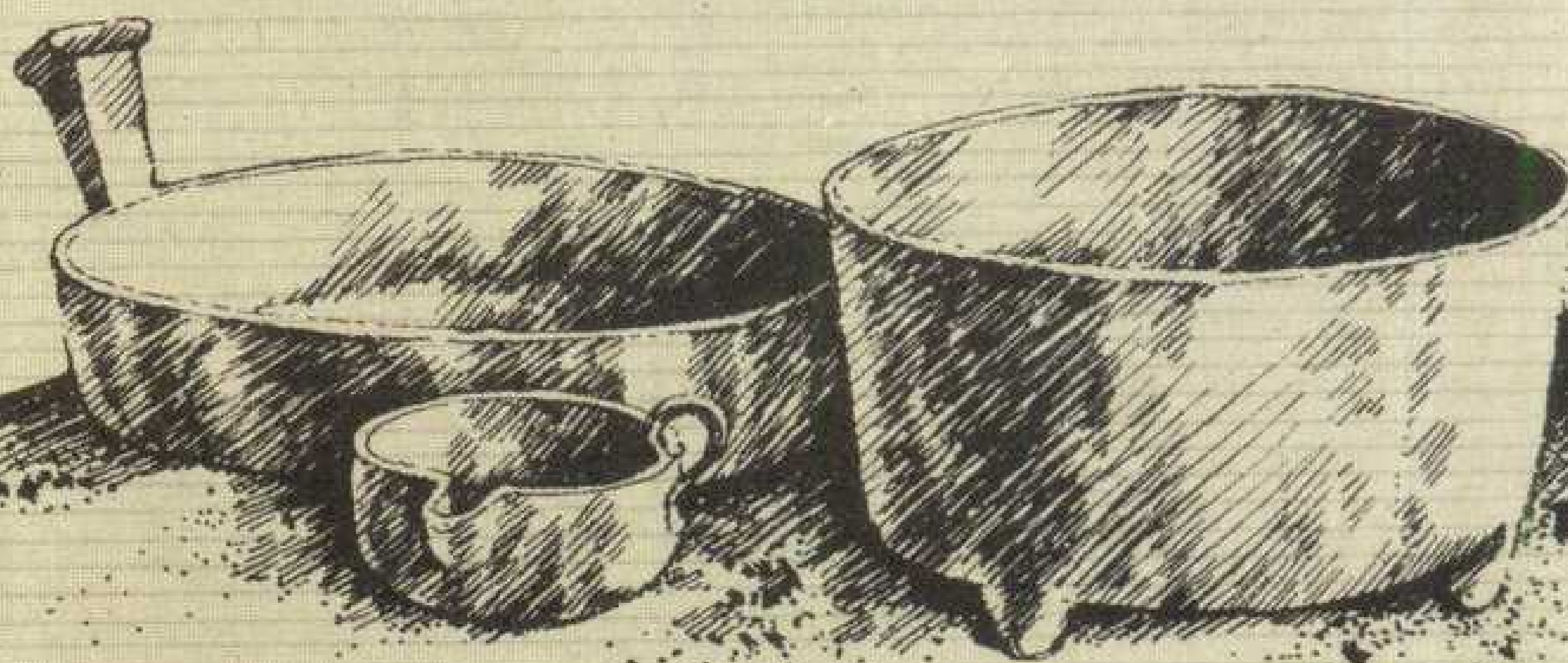
Hay una solución elegante de este problema. Las cenizas se componen de pequeños fragmentos de materiales volcánicos. Cuando la lava es proyectada por la chimenea del volcán, sus gases se expanden rápidamente y, en determinadas condiciones, transforman los materiales en una especie de espuma petrificada, llena de pequeñas burbujas de aire. Se ha formado piedra pómez. Aunque la piedra pómez parece una roca, realmente es un tipo de vidrio volcánico. Puede ser lanzada en grandes bloques o en pequeños pedazos, según los obstáculos que encuentre en su proyección. La mayor parte de la piedra pómez tiene un tamaño intermedio entre el de un guijarro y el de las briznas de polvo. Esta piedra pómez menuda se llama *tefra;* y es tefra lo que cubre Tera y lo que se encuentra en capas tapizando el fondo del mar.

Puesto que las condiciones bajo la superficie terrestre varían de volcán a volcán, los magmas proyectados en diferentes épocas o en lugares diferentes no son nunca exactamente iguales. Estas variaciones pueden determinarse en el laboratorio con gran precisión, midiendo los ángulos con los que se refracta la luz en las muestras de tefra. Cada muestra tiene su índice de refracción, distinto del de las demás. La espesa capa de tefra que hoy cubre Tera posee un índice de 1.509. E igual índice posee toda la tefra espolvoreada por los fondos marinos próximos. La capa de tefra más profunda –y, por tanto, más antigua– que hay en las muestras tiene un índice de 1.521. Pertenece a una erupción acaecida hace unos 25.000 años y por tanto no nos interesa aquí, a no ser para hacer notar con cuánta precisión podemos identificar un acontecimiento determinado.

Las muestras nos revelan claramente la distribución de la tefra de Tera sobre el fondo del mar. Se extiende en la dirección del viento, sobre todo hacia el sudeste, por una zona de más de 300.000 km^2. Esta zona incluye la mitad oriental de Creta, lo que indica que allí debieron de caer abundantes cenizas, aunque los anteriores arqueólogos no pudieran encontrarlas. En 1971, dos vulcanólogos estadounidenses, Dorothy y Charles Vitaliano, estudiaron el suelo de numerosos sitios cretenses y consiguieron varias muestras de tefra de índice 1.509, probando con ello de manera concluyente que allí habían caído cenizas proyectadas por la explosión de Tera. Si actualmente son tan escasas, se debe a lo perecedero que es el propio vidrio.

Así pues, los tsunamis pudieron dañar a Creta. Y también pudo hacerlo la caída de cenizas. Mas para probar una teoría u otra, es necesario habérselas con

Acrotiri tenía sus propios talleres metalúrgicos, y entre sus ruinas se han encontrado recipientes como los tres de aquí abajo. El ancho y poco profundo se llama "sartén" a causa de su forma, pero ignoramos para qué se usaba realmente. También se encontró un yunque con forma de sillín (a la derecha); el metalario se sentaría a horcajadas sobre un extremo del mismo, mientras daba forma sobre el otro a un recipiente golpeándolo con un martillo de piedra.



el segundo de los dos problemas antes mencionados: el problema del tiempo. En pocas palabras, ¿cuándo voló por los aires el cráter de Tera y cuándo cayeron los palacios minoicos? Para probar que lo primero causó lo segundo, es indispensable –y nada fácil– demostrar que ocurrieron al mismo tiempo.

Los estudios geológicos de las capas de tefra que cubren Tera han revelado muchas cosas sobre la naturaleza de la erupción, pero no cuándo sucedió. Las mejores pruebas para la datación habían sido conseguidas en unas excavaciones realizadas en Tera durante el siglo XIX y que proporcionaron restos de cerámica datables hacia el 1500 a. de C. Se necesitaban pruebas mejores, recogidas bajo condiciones controladas en una excavación moderna.

Y de nuevo entra en escena el profesor Marinatos. Decidido a encontrar pruebas de que los minoicos habían ocupado Tera, aguijoneado por aquellos primeros hallazgos de cerámica, y en particular por informes que le llegaban sobre casas enterradas y más cerámica descubierta en un sitio llamado Acrotiri, situado cerca de la punta meridional de la isla principal con forma de media luna, escogió este último lugar como el más adecuado para emprender unas excavaciones. Una consideración puramente práctica aconsejaba además esta elección. La capa de ceniza que cubre Tera suele ser tan profunda que el eliminarla sería una tarea desesperante para un arqueólogo. Pero en algunas partes de Tera la erosión ha eliminado gran parte de esa capa. Uno de los principales atractivos de Acrotiri era que, en algunos lugares, la capa de tefra sólo tenía unas decenas de centímetros de espesor.

Marinatos empezó a excavar en 1967. Sus hallazgos, antes de morir por una caída en este lugar en 1974, fueron verdaderamente milagrosos. Penetran-



do cada vez más en la capa de tefra, fue minando poco a poco –casa a casa, calle a calle– las ruinas de una gran ciudad cicládico-minoica. Marinatos no sabía qué parte de la ciudad había descubierto, si estaba trabajando en su centro o en los alrededores. Sospechaba que la ciudad se extendía a lo largo de la costa durante una cierta distancia y que además incluía parte de la isla hoy cubierta por el mar. Pensaba que, cuando sobrevino la catástrofe, en esta parte de Tera podían vivir unas 30.000 personas.

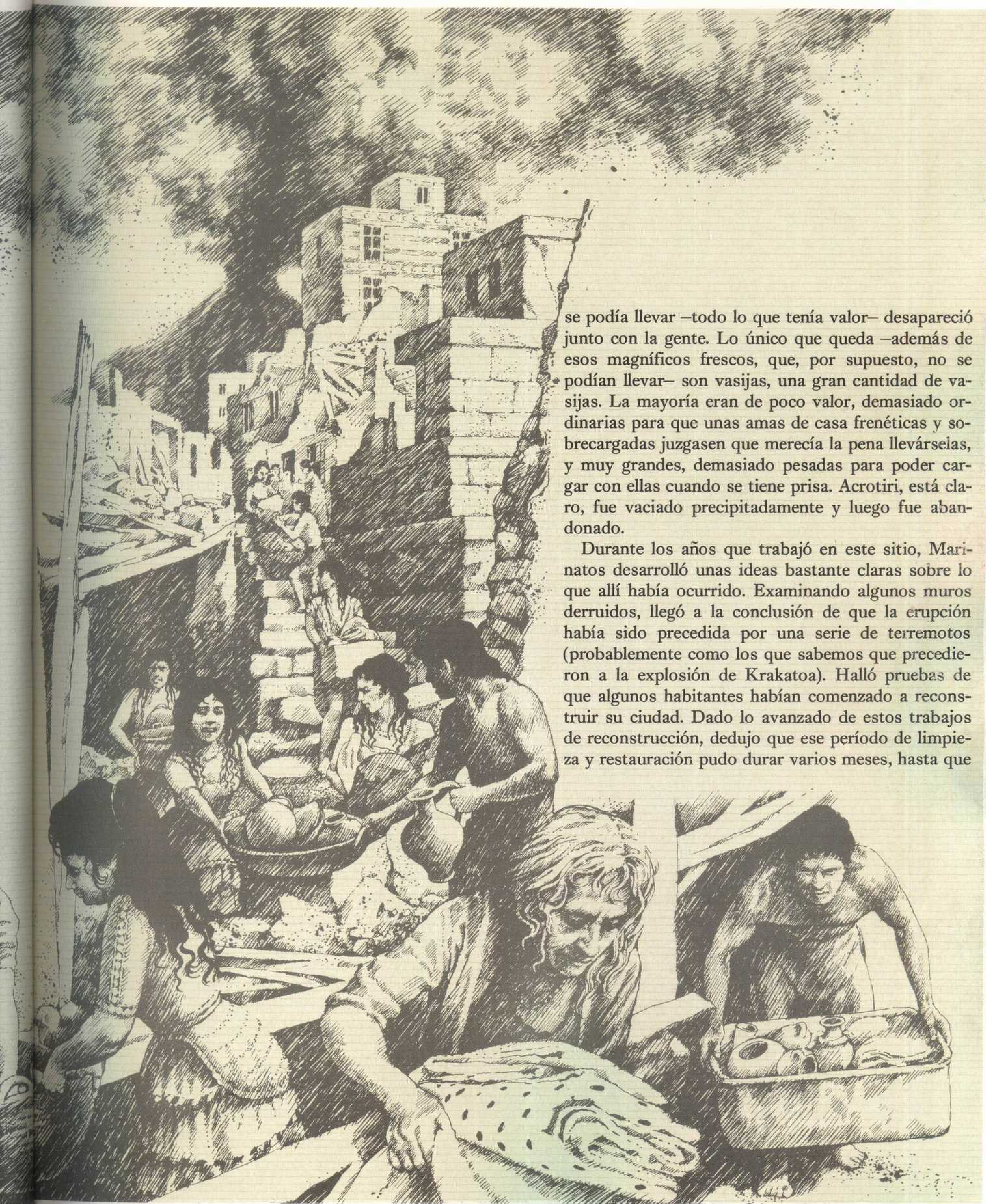
Pero más importante aún que el tamaño de la ciudad descubierta por Marinatos es su estado de conservación. A diferencia de los demás sitios minoicos conocidos, Acrotiri está exactamente como quedó el día del desastre. La tefra es un material aún más protector que los sedimentos marinos. Químicamente casi neutra, actuó como un pesado embalaje –casi como la nieve– filtrándose en cada rendija, hundiendo los techos cuando su peso se hizo excesivo, combando las escaleras, aplastando los objetos de cerámica, pero penetrando gradualmente en todo y preservándolo así para siempre.

Acrotiri es un lugar extraordinario, tanto por lo que tiene como por lo que no tiene. Ha proporcionado ya al menos media docena de los más bellos y más completos frescos minoicos jamás encontrados *(páginas 111-119)*. Pero no ha proporcionado un palacio. Marinatos no sabía dónde buscarlo. Ni siquiera estaba seguro de que hubiese habido alguno, aunque, según el modelo de los sitios arqueológicos cretenses, parece altamente probable que en algún lugar de Tera hubo un palacio.

Y, lo que es aún más extraño, no hay esqueletos humanos en este mausoleo de polvo. Y ningún tesoro. La impresión que uno saca, caminando por las estrechas calles excavadas, deteniéndose unos instantes en su pequeña plaza, asomándose a sus puertas y ventanas, es que se trata de una ciudad abandonada, cubierta totalmente de polvo. No estamos ante una Pompeya, cuyos habitantes fueron sorprendidos y atrapados por la repentina erupción del Vesubio: hombres alcanzados mientras corrían por las calles, perros calcinados en los últimos estertores de su agonía, habas sobre el fogón. En Acrotiri, todo lo que



Alertados por terremotos que previamente habían dañado sus hogares, y ahora aterrorizados por los gases sofocantes que emanan del volcán, los habitantes de Acrotiri se disponen a huir. Han recogido sus objetos más valiosos y más fáciles de transportar –joyas, telas y cerámicas finas– y se dirigen a la ribera del mar, donde embarcarán en su flota para alejarse de este holocausto. Aún no sabemos qué rumbo tomaron, si fueron a Creta, a otras islas cicládicas o a la Grecia continental. Los arqueólogos sólo están seguros de de que la evacuación se hizo rápida y eficazmente, pues no se han encontrado restos humanos.



se podía llevar –todo lo que tenía valor– desapareció junto con la gente. Lo único que queda –además de esos magníficos frescos, que, por supuesto, no se podían llevar– son vasijas, una gran cantidad de vasijas. La mayoría eran de poco valor, demasiado ordinarias para que unas amas de casa frenéticas y sobrecargadas juzgasen que merecía la pena llevárselas, y muy grandes, demasiado pesadas para poder cargar con ellas cuando se tiene prisa. Acrotiri, está claro, fue vaciado precipitadamente y luego fue abandonado.

Durante los años que trabajó en este sitio, Marinatos desarrolló unas ideas bastante claras sobre lo que allí había ocurrido. Examinando algunos muros derruidos, llegó a la conclusión de que la erupción había sido precedida por una serie de terremotos (probablemente como los que sabemos que precedieron a la explosión de Krakatoa). Halló pruebas de que algunos habitantes habían comenzado a reconstruir su ciudad. Dado lo avanzado de estos trabajos de reconstrucción, dedujo que ese período de limpieza y restauración pudo durar varios meses, hasta que

fue interrumpido por la actividad del volcán. Durante ese tiempo, parece que los habitantes reunieron las vasijas no aplastadas por los muros derrumbados y que las almacenaron en las casas que aún quedaban en pie. La gente colocó gran parte de los recipientes a la puerta de las casas como precaución contra nuevos terremotos, pensando que los dinteles los protegerían; es una precaución que aún toman hoy los aldeanos de lugares propensos a los terremotos.

Marinatos descubrió incluso, para gran gozo suyo, en qué estación había ocurrido la catástrofe. Una vez vaciadas las cenizas que contenían, se vio que algunas habían preservado en su fondo pequeñas cantidades de habas y de otros productos comestibles. Entre las habas había filamentos, que resultaron ser raicillas de las habas. Este extraño descubrimiento sugiere que el terremoto tuvo lugar durante la primavera. Ello explicaría el que las vasijas estuvieran casi vacías: las provisiones del otoño anterior habían sido consumidas ya por las propias personas que las habían cultivado y que intentaban sobrevivir juntas después de los terremotos. La actividad volcánica habría comenzado al final del verano o al principio del otoño; las habas habrían permanecido en las vasijas durante todo el verano: lo suficiente para germinar, pero no para llenar las vasijas con la cosecha de la estación siguiente. El que la erupción ocurriese en verano es confirmado por la distribución de la ceniza caída en el mar, como lo revelan las muestras de los fondos marinos. La mayor parte de la ceniza cayó al sudeste de Tera, lo que indica que sería arrastrada en aquella dirección por los vientos allí dominantes en verano, que soplan del norte.

Dejando por un momento los indicios arqueológicos que nos proporciona Acrotiri, podemos acudir a las canteras de la isla y confirmar bastante bien las ideas de Marinatos mirando las capas de ceniza que han sido puestas al descubierto hasta la roca madre. Aquí las pruebas son de otro tipo, pero muy claras. Cualesquiera que fuesen los avisos dados por el volcán a sus habitantes, el primer acto eruptivo fue una gran emisión de piedra pómez bastante tosca: de color gris, pero con un tinte marrón rojizo. Podemos dar por supuesto que, en cuanto empezó a descender esta horrible lluvia seca, los habitantes de Tera recogieron sus cosas de valor y huyeron de la isla en barco. La explosión pudo durar algunas horas, algunos días o incluso algunas semanas. Antes de que la erupción terminase, depositó sobre la isla una capa de piedra pómez de casi 5 m de espesor. Luego siguieron unas débiles emisiones del volcán (detectables por cinco capas diferentes de cenizas sobre la piedra pómez, todas ellas de escasos centímetros de espesor) y por fin vino la gran traca final: un vómito de dimensiones verdaderamente cósmicas que depositó una aplastante carga de finas cenizas blancas. Esto es lo que hoy cubre Tera. En algunos lugares alcanza 60 metros de profundidad.

Los vulcanólogos que estudiaban esas capas, observando entre ellas signos de erosión por los accidentes meteorológicos, concluyeron al principio que la erupción había durado varios años. Pero ahora que se conocen mejor las características de la erosión de la tefra, y que se ha notado que no hay la más mínima acumulación de tierra entre ninguna de las capas, creen que todo el ciclo volcánico –desde la primera emisión de piedra pómez hasta el hundimiento final y la consecuente desaparición de la montaña– ha de clasificarse como un único acontecimiento. Pudo durar varios días, varias semanas o, como máximo, unos meses. Ello estaría de acuerdo con la conclusión arqueológica de Marinatos, y casa perfectamente con la conducta del modelo tomado: Krakatoa.

Hoy, Acrotiri es un dédalo de soportes de acero que sostienen los tejados protectores que cubren toda la excavación. Esta se extiende ya por cerca de una

(Continúa en página 107.)

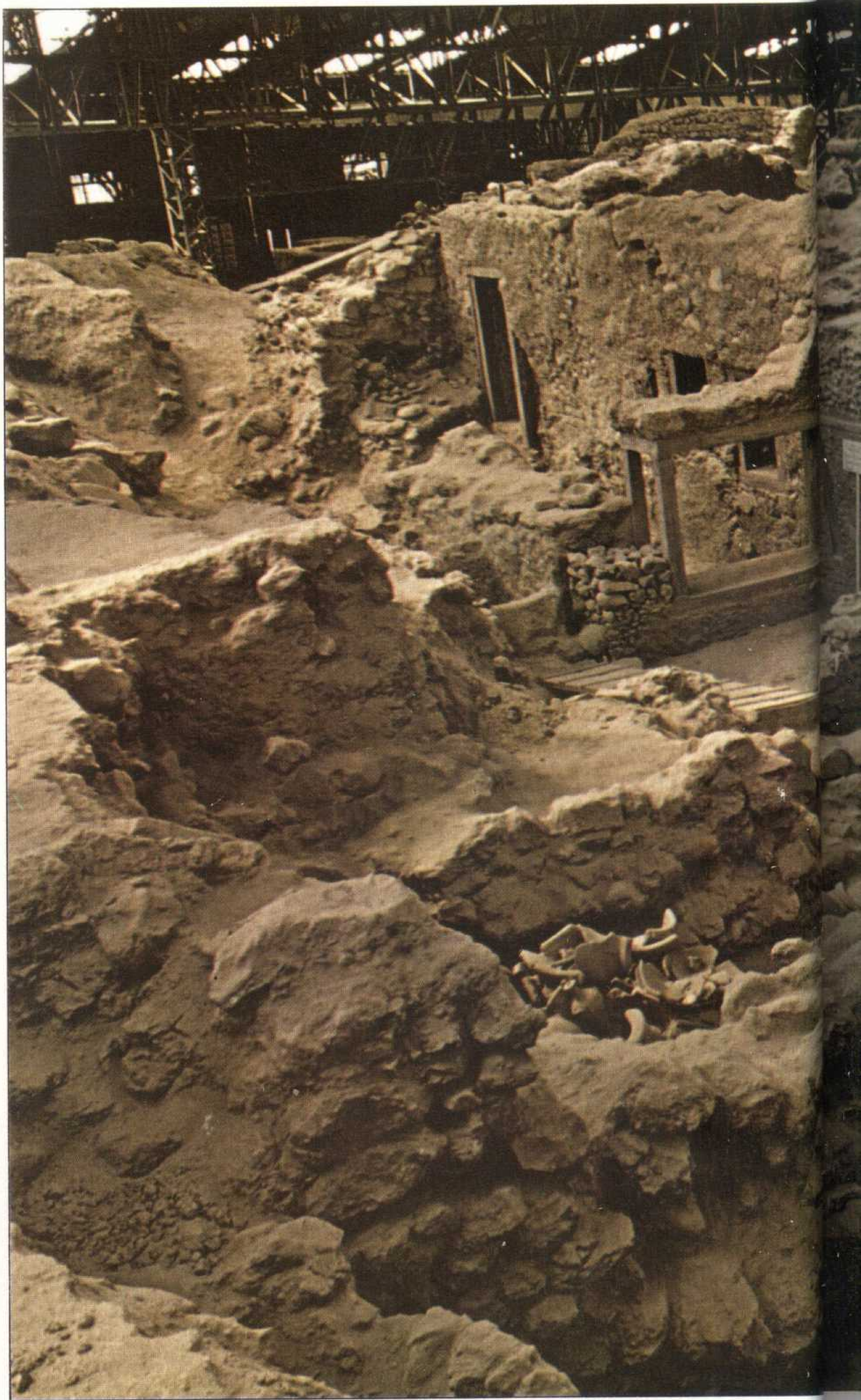
Acrotiri: una ciudad preservada.

Oculta bajo una capa protectora de cenizas volcánicas durante más de tres milenios, Acrotiri, una vasta ciudad portuaria de la isla de Tera, está saliendo de nuevo a la luz. El arqueólogo Spyridon Marinatos empezó a excavar dicha ciudad en 1967; y cuando falleció, en 1974, había exhumado ya media hectárea de ruinas. Aún falta mucho por excavar y analizar. Todavía quedan muchas preguntas por responder. ¿Qué extensión ocupaba? ¿Tenía un palacio? En cualquier caso, el trabajo realizado hasta ahora resulta ya sumamente interesante.

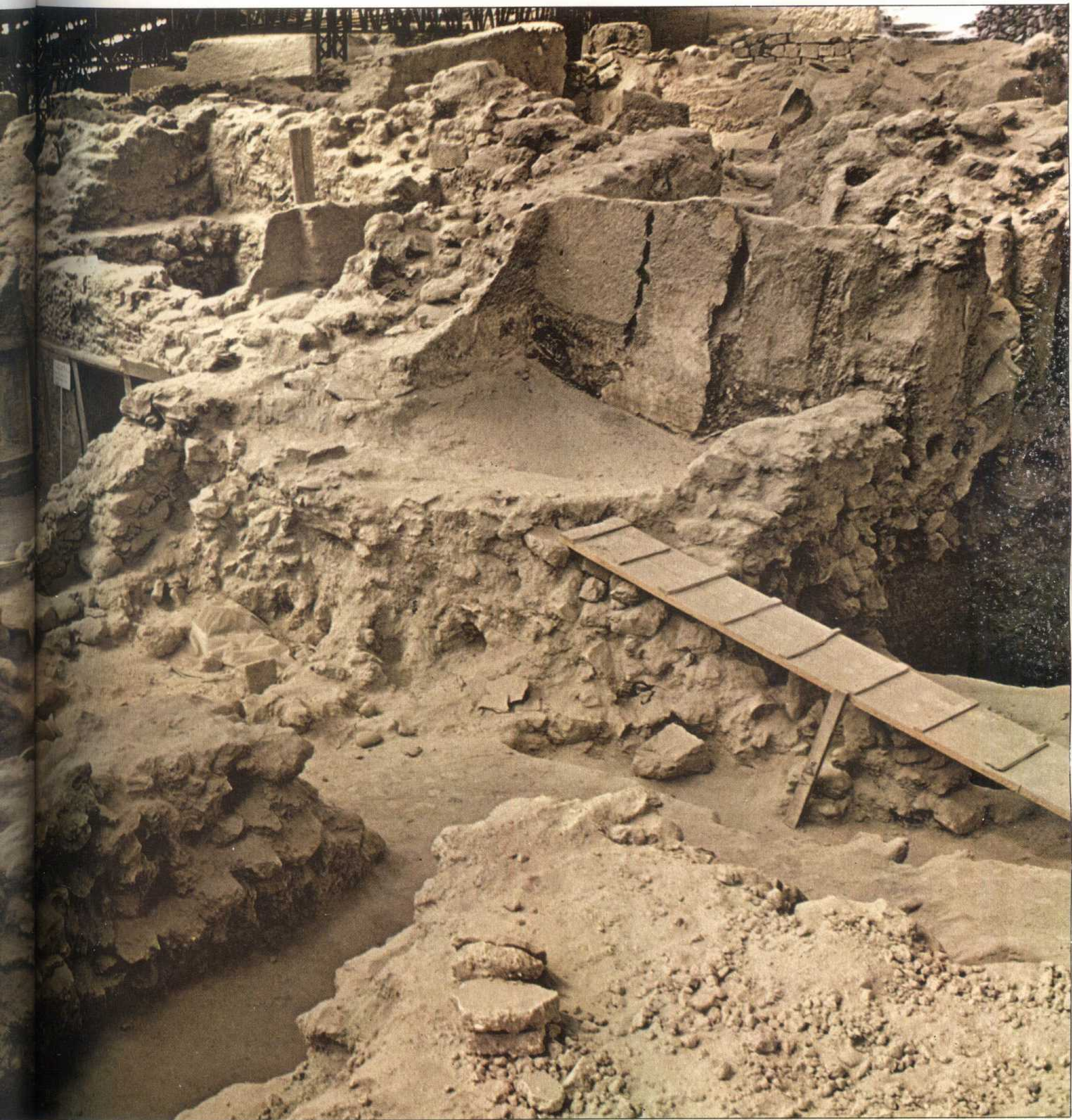
En Acrotiri no se ha descubierto ningún esqueleto humano, ni se ha descubierto ningún tesoro. De ello podemos deducir que sus habitantes tuvieron tiempo de recoger sus objetos más preciados cuando el volcán vecino entró en actividad y de huir antes de su catastrófica explosión final. Pero las gentes de Tera abandonaron allí muchas cosas: numerosos utensilios cotidianos, algunos frescos impresionantes *(páginas 111-119)* y –lo más revelador de todo– los edificios en los que vivieron y trabajaron.



Los marcos de las puertas de Acrotiri se han reconstruido con gran fidelidad, vertiendo hormigón en los espacios vacíos que los postes y dinteles de madera originales dejaron al desintegrarse en la ceniza consolidada. En esta foto, tomada desde una calle, se ve primero la habitación de una casa, luego una pequeña plaza de la ciudad y, al fondo, la puerta y las ventanas de otro hogar de Acrotiri.



El centro de la excavación de Acrotiri consiste en un vasto complejo de habitaciones que formaban parte de un conjunto de casas contiguas. Las ruinas de la derecha, junto a la pasarela de los obreros, corresponden al piso segundo de los edificios; los pisos bajos sólo se desenterrarán cuando los superiores se hayan estudiado y consolidado. La entrada que se ve en el centro de la foto, con un cartel fijado a la misma, conduce a la habitación en la que se encontraba originariamente el famoso "Fresco de la Primavera" (página 118).





Este tramo de escaleras fue quebrado por el peso de las cenizas caídas. Pero las cenizas fueron un don para los arqueólogos: infiltrándose por todos los sitios, sostuvieron muchas paredes y sirvieron de cojín a numerosos objetos.





Este fresco, recién desenterrado, que muestra los castillos de popa de dos barcos, cayó del nivel superior, donde había una sala de baño decorada con un friso de yeso.

En una sola habitación –posiblemente una cocina– se descubrieron varias docenas de vasijas grandes y de recipientes más pequeños. Se sacaron las cenizas que contenían, pero no las demás cosas, que así pudieron ser analizadas: algunos contenían partículas de alimentos; otros, restos de una sustancia blanca aún no identificada.

hectárea, y sigue creciendo. Un fascinante botín ha salido de allí: productos de la industria cerámica local, cerámica fina importada de Creta y fabricada según los diferentes estilos que entonces estaban de moda, detalles sobre la construcción de viviendas (en cuyos pisos superiores parece que se usaba una gran cantidad de madera), vasijas caseras de metal e incluso una cama. No una cama propiamente dicha, sino el espectro de una cama. La madera que la formaba, el cuero que la cubría y las cuerdas que la ataban se han desintegrado, pero se conserva el espacio que estos materiales ocupaban en la ceniza compacta y solidificada que llenaba por completo el dormitorio. Un espacio en forma de cama. Se ha llenado cuidadosamente con yeso... y ha surgido una cama de Tera *(página 109)*. Un duplicado de este modelo en yeso, hecho con los debidos materiales, se encuentra hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas. De todos los objetos que nos invitan a Acrotiri, esta cama es el más sugestivo. Es fácil imaginarse uno a sí mismo sobre ella: descansando en la cama, saltando de ella por el espantoso estruendo de la piedra pómez proyectada, echando en un saco los pequeños objetos de valor personales y corriendo hacia la playa.

Menos conmovedor que la cama, pero mucho más importante arqueológicamente, es la gran serie de vasijas de cerámica descubiertas. Un impresionante esfuerzo para ordenarlas y clasificarlas ha dado una imagen muy clara de la gama de estilos usados en el momento de la catástrofe. Y esta imagen, por su misma claridad, plantea la última y tal vez la más turbadora pregunta: la pregunta sobre la posible relación entre la explosión de Tera y la caída de los palacios de Creta.

Una ojeada a la secuencia de la cerámica presentada en la página 35 mostrará que un estilo bello y original –basado en imágenes de conchas, algas marinas, peces y otros temas del mar, y conocido como "estilo marino"– floreció en Creta durante 50 años, entre el 1500 y el 1450 a. de C. Estas fechas son prácticamente seguras. Están avaladas por pruebas procedentes de muchos lugares y por profundos estudios que han realizado numerosos expertos siguiendo las huellas de Arthur Evans. No pueden alejarse mucho de la realidad. Como tampoco puede alejarse mucho la fecha de la erupción: el 1500 a. de C. Pero ¿por qué se han de alejar en absoluto?

Porque en Acrotiri no hay cerámica de estilo marino tardío procedente de Creta. Este extraño hecho es la clave del enigma. Las últimas vasijas importadas de Creta pueden haber llegado a Tera el día mismo de la erupción. Después se acabó el comercio, no llegó nada más. Aquel mismo día –o semanas o meses después, según lo que durase la erupción– los tsunamis romperían contra la costa cretense y las cenizas la cubrirían. Según los que creen que la erupción de Tera fue directamente responsable de la caída de los palacios de Creta, éstos se habrían derrumbado en aquel preciso momento.

Pero, si ello es cierto, entonces ¿cómo puede explicarse la aparición en Creta, 50 años después, del "estilo marino" tardío o maduro?

No puede explicarse. Esos 50 años no pueden reducirse a una sola fecha. Por más seductora que sea, la teoría de la explosión-cenizas-tsunami-derrumbamiento no se sostiene. Los mejores estudios recientes sobre los palacios minoicos prueban claramente que no todos ellos se vinieron abajo en el 1500 a. de C. Parecen haber caído en épocas diferentes, la mayoría hacia el 1450 a. de C. Uno de ellos, Cnoso, no cayó en absoluto. En Cnoso no se sufrieron los mismos daños que en Maliá, Festo y Cato Zacro. De hecho, ninguna causa volcánica aislada –explosión, tsunami, terremoto, caída de cenizas– y ni siquiera una combinación de varias de estas causas pueden explicar satisfactoriamente la destrucción de todos los palacios de Creta.

Maliá, que está en la costa norte y muy cerca del mar, pudo ser destruida por tsunamis. Pero ¿por qué no lo fue Cnoso? ¿Estaba demasiado lejos del mar, demasiado protegido por las colinas circundantes? No, si se piensa en olas de varias decenas de metros de altura. De acuerdo; supongamos que los tsunamis fueron más pequeños y que no causaron daño a Cnoso. Pero entonces ¿cómo explicamos la caída de Festo, que estaba en la parte opuesta de Creta y que por tanto podía no haber sido afectado seriamente por los tsunamis en absoluto? Y, lo que es peor, ¿cómo explicamos la destrucción de las ricas villas diseminadas por todo el país, muchas de ellas lejos del alcance de cualquier maremoto imaginable?

¿La explosión?

Si la onda expansiva destruyó Maliá, ¿cómo pudo cruzar una elevada cordillera para destruir Festo? ¿O cómo pudo destruir Cato Zacro, oculto tras una sima, orientado hacia el este, lejos de Tera y completamente protegido?

Sólo quedan las cenizas, el único de todos los agentes destructores potenciales que podía distribuir su influencia bastante uniformemente por toda la mitad oriental de Creta. En otras palabras, si se pudiera probar que las cenizas provocaron la caída de uno de los palacios, entonces se habría probado para todos. Lo malo es que en Creta sólo cayeron probablemente unos centímetros de cenizas. Sin embargo, esta pequeña capa de cenizas habría bastado para destruir las cosechas durante varias temporadas, habría bastado para originar el hundimiento de toda una civilización.

Las cosechas perdidas pueden causar hambre. El hambre puede causar malestar social. El malestar social puede causar la pérdida de autoridad. Y estas perturbaciones pueden desarticular el sistema que crea y distribuye alimentos y productos, lo cual nos retrotrae al punto de partida: al sistema redistributivo, al modelo de Renfrew, al efecto multiplicador.

El microbiólogo y ecólogo René Dubos ha hecho notar que cualquier innovación social insólitamente eficaz puede llevar al absurdo. Y el sistema palacial minoico fue una de esas innovaciones. La capacidad de la sociedad minoica para organizarse a sí misma mediante una red de centros palaciales, para recibir y distribuir productos con una eficacia desconocida en cualquier otra parte del mundo egeo, para practicar un intenso y provechoso comercio marítimo con otros países, protegido probablemente por una poderosa escuadra que a su vez protegía a la propia Creta... todo ello llevó a Creta a una cima de opulencia que aún podemos columbrar nosotros al visitar las ruinas palaciales y las ricas villas dispersas por toda la campiña.

¿Pero este sistema fue alguna vez "absurdo", por usar la expresión de Dubos? Es muy probable, en el sentido de que se haya pervertido. Creta pudo ser rica y civilizada, pero también pudo ser frágil. Una sociedad como la minoica no sólo debió de fomentar un gran crecimiento de la población; además debió de necesitarlo para poder sostener a su nobleza, a sus sacerdotes, a sus refinados palacios. Mantener tal estructura requiere una gran cantidad de gente.

Es razonable suponer que, durante el siglo XVI a. de C., Creta empezó a mostrar, por primera vez, ciertos síntomas de tensión social. La superpoblación pudo ser el primer signo. Y una prueba de ello es la creciente expansión minoica hacia otros lugares. Tera podía ser un ejemplo. Incluso si la población de Acrotiri era algo menor de lo que creía Marinatos, aún formaba una ciudad bastante grande. Y puede que no fuese la principal ciudad de Tera. Una ciudad mayor puede yacer aún en alguna otra parte, que nadie ha descubierto y nadie sospecha, bajo su carga de cenizas. En el momento de su destrucción, Tera podía albergar muchos miles de personas.

Tal vez el sistema fuese lo suficientemente flexible y eficaz como para tolerar cada vez más palacios sos-



Los habitantes de Tera dormían en camas como ésta, hecha con una piel de animal atada a una armazón de madera. La reconstrucción fue posible gracias al descubrimiento –hecho por los excavadores en Acrotiri– del espectro de una cama: un hueco dejado en la ceniza volcánica por los materiales auténticos de la cama cuando se desintegraron. Llenando el hueco con yeso, los expertos sacaron un modelo del original, modelo en el que se basa esta reconstrucción.

tenidos por una población cada vez mayor. Podría haber funcionado así durante un tiempo, tal vez durante un largo tiempo, pero sólo si el sistema seguía funcionando como un mecanismo de relojería, con todas sus partes engranadas para una máxima productividad. Esto habría requerido una clara delimitación de funciones dentro del sistema (estratificación social), una poderosa autoridad religiosa y central, una arraigada obediencia y, probablemente, importantes desplazamientos más allá del mar para que actuasen como válvulas de seguridad por las que pudieran liberarse las presiones demográficas.

Por aquella misma época el sistema pudo empezar a mostrar otro síntoma de enfermedad: la progresiva acumulación de riquezas, propiedades y poder en manos de un número de personas cada vez menor. Tal es el tipo de residuo "malo" que puede ser producido por un sistema eficaz y aparentemente "bueno" que conduce hacia las perversiones –o absurdos– identificadas por Dubos. Tales acumulaciones son frecuentes en las sociedades humanas. Los griegos, varios siglos después, habrían de enfrentarse a este problema –violentamente– una y otra vez. Y también los romanos, que verían cómo inmensas zonas del país acababan en manos de unos pocos terratenientes enormemente ricos.

Cuanto más crecía la población, más responsabilidades tenían los de arriba y a menos tocaban los de abajo. Incluso esto puede tolerarse temporalmente si el sistema redistributivo está funcionando con máxima eficacia. Pero cuanto más se complica el sistema, más delicado se vuelve. Un buen ejemplo de ello es la dependencia de nuestra sociedad respecto a fuentes de energía barata, en particular cuando la amenaza de un embargo por una nación extranjera productora de petróleo muestra cuán pervertido y frágil es el sistema. Enfermedades semejantes, ocultas pero crecientes, pudieron hacer que esa maravillosa máquina minoica se tambalease a causa de un fallo repentino e inesperado. El *feedback* positivo no actúa sólo hacia arriba, sino también hacia abajo: acelerando la desintegración.

Si admitimos que, como sostienen algunos arqueólogos, los daños sufridos por los palacios y ciudades minoicos fueron causados por una combinación de terremotos y tsunamis originados por la explosión de Tera; si suponemos que la mayoría de los barcos cretenses, si no todos, fueron hundidos en los puertos de la isla, inutilizando así sus defensas y destruyendo su comercio marítimo; si damos por sentado que la agricultura, base de la economía del país, fue abatida por una desastrosa caída de cenizas que cubrió la mitad oriental de Creta; en resumen, si presuponemos que los fenómenos volcánicos de Tera hicieron de alguna manera que la economía minoica comenzase a caer cuesta abajo, entonces empezamos a ver cómo la estructura social pudo derrumbarse posteriormente como resultado indirecto de aquellos acontecimientos. Este derrumbamiento pudo ser ocasionado por la violencia interna, por la invasión de conquistadores extranjeros, por alguna otra causa que aún no conocemos o quizá por una combinación de todas esas fuerzas.

Actualmente está empezando a parecer cada vez más claro que la destrucción de los palacios y villas de Creta fue obra de los hombres, no de los volcanes. Pero no sabemos qué hombres, si los desesperados y rebeldes cretenses o los invasores griegos.

Lo que está claro es que, después del 1450 a. de C., a pesar de todas las calamidades, no fue exterminada la población de Creta. Los minoicos siguieron en Creta. Continuaron cultivando sus campos y ocupando sus aldeas, pero probablemente en número muy reducido. Había intrusos viviendo en algunos palacios, pero éstos –en cuanto tales palacios– fueron abandonados y no se reconstruyeron nunca. La única excepción fue Cnoso. Escapando de alguna manera de la destrucción general que se llevó

a los demás, Cnoso parece haberse convertido en el centro desde el que se controlaba toda Creta. Los que ejercían este control eran micénicos. No destruyeron Cnoso, y ello es lógico: prefirieron usarlo.

Durante dos o tres siglos antes del hundimiento del sistema palacial, las civilizaciones minoica y micénica habían mantenido entre sí un contacto comercial y cultural cada vez más estrecho, abocado inevitablemente hacia alguna confrontación cuando ambas se expandiesen. Durante largo tiempo, los minoicos habían ejercido la influencia dominante en el Egeo. Eran los que poseían una cultura más refinada, los mejores marineros, los mercaderes que conocían su mundo. Por el contrario, los micénicos habían empezado como gentes de tierra adentro. Pero eran inquietos, agresivos y muy emprendedores. Gradualmente empezaron a hacerse a la mar. En el 1500 a. de C. se habían establecido ya como mercaderes. En el 1450 a. de C. estaban ya en condiciones de hacerse cargo del poder en Creta, en cuanto los minoicos les dieran la menor oportunidad para ello. Y la erupción de Tera pudo ofrecerles esa oportunidad al debilitar fatalmente a la sociedad minoica.

La presencia micénica en Cnoso después del 1450 a. de C. es segura: todo el aire y el sabor del lugar cambió, reflejando –según palabras del arqueólogo británico Sinclair Hood– una "era de grandeza militar glacial". Los griegos micénicos eran un pueblo claramente belicoso. Dejaron tras sí una gran cantidad de armas. Ampliaron los palacios. Inventaron un nuevo estilo de cerámica. Pero lo más significativo de todo es que algunas tabletas de arcilla encontradas en Cnoso y que datan de la época de esta última ocupación fueron descifradas no hace mucho; y resultaron estar escritas en la lengua de los micénicos: ¡el protogriego!

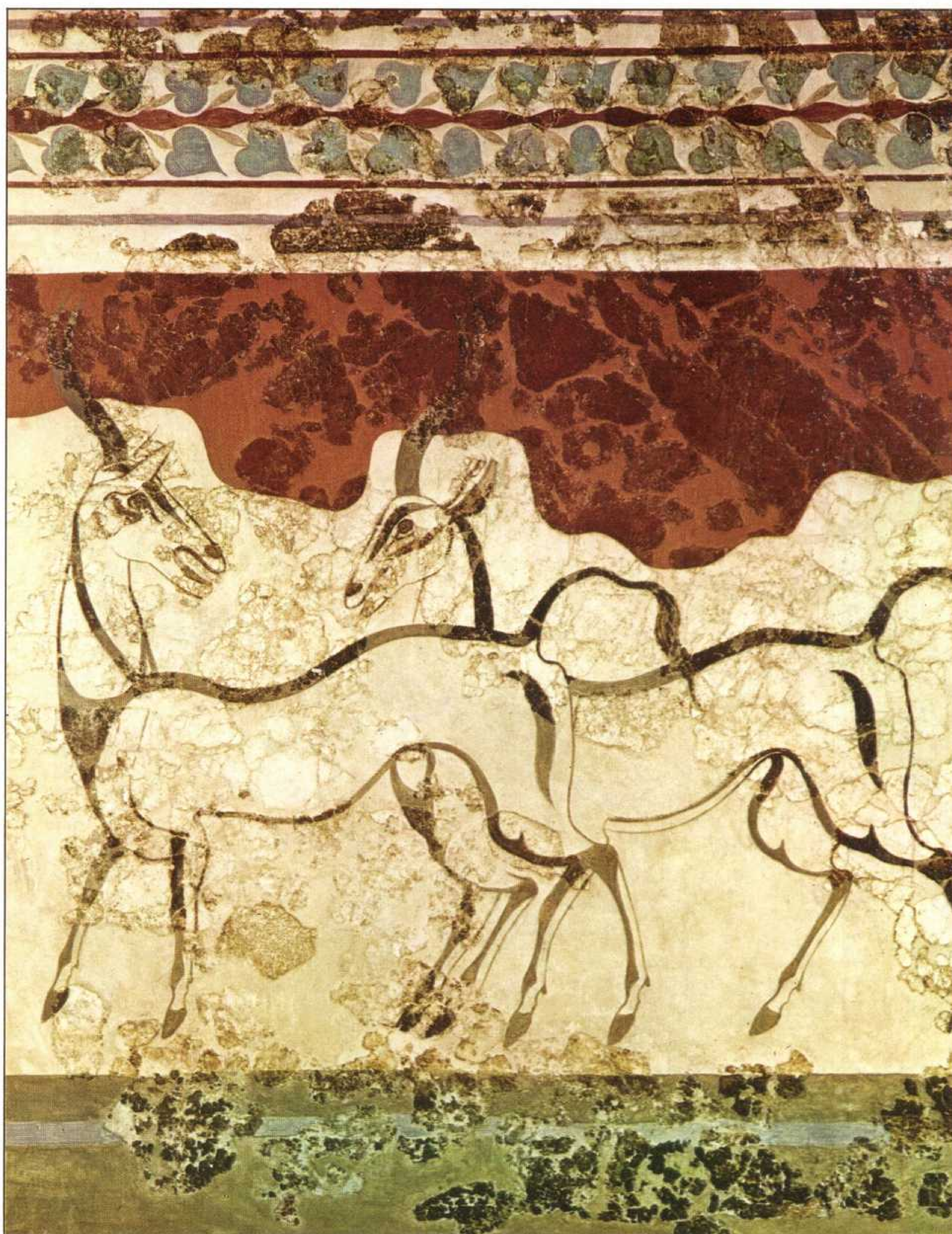
Los micénicos siguieron controlando Cnoso durante casi un siglo. Luego, hacia el 1380 a. de C., el llamado "último palacio" de Cnoso fue destruido. Una vez más, no sabemos quién lo destruyó. Pudieron ser micénicos que luchaban entre sí; o pudieron ser cretenses rebeldes que intentaban derrocar un régimen de dominadores extranjeros. En cualquier caso, la época de los palacios había terminado. Lo que Evans encontró cuando empezó a excavar Cnoso era el resultado de este espasmo final.

Nada comparable sustituyó jamás a la sociedad palacial, aunque los cretenses siguieron viviendo en Creta, manteniendo sus costumbres, su religión y su idioma hasta la época clásica de Grecia. Pero, con la caída del último palacio de Cnoso, habían terminado casi 2.000 años de civilización minoica.

Autorretratos en los frescos de Tera

Los frescos de estilo minoico que el arqueólogo griego Spyridon Marinatos desenterró en la isla de Tera, mucho más variados y completos que los hallados en la propia Creta, forman parte de las obras de arte antiguo más extraordinarias que jamás se han descubierto. No sólo son unas pinturas murales sumamente bellas; además revelan y confirman muchos detalles sobre la vida cotidiana en el Egeo durante el siglo XVI a. de C., detalles que, antes de descubrir los frescos, únicamente se podían conjeturar: que los pastores llevaban capas de piel, que los muchachos practicaban el boxeo, que las mujeres transportaban los cántaros sobre la cabeza, que la fabricación del queso era una práctica muy difundida entre las granjas lecheras.

En asombroso contraste con estas representaciones de la vida cotidiana está la escena naval de las páginas 114 y 115, que muestra una flotilla de barcos; es el primer testimonio arqueológico detallado sobre el aspecto que tenían las naves minoicas. Nadie habría podido imaginar esas fantásticas embarcaciones, con leones dorados en sus popas, y cuyas proas –adornadas con representaciones de pájaros, flores y mariposas– son casi tan afiladas como la punta de una aguja. También es única la escena de la batalla *(página 119)*, con marineros ahogándose y pelotones de infantería marchando a la guerra.



La inspiración con que los artistas minoicos representaban los animales destaca con una fuerza conmovedora en este fresco, que muestra dos gacelas de airoso caminar. Bajo una cenefa de hojas azules se ve un fondo irregular rojo, motivo minoico muy usado.



Este magnífico fresco, en el que se ve cómo combaten dos jóvenes agraciados, sugiere que el boxeo era un deporte popular entre los minoicos. Vestidos sólo con un taparrabo, cada boxeador tiene puesto un guante en su mano derecha; es probable que usasen la izquierda para evitar los golpes. Spyridon Marinatos, que descubrió esta pintura mural y reconstruyó las partes desaparecidas de las figuras, opinaba que ambos jóvenes pertenecían a la nobleza; unos jóvenes de clase media o baja no poseerían el pendiente y el brazalete de oro ni el collar de lapislázuli que lleva el boxeador que está a la izquierda.



En uno de los frescos mejor conservados que jamás se han descubierto, un joven de Tera sostiene dos sartas de peces. El hecho de que los tres individuos de esta doble página tengan la cabeza pintada de azul hizo pensar en que tal vez fueron dioses jóvenes, ya que en el Mediterráneo oriental las divinidades solían representarse con cabellos o barba azules. En cambio, Marinatos pensaba que ese color se debía a que los jóvenes se habían rasurado la cabeza, dejándose tan sólo unos mechones de cabello largo.

Esta escena extraordinaria, que forma parte de una pintura mural de más de 6 m de longitud, rebosa de información que los especialistas intentan descifrar. Algunos arqueólogos creen que se desarrolla en Libia, país de la costa africana con el que se sabe que los minoicos mantuvieron contacto. Esta interpretación es apoyada por los antílopes que huyen del león (arriba, a la izquierda) y por el marjal (en rosa) que bordea al río. Ambas imágenes podrían verse en Libia, pero no en Creta ni en Tera. También es significativo el peinado que llevan los hombres, tanto en los barcos como en la costa; los minoicos no se peinaban así, pero sí los africanos. La atmósfera tranquila sugiere que los pasajeros de las embarcaciones, vestidos con ropas blancas, son nobles o sacerdotes participando en una misión diplomática o religiosa. Las dos naves de la derecha muestran como se propulsaban: por remeros que iban sentados, en apretada fila, al costado de los pasajeros. Los remeros, de cara a la dirección en que se movía el barco, se inclinaban hacia adelante y hacia atrás al tiempo que sus rítmicas remadas hacían avanzar la embarcación. Un timonero en la popa mantenía el rumbo. El barco tenía un mástil y la vela muy bien pudiera estar aferrada al dosel, por encima de las cabezas de los pasajeros. Sin embargo, el barco de la izquierda era movido por remeros sentados de cara al timón.









Estas tres mujeres proceden de Tera. La de la izquierda parece participar en una ceremonia religiosa. Viste una túnica de sacerdotisa y lleva una ofrenda en un recipiente de plata. Las otras dos, de talle muy fino visten según la moda de entonces: largas faldas de volantes y ajustados boleros abiertos por la parte delantera. Los artistas minoicos pintaban a sus mujeres con unos pechos voluminosos, pero aun así los de la mujer inclinada hacia delante parecen exagerados. Las tres llevan un maquillaje bastante llamativo con los labios pintados de rojo y el rostro coloreado.



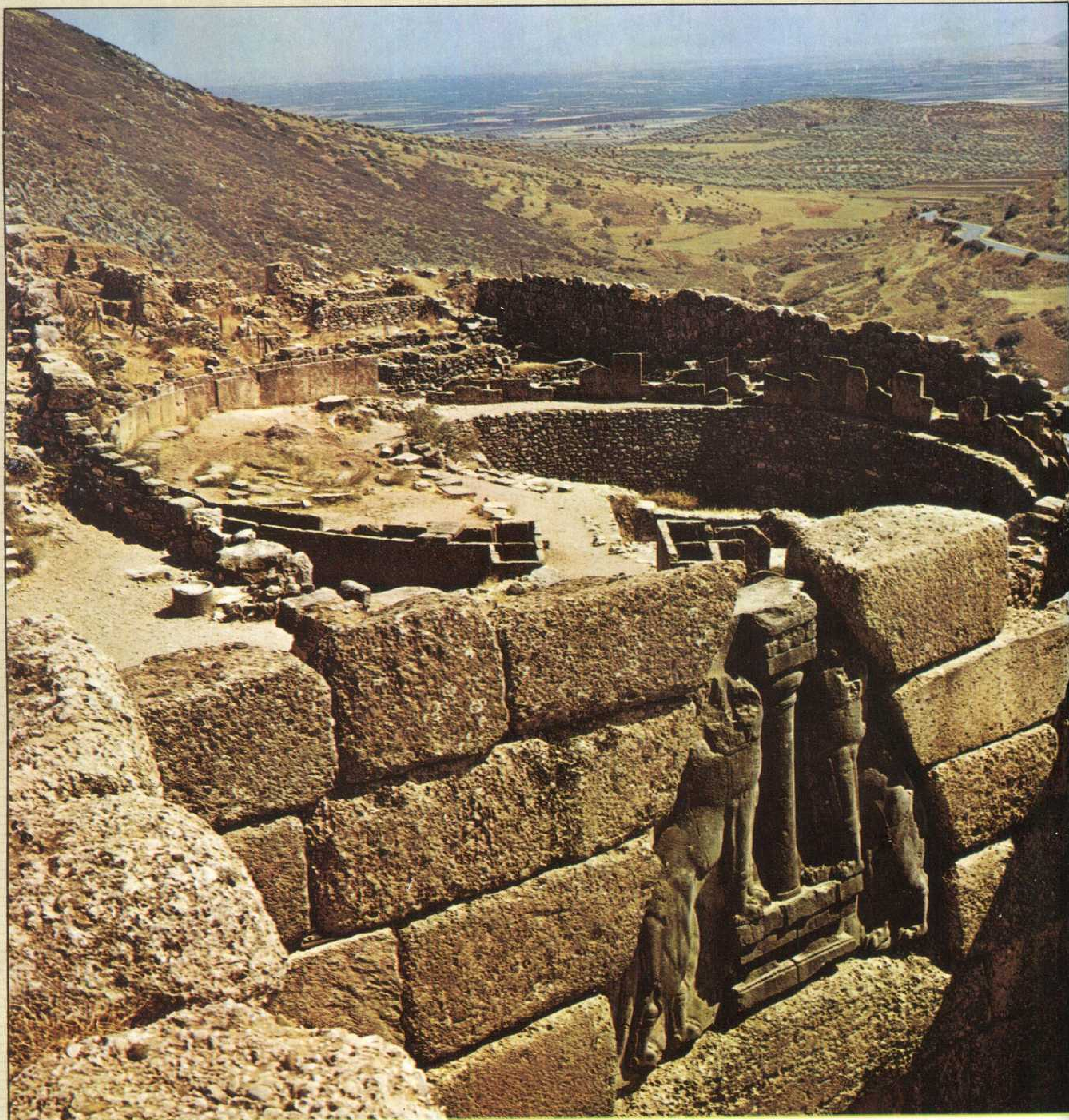
Los lirios son un tema frecuente en el arte de Tera. Los del fresco de abajo cubren las paredes de esta pequeña habitación. Algunos están aún en capullo, otros se están abriendo y otros –con pétalos vueltos hacia atrás– ya han florecido. Las golondrinas revolotean graciosamente alrededor. Se cree que las rocas de extraños colores representan el paisaje volcánico multicolor de la antigua Tera.

Tres temas animan este fresco. Arriba se ven escenas pastoriles: de derecha a izquierda, pastores, dos campesinas con jarras sobre sus cabezas y africanos vestidos con túnicas, posiblemente libios. En el centro, unos soldados armados con lanzas y grandes escudos marchan a la guerra. Abajo, un asalto costero es repelido y se producen por lo menos tres bajas.





Capítulo quinto: El auge de los micénicos



¿Quiénes fueron los griegos?

De las numerosas preguntas difíciles planteadas al estudiar la civilización egea, ésta es una de las más difíciles. A diferencia de los minoicos, que nos dicen bastante poco de sus orígenes (y ese poco sólo indirectamente, a través de la arqueología) y absolutamente nada de modo directo (pues no sabemos leer sus escritos), los griegos sí nos hablan de sí mismos. De hecho, nos hablan mucho de sí mismos. El problema está en interpretar lo que ellos dicen.

Nuestro conocimiento de los orígenes griegos, al menos el transmitido por los griegos mismos, procede de tres fuentes principales. La primera, que es la más de fiar, data del siglo V a. de C. y llega hasta nosotros en las voces claras y cultas de dos historiadores: Heródoto y Tucídides. La segunda, que se remonta al siglo VIII a. de C., es el poeta Homero hablando de los griegos. Por último, retrocediendo a los siglos XIII y XIV a. de C., los griegos nos hablan una vez más en las notas caseras y las cuentas palaciales que eran llevadas por los grandes señores micénicos. Antes de esto, los griegos mismos no dijeron nada.

De todos ellos, Tucídides es quien se plantea más escrupulosamente las preguntas por las que nos interesamos: ¿qué sucedió? ¿cómo? ¿cuándo? Tucídides fue el primer historiador profesional de Occidente; es un hombre moderno, un contemporáneo intelectual nuestro aunque viviera hace 2.400 años. Era refinado, curioso, con una mentalidad muy parecida a la nuestra. Sacaba sus conclusiones sobre los acontecimientos basándose en la lógica, en el sentido común, en las entrevistas y las observaciones personales, así como en la mejor interpretación que él podía hacer de aquel confuso legado de mitos que le había sido transmitido.

Incrustada en las murallas de Micenas, que fueron erigidas en el 1250 a. de C., una escultura monumental que representa dos leonas, cada una de 3 m de altura, corona la entrada a la ciudadela. El gran anillo de piedras que se ve tras la muralla fue construido para proteger un grupo de tumbas reales en forma de pozo excavadas por Heinrich Schliemann en el año 1876. Al fondo se extiende la fértil llanura de la Argólide.

El mito es historia... si puede ser interpretado correctamente. Tucídides hizo lo que pudo. Era un hombre letrado que vivía en una sociedad letrada. Sin embargo, para conocer los orígenes de su pueblo, tenía que remontarse 300 años hasta llegar a Homero (que probablemente era un hombre iletrado, a quien no le interesaba en absoluto la historia en el moderno sentido de la palabra) y luego tenía que remontarse de nuevo (a través de 400 años más de una oscuridad casi total) hasta alcanzar otra civilización letrada que habían fundado sus antepasados: los micénicos.

Tucídides no se remontó tan lejos. Cuanto más retrocedía en el tiempo, más profundo se hacía el pantano de cuentos orales, hazañas heroicas, movimientos de pueblos, genealogías inextricables, colonizaciones y guerras medio olvidadas, invasiones, éxodos, matrimonios, todo ello terminando siempre ante el umbral de los dioses, a quienes todo griego que se preciase retrotraía su linaje.

Cualquier historiador clásico que intentase abrirse paso en el tiempo, remontándose generación tras generación, se toparía sin excepción con Hércules o con Afrodita cuando debería encontrar a los micénicos. No es de extrañar que tampoco los encontrase Tucídides. Ni él ni nadie pudo hacerlo durante muchos siglos. La realidad de la civilización micénica no empezó a emerger hasta después de que Schliemann descubriera oro en Troya y Micenas, descubrimiento seguido por un ataque concertado de especialistas y arqueólogos contra el enigma del pasado homérico. Ello mostró entonces que la *Ilíada*, a pesar de todas sus tergiversaciones, podía proyectar luz sobre el desaparecido mundo micénico.



Esta amatista exquisitamente grabada, de sólo 8 mm de diámetro, puede ser el retrato de un rey micénico primitivo cuyos rasgos –nariz recta y larga, pómulos salientes– son claramente griegos. El primor de los detalles resulta asombroso, teniendo en cuenta que el artífice había de trabajar sin lupa.

Recordemos, pues, brevemente qué es la *Ilíada*. Se trata de un relato de aventuras, un cuento transmitido por tradición oral de un aedo a otro durante varios siglos hasta que llegó a su último intérprete, Homero, y éste le dio su forma definitiva. Su tema es una gran expedición naval emprendida por los grandes caudillos micénicos *(ver recuadro de la página 23)* hacia el 1250 a. de C. contra una fortaleza próxima al litoral de Anatolia a la que los griegos llamaban Ilion, de donde procede el título del poema: *Ilíada*. Ilion es conocida en el mundo occidental como Troya. El famoso asedio de Troya, los combates singulares que se celebraban en torno a sus elevados muros, la astuta entrada en aquella plaza fuerte gracias a un caballo de madera hueco, lleno de soldados griegos, la destrucción de Troya después de este engaño: todos estos acontecimientos se han conservado en la literatura occidental debido a la maestría con que fueron narrados por Homero. Como es bien sabido, Homero los alteró. Y habría sorprendido que no lo hubiera hecho, pues tales acontecimientos habían sido protagonizados por una sociedad que había desaparecido 400 años antes de que él naciese, una sociedad que él no comprendía y cuya misma existencia le era desconocida.

Esto es lo que todos habían olvidado durante tanto tiempo: que había una civilización griega muy anterior a Homero, muy anterior a Troya, que la *Ilíada* reflejaba sólo un recuerdo tergiversado de la misma. Ahora que ese primitivo mundo griego empieza a revelarse a sí mismo, resulta que fue más vasto, más rico y mucho más complejo de lo que Homero y sus sucesores imaginaron.

Para ser exactos, esta civilización debería llamarse *heládica*. Este es el nombre dado a toda una secuencia cultural desarrollada en la península griega, secuencia que arranca lentamente de la Edad de Piedra, que floreció en la península y que se extinguió hacia el 1100 a. de C. El calificativo de *micénico* se aplica solamente a la última fase de la cultura heládica, fase que se extiende desde el 1600 hasta el 1100 a. de C. aproximadamente.

Al final del Neolítico, en Grecia vivían probablemente dos tipos de gentes: una población antigua, formada por cazadores, pescadores y recolectores sedentarios, y un grupo de campesinos llegados después del Este y mezclados con ellos, con un modo de vida mucho más moderno. La agricultura y la vida aldeana que se organizó en función de ella pueden haberse establecido hacia el año 7000 a. de C. En el 3000 a. de C., principalmente en el Peloponeso, la triple influencia del vino, del olivo y los metales había empezado a proporcionar el mismo fermento estimulador que estaba activando el progreso de las vecinas Cíclades y de Creta.

¿Eran griegos esos peloponesios mezclados entre sí? Depende de lo que entendamos por "griegos". Por "griegos" se suele entender gentes que hablan griego. Aunque es posible que los agricultores venidos del Este hablasen un dialecto indoeuropeo, no lo es el que hablasen griego, simplemente porque nadie hablaba griego entonces: el griego no se había inventado todavía. Así pues, aquella pregunta se convierte en esta otra: ¿el idioma griego fue inventado (o, más exactamente, evolucionó) en la propia Grecia, con algunas aportaciones extranjeras durante unos 5.000 años, o por el contrario fue introducido, como piensan algunos, hacia el 2000 a. de C. por unos intrusos, también de lengua indoeuropea, que por esta época empezaron a abrirse camino hacia las tierras ribereñas del Egeo?

Esta época conoció grandes turbulencias y numerosos desplazamientos por vastas zonas. La Troya V cayó por entonces, al parecer capturada por extranjeros que construyeron una ciudadela mucho mejor y más grande: la Troya VI. Parece que otros grupos penetraron en Grecia, importando con ellos rasgos culturales que sugieren su lugar de procedencia: Ana-

tolia o regiones situadas aún más al norte y al este, de donde también procedían los recién llegados a Troya.

Las pruebas en favor de esta infiltración en Grecia no son realmente apabullantes, pero ahí están. Algunos poblados muy antiguos fueron invadidos y destruidos precisamente cuando lo fue la Troya V. Entre ellos sobresale Lerna, una de las mayores y más antiguas ciudades del Peloponeso. Poco después de la caída de Lerna, los objetos de cerámica depositados en las tumbas griegas empezaron a tener un aspecto anatólico.

A partir de estas pruebas fragmentarias podemos teorizar que un pueblo de idioma anatólico se abrió camino hacia Grecia poco antes o poco después del 2000 a. de C. A su debido tiempo, los invasores se habrían fusionado con los pueblos nativos a diferentes niveles, de diferentes maneras, en diferentes lugares. Y, unos siglos después, de esta fusión –estrechada y suavizada– habrían surgido los hoy llamados *micénicos* (Homero les llamaba *aqueos,* y en muchas obras modernas ambos términos son equivalentes).

Pero ¿hablaban aquellos micénicos una forma primitiva de griego? Esta es la pregunta clave, pregunta que no encontró una respuesta hasta los años 50. Sin embargo, ya se discutía sobre ella desde que, en 1900, Arthur Evans descubrió en Creta un tesoro formado por tabletas de arcilla, cocidas y preservadas por el gran incendio que consumió el palacio de Cnoso. Las tabletas estaban redactadas en un sistema de escritura y un idioma desconocidos. Lo único que Evans pudo hacer con ellas fue clasificarlas en dos tipos, a los cuales dio los nombres de *lineal A* y *lineal B*. De ellos, el lineal A era el más escaso y el más antiguo, pues databa del siglo XVII a. de C. Sólo se han encontrado 300 tabletas inscritas en lineal A. Por el contrario, sólo en Cnoso, se han encontrado más de 3.000 del tipo lineal B, que datan del siglo XIV a. de C. El lineal A y el lineal B estaban claramente emparentados, pues poseen numerosos signos en común. Pero nadie tenía la menor idea de qué significaban aquellos signos ni de a qué familia lingüística pertenecía el idioma por ellos representado. Durante varias décadas, las tabletas siguieron siendo inescrutables.

En 1939, el arqueólogo americano Carl Blegen decidió excavar un yacimiento micénico situado al sudoeste del Peloponeso. Estaba buscando un misterioso y escurridizo lugar llamado Pilo, que era considerado la patria de Néstor, uno de los héroes micénicos que fue a luchar a Troya. Néstor era un personaje sobresaliente en la *Ilíada*. Homero le dio un importante papel como el más sabio de los héroes, cuyos consejos siempre eran prudentes. Como tantos otros ancianos, Néstor era bastante dado a la palabrería; sin embargo, figuraba como uno de los principales caudillos, pues era soberano de un Estado importante: "la arenosa Pilo".

El problema era que –a diferencia de Micenas (la patria de Agamenón), Itaca (patria de Ulises), Esparta (patria de Menelao) y otros lugares de la *Ilíada*– nadie sabía dónde estaba Pilo. Nadie lo sabía ni siquiera en tiempos de Tucídides.

Blegen redescubrió Pilo. Aún más, encontró allí otro tesoro de tabletas en lineal B, que poseían un valor incalculable. Encontró unas 600, pero luego este número subió a más de 1.000. Se trataba de un descubrimiento cautivador pero desconcertante. ¿Significaba que, después de todo, los minoicos habían ocupado el Peloponeso, como pensara Evans? No, el palacio no parecía minoico. Más bien, parecía seguir un modelo micénico: una residencia real construida en torno a un gran salón central con columnas llamado *mégaron*. Pero entonces ¿qué estaban haciendo allí aquellas tabletas en lineal B (que se creía debían de ser minoicas, pues hasta entonces sólo en Creta se habían descubierto tabletas como aquéllas)?

En 1952, un joven inglés llamado Michael Ventris,

arquitecto y criptógrafo aficionado, consideró que el botín de tabletas en lineal B procedentes de Cnoso combinado con el procedente de Pilo era lo suficientemente grande como para justificar un esfuerzo supremo por descifrarlas. Tras unos pasos en falso iniciales, decidió probar qué pasaría si suponía que la lengua en que estaban escritas era una forma de griego. Asombrosamente, el enigma del lineal B empezó a cuartearse. Ventris y su colaborador John Chadwick anunciaron que el lineal B había sido parcialmente descifrado y que su idioma era una versión primitiva del griego clásico.

Una respetable minoría de eruditos rechaza la teoría de Ventris, quien, por desgracia, pereció en un accidente automovilístico poco después de haber publicado su primer informe y no pudo defender sus hallazgos ni proseguir su trabajo. Sin embargo, la mayoría de los expertos están de acuerdo con él y consideran su proeza como uno de los grandes hitos en el desvelamiento de la cultura egea. Además responde a la pregunta que dejamos pendiente unos párrafos antes: la pregunta sobre si los micénicos hablaban griego. Y la respuesta es sí. No sólo hablaban y escribían griego en Pilo; lo hablaban y lo escribían también en Creta (como lo prueban las tabletas en lineal B halladas en Cnoso), hecho que confirma la ocupación micénica de Cnoso a partir del 1450 a. de C. ¿De qué otra manera se podría explicar que un palacio minoico llevase sus registros en griego?

Así pues, los micénicos hablaban en griego o en proto-griego. Aún más, aparecieron como micénicos en un país que originariamente hablaba otro idioma, como lo indica la persistencia en Grecia de ciertos topónimos. Los nombres de ríos, montañas, divinidades locales, ciudades e incluso árboles y arbustos son enormemente duraderos. Los pueblos inmigrantes tienden a adoptar los nombres que encuentran cuando llegan, más que a intentar cambiarlos. Por toda Grecia hay lugares con nombres que terminan en "–nthos" o en "–ssos", como Kórinthos o Parnassós; son nombres de origen no griego o pregriego y pueden remontarse a miles de años antes del período micénico. Lo único que hicieron los micénicos fue aceptarlos sin más: lo mismo que harían los griegos clásicos, 1.500 años después, y exactamente lo mismo que hacen los actuales griegos, después de otros 2.500 años.

¿Qué más se trajeron consigo aquellos protomicénicos, además de su idioma? Es difícil decirlo. Ya existía la cultura heládica. Ellos simplemente se incorporaron a ella. Una nueva forma de cerámica, la cerámica minia *(página 34)*, comenzó a aparecer en Grecia poco después del final del tercer milenio; y de ello pueden ser responsables los protomicénicos. Por otra parte, su llegada parece haber coincidido con una detención del progreso cultural. Resulta tentador acusarles de esta detención, reprocharles los perniciosos efectos de su llegada. Pero no hay pruebas directas de que ello fuera así. Es cierto que constituían un elemento perturbador, pero no sería correcto culparles del general estancamiento del desarrollo cultural al comenzar el Bronce Medio. Una mera invasión no es tan importante para toda una tendencia cultural. Entonces había otros elementos perturbadores, no descifrables todavía hoy, que dificultaban el *feedback* ordenado del desarrollo y que, por alguna razón, fueron más graves en el continente que en Creta. El resultado fue que los minoicos sacaron una ventaja cultural sobre los micénicos y que supieron conservarla durante varios siglos.

Antes de este bajón cultural, la Grecia peninsular había conocido un período de cierta prosperidad y de estrecha relación con las Cíclades. Las cosas marchaban bien, la cultura progresaba. Pero la caída de Lerna era todo un síntoma del declive general que siguió. Las ciudades eran pequeñas y miserables, el arte carecía de inspiración. Sus habitantes enterra-

Los enigmas de la escritura egea

La escritura llegó a Creta poco después del año 2000 a. de C. Ignoramos desde dónde venía, si desde Mesopotamia o desde Egipto. Pero, al igual que otros inventos, la escritura siguió en Creta un camino propio, original.

En esta isla hubo al menos tres sistemas de escritura: el jeroglífico, el lineal A y el lineal B. Al principio, la escritura minoica se componía de jeroglíficos, es decir, de representaciones de formas familiares tales como seres humanos, animales, armas o utensilios. Este sistema jeroglífico es el que aparece en el disco de arcilla de 15 cm de diámetro que se ve a la derecha, encontrado en Festo y que data del 1700 a. de C. La inscripción espiral incluye 45 símbolos diferentes, algunos usados varias veces. Parece dividida en palabras o en frases, pero su significado es aún ininteligible.







Esta horquilla de plata, mostrada a tamaño real y ampliada, lleva una inscripción en lineal A. Este sistema de escritura, integrado por símbolos abstractos simples, fue contemporáneo de la escritura jeroglífica del disco de Festo (arriba). Los documentos en lineal A son tan escasos, y nuestros conocimientos sobre la lengua minoica tan limitados, que los intentos de los especialistas por descifrarlos han sido hasta hoy completamente infructuosos.

Una inscripción en "lineal B", forma de escritura algo posterior al lineal A e integrada también por signos abstractos, cubre esta tableta de un palmo de longitud. El lineal B, a diferencia de sus precursores, se ha rendido ante los intentos por descifrarlo; este texto es un inventario de los stocks de un granjero.



ban a los muertos en cistas como las de las Cícla-des, y la baja calidad de las ofrendas funerarias tes-timonia la baja calidad de vida que tenía aquella sociedad.

Pero entonces algo empezó a bullir de nuevo. Los contactos con los isleños se reanudaron hacia el 1650 a. de C. Enérgicos soberanos locales empezaron a hacer sentir su presencia. Eran hombres poderosos, ambiciosos, decididos; eran grandes guerreros, sobe-ranos de una sociedad que parecía componerse ex-clusivamente de nobles y de campesinos. Los nobles tenían lo mejor de todo; los campesinos hacían lo que les mandaban. La prueba de este estado de co-sas fue asombrosamente descubierta cuando Schlie-mann se topó en Micenas con las tumbas en forma de pozo. Aunque él creía que eran las tumbas del pueblo constructor de la fortaleza que aún se alza allí, hoy sabemos que las tumbas datan de entre el 1600 y el 1500 a. de C. y que la fortaleza no se cons-truyó hasta 250 años más tarde.

Quienes cavaron las tumbas en forma de pozo eran inmensamente ricos. El contenido de las cinco tum-bas que Schliemann encontró, más el de una sexta descubierta posteriormente, lo demuestran de una manera deslumbrante. El botín no era sólo enorme, sino también sumamente bello y procedente de to-das partes. Había piedras preciosas del Próximo Oriente, plata de Anatolia, alabastro y adornos de vidrio procedentes de Creta, copas para beber hechas con huevos de avestruz y traídas de Egipto o de Nu-bia, marfil de Siria y miles de cuentas de ámbar im-portadas del norte de Europa. Pero, sobre todo, ha-bía innumerables objetos de oro: máscaras, coronas, diademas, vasos, copas para beber, anillos, brazale-tes, collares, cinturones, discos, hojas, peces, estre-llas y hasta edificios en miniatura, todo ello a base de hojas de oro batido muy fino. Los cadáveres es-taban prácticamente vestidos de oro. Y su pasión por la guerra estaba claramente atestiguada por do-cenas de grandes espadas de bronce y por numero-sos puñales magníficamente damasquinados.

¿Cómo se había reunido todo ese fabuloso tesoro? Y, considerando cuán asiduamente se ha practicado siempre esa indigna profesión de profanadores de tumbas, ¿no sería el hallazgo de Schliemann simple-mente una de tantas fortunas amasadas por los gran-des señores micénicos del siglo XVI a. de C.? Casi con toda certeza, la respuesta a esta pregunta debe ser sí. En 1951 se descubrió en Micenas otro grupo de tumbas, algo menos ricas y más antiguas. Y se han descubierto otras por toda Grecia.

Estos tesoros evocan elocuentemente los desplaza-mientos de los micénicos (y ya podemos llamarles así, pues está admitido que la era micénica se inau-gura con el período de las tumbas en forma de po-zo). La arqueólogo americana Emily Vermeule cree que gran parte de la riqueza inicial de los micénicos fue reunida por la fuerza de las armas, no por un comercio pacífico. Las espadas enterradas en las tum-bas la respaldan; estas gentes eran agresivas y deci-didas, más que los minoicos con quienes estaban em-pezando a estrechar sus relaciones. De hecho, parte del material encontrado en sus tumbas procede de Creta. Algunos de estos objetos son de factura local pero inspirados en modelos minoicos, lo que hace pensar en la posibilidad de que los príncipes micé-nicos se trajeran consigo artesanos minoicos al re-gresar de sus viajes.

Estos intrépidos magnates del siglo XVI a. de C. construyeron la plataforma cultural sobre la cual se alzaría la civilización micénica posterior. La señora Vermeule apunta cinco razones de su éxito:

En primer lugar, al principio no eran demasiados; formaban una clase social estrechamente unida, mu-chos de cuyos miembros debían de estar emparen-tados. Bien armados y avasalladores, no les fue di-fícil imponerse sobre el campesinado local y estable-cerse como señores donde les plugo. La mitología

(Continúa en página 130.)

Tumbas en forma de colmena para los difuntos regios de Micenas



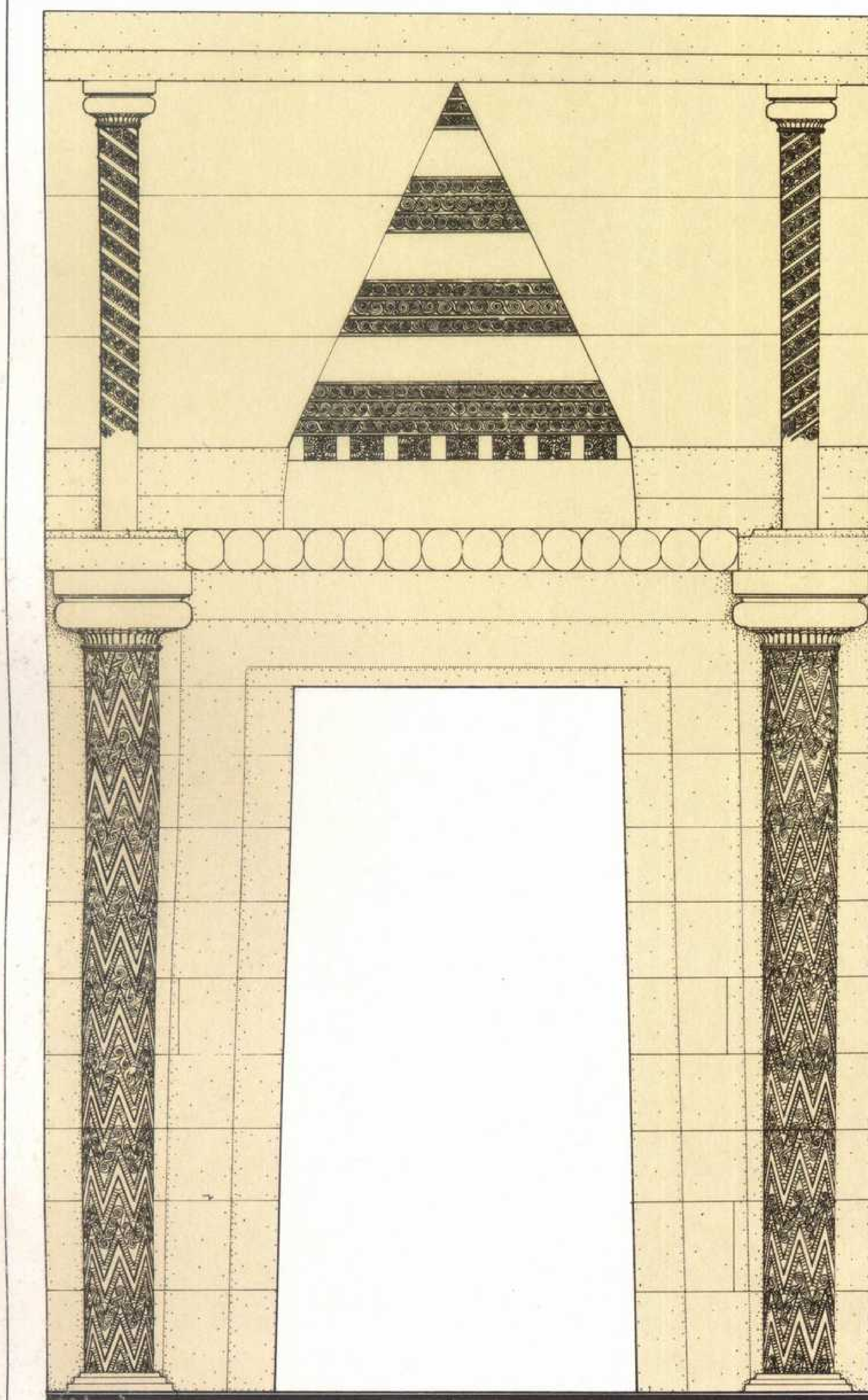
Un dromos conduce a una puerta por la que se entra en el Tesoro de Atreo, tholos construido en el flanco de una colina de Micenas.

Al final del siglo XV a. de C., los micénicos empezaron a abandonar la antigua costumbre de depositar los cadáveres reales en el fondo de profundas tumbas en forma de pozo, y crearon una nueva forma de enterramiento: el *tholos*. Era una tumba hecha de piedras labradas y construida en forma de colmena, cuyo nombre deriva de la palabra griega que significa edificio redondo o abovedado. El principal ejemplo de *tholos* es el conocido como Tesoro de Atreo, llamado así en función de un individuo que los griegos posteriores creyeron había sido rey de Micenas.

Los *tholoi* solían construirse en los flancos de las colinas; y, una vez terminados, se cubrían de tierra. Los mayores y más impresionantes tenían un *dromos,* o corredor de acceso flanqueado de muros, que conducía a su entrada *(arriba).* Inevitablemente, los *tholoi* más magníficos han sido presas fáciles para los profanadores de tumbas. Para la arqueología moderna, las pérdidas son inconmensurables; si las antiguas tumbas en forma de pozo guardaban tesoros tan fabulosos *(páginas 145-153),* ¿qué no tendrían estas otras tumbas, construidas para soberanos mucho más ricos y mucho más poderosos que los reyes anteriores?

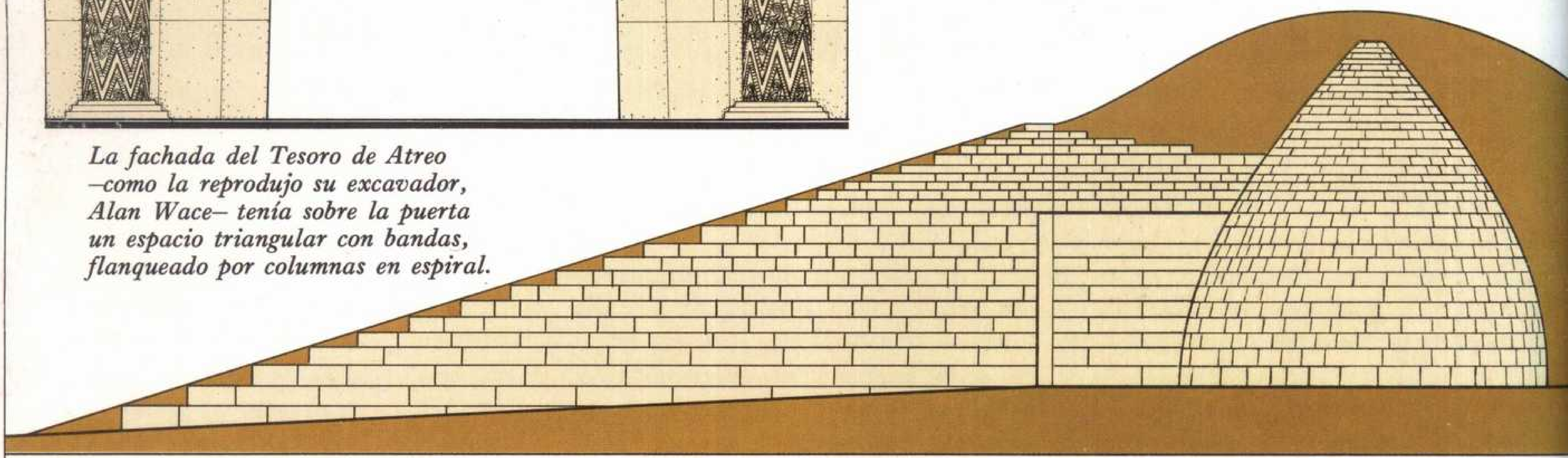
El interior del Tesoro de Atreo

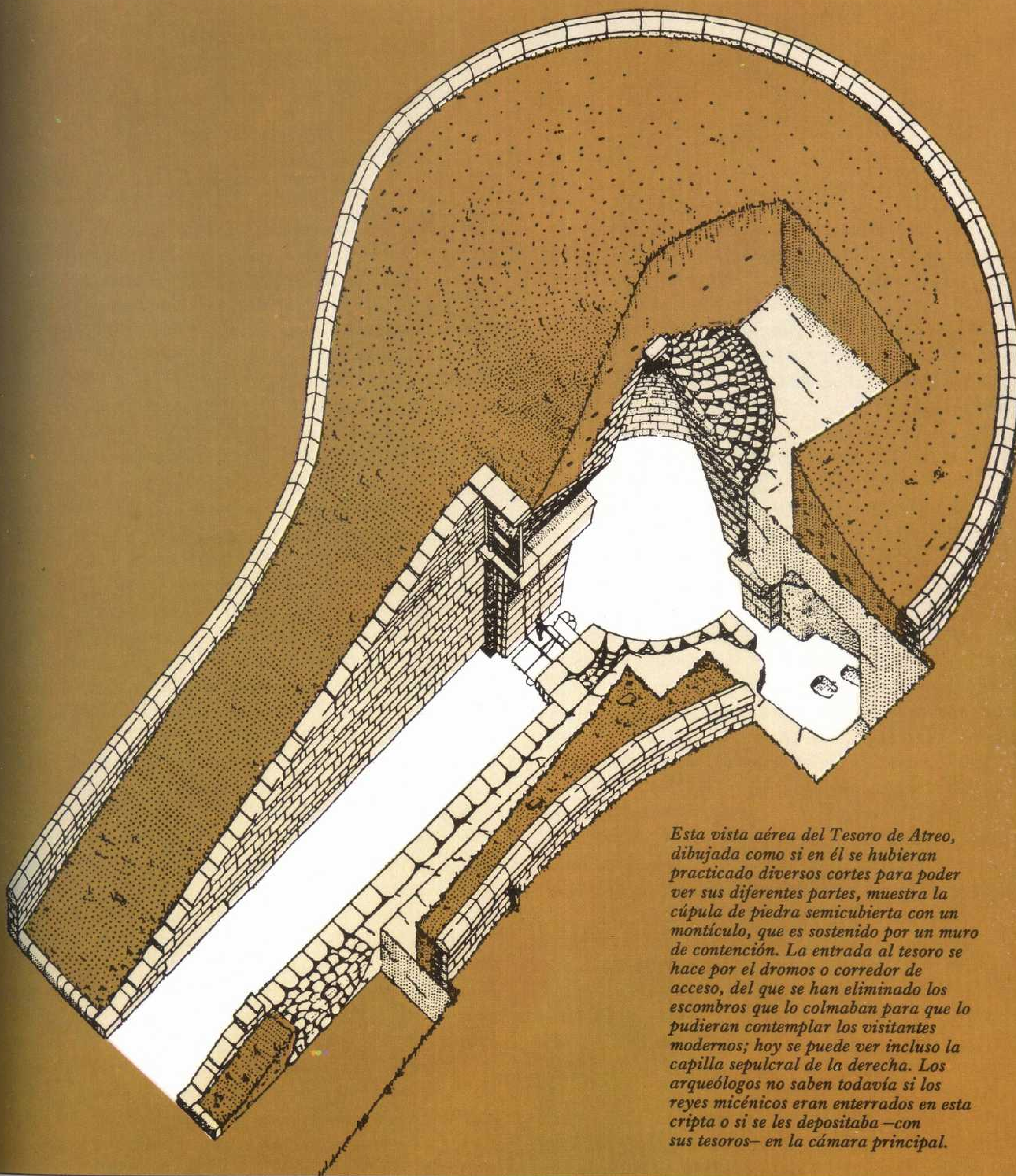
Hay dos cosas del Tesoro de Atreo que nos causan una profunda impresión. Una es su enorme tamaño: su cúpula tiene 15 m de diámetro y 13 m de altura interior; y su monumental entrada supera los 5 m de altura, sirviéndole de dintel una enorme losa que pesa 120 toneladas. La otra es su construcción. La "colmena" propiamente dicha se construyó con grandes bloques de piedra tallados de manera que formasen una curva por su cara interior y ajustados de modo tan preciso que la cúpula es aún perfectamente estable. Se cree que, originariamente, toda la superficie interior de la cúpula estaba decorada con rosetas de bronce, pues aún son visibles los agujeros a los que se sujetaban y restos de clavos de bronce. La fachada estaba cubierta con losas de piedra cuyos colores contrastaban entre sí, y la puerta se hallaba flanqueada por dos columnas de piedra verde y roja que habían sido primorosamente decoradas.



La fachada del Tesoro de Atreo –como la reprodujo su excavador, Alan Wace– tenía sobre la puerta un espacio triangular con bandas, flanqueado por columnas en espiral.

Este corte de un tholos típico muestra cómo los muros de piedra que bordeaban el corredor de entrada se elevaban a medida que subía la pendiente de la colina. Al final del dromos, una estructura rectangular profunda, techada por un enorme bloque de piedra, constituía una especie de antecámara, delante de la cual estaba la entrada principal. La tumba propiamente dicha fue construida con hiladas de piedras que formaban una falsa cúpula; los bloques iban disminuyendo de tamaño de hilada en hilada, hasta que convergían en un punto cimero.





Esta vista aérea del Tesoro de Atreo, dibujada como si en él se hubieran practicado diversos cortes para poder ver sus diferentes partes, muestra la cúpula de piedra semicubierta con un montículo, que es sostenido por un muro de contención. La entrada al tesoro se hace por el dromos o corredor de acceso, del que se han eliminado los escombros que lo colmaban para que lo pudieran contemplar los visitantes modernos; hoy se puede ver incluso la capilla sepulcral de la derecha. Los arqueólogos no saben todavía si los reyes micénicos eran enterrados en esta cripta o si se les depositaba –con sus tesoros– en la cámara principal.

griega está llena de tales cuentos: un príncipe o un rey con una banda de seguidores se impone sobre una región y luego la gobierna. Sorprendentemente, este modelo continuó hasta muy entrado el período micénico, incluso cuando Grecia contaba con una población mucho más densa y los grandes señores eran más numerosos y más celosos de sus dominios. Todavía en el año 1300 a. de C. un príncipe procedente del norte y llamado Neleo, que había tenido problemas en su patria, descendió al Peloponeso y se estableció como señor de una antigua comunidad que había permanecido allí durante siglos. El reino de Neleo se transformaría en Pilo, que ya hemos mencionado por su tesoro de tabletas en lineal B. Su hijo Néstor gobernaba Pilo cuando llegó el momento de ceñir la espada y zarpar rumbo a Troya. Por entonces, toda la campiña en torno a Pilo había sido englobada dentro de un poderoso Estado que era regido desde el palacio de Néstor.

La segunda razón del éxito de los micénicos, según Emily Vermeule, fueron sus sólidos conocimientos sobre tecnología del metal, junto con su habilidad para explotar los yacimientos locales.

La tercera razón reside en que eran unos guerreros experimentados e innovadores, prestos a adaptar las nuevas técnicas a su uso personal. Conocieron muy pronto la espada y fueron los primeros que usaron en Grecia el carro de guerra.

En cuarto lugar, sentían una fuerte inclinación hacia el comercio y sabían practicarlo donde los mercados les eran más favorables.

Por último, eran sumamente intrépidos en sus contactos con otros pueblos. Jamás dudaron en dirigirse a cualquier país extranjero.

Tales fueron aquellos pueblos enérgicos y agresivos que gastaron gran parte de su energía en hacerse ricos y que luego gastaron gran parte de sus riquezas colmando con ellas las tumbas en forma de pozo en las que eran enterrados. Estos pozos eran rectangulares, excavados verticalmente en el suelo –y a veces en rocas blandas– hasta una profundidad de entre 5 y 8 metros. Las paredes se recubrían con ladrillos o con piedras hasta la altura de los hombros, y el suelo con una capa de guijarros. Entonces se bajaba el cadáver, se disponían en torno a él sus brillantes tesoros y se esparcían pequeños adornos de oro sobre su cuerpo. Luego se colocaba un techo de pesados troncos de madera sobre la baja pared de ladrillos o piedras construida en la parte inferior de la tumba. Y, por último, la parte del pozo que quedaba por encima de ese techo se rellenaba con arena y sobre la arena se ponía una pesada losa.

Estos pozos se usaban repetidas veces. Los seis que había en el recinto sepulcral de Micenas contenían entre todos 19 cadáveres: ocho hombres, nueve mujeres y dos niños. Este sitio era probablemente el cementerio de la dinastía que entonces reinase en Micenas. Cuando moría algún miembro de esta dinastía, había que extraer toda la tierra, reparar si era necesario el techo de troncos, limpiar la cámara sepulcral, depositar el nuevo difunto con su correspondiente tesoro y llenar otra vez la fosa. Un gran trabajo. Demasiado grande, por lo visto, pues las tumbas en forma de pozo cayeron en desuso y la realeza empezó a ensayar un nuevo tipo de cámara sepulcral cuyos orígenes son igualmente confusos.

Este nuevo tipo fue el *tholos,* una tumba en forma de colmena y hecha con piedras labradas *(página 127).* Los *tholoi* solían construirse en la ladera de una colina, con un gran corredor de acceso y un pórtico monumental que conducía al interior. Las hiladas inferiores de sillares eran dispuestas bajo el nivel del suelo, en una profunda entalladura hecha en la colina. A medida que se iban colocando nuevas hiladas, formando círculos cada vez más pequeños, la cúpula resultante se iba cubriendo de tierra por fuera.

Esta construcción era extraordinariamente sólida,

aunque su efecto protector contra los ladrones debía de ser más teórico que real. Muchos *tholoi* eran tan grandes que sus cúpulas emergían del suelo. No resultaría muy difícil encontrar un *tholos*, cavar furtivamente en torno a él para encontrar la entrada y abrirse luego paso hacia su interior. Los *tholoi* fueron robados varias veces. Incluso así, el valor de su contenido era tan inmenso que los ladrones, a lo largo de los siglos, siempre dejaban dentro algo. Cuando el mayor y más bello de todos los *tholoi*, el llamado Tesoro de Atreo, en Micenas, fue cribado y recribado cuidadosamente por los arqueólogos, aún hallaron trozos de oro y otros objetos de valor dispersos entre los escombros.

El Tesoro de Atreo es una impresionante pieza de arquitectura. Se conserva prácticamente intacta, con sus 13 metros de altura interior y sus sillares perfectamente escuadrados y dispuestos. Se cree que el interior estuvo antaño decorado con rosetas de bronce. Su pórtico estaba flanqueado por dos columnas esculpidas de piedra roja y verde. El dintel que hay sobre él, de una sola pieza, tiene un peso superior a las 100 toneladas.

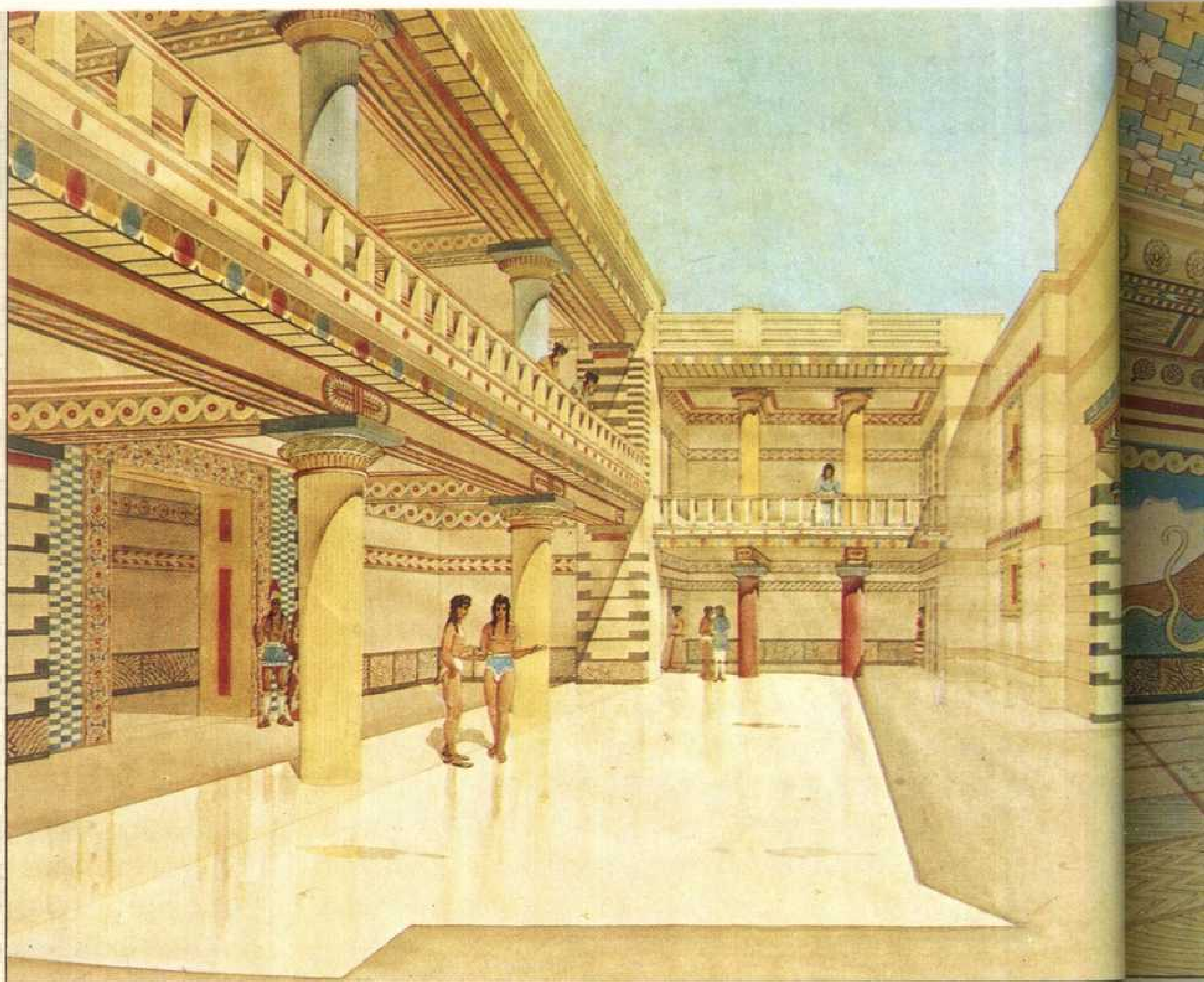
Este *tholos*, el mayor de todos, fue construido poco después del 1300 a. de C. Con él culmina la cultura micénica, pues representa varios siglos de desarrollo del efecto multiplicador en la Grecia continental. Y saca a relucir la discusión entre Alan Wace y Arthur Evans sobre si la cultura micénica era independiente o bien un descendiente directo de la cultura minoica. Hoy está claro que Wace tenía razón. El concepto mismo de ciudadela era micénico. El intenso sabor militar de esta sociedad era micénico. El diseño del *mégaron* –el salón central del palacio– era micénico. Lo que confundió a Evans –y lo que aún confunde a otros– fue la gran cantidad de cosas que los micénicos tomaron de Creta.

Estilísticamente, Creta subyugó a los micénicos. Su arte les encantó. Sus grandes palacios les llevaron a una orgía de construcción de sus propios palacios y de creación de sus propios frescos durante 250 años. Previamente, a pesar de sus enormes riquezas y sus prestigiosas tumbas, los micénicos habían sido arquitectos poco prolíficos. Pero, paseando por el dédalo de corredores y habitaciones de Cnoso en donde se aposentaron hacia el 1450 a. de C., asombrándose ante los maravillosos frescos que les rodeaban por todas partes, contemplando las columnas pintadas y los suelos decorados, los griegos ciertamente debieron de concebir un estilo de vida más grandioso para su propia patria.

Sin duda, el lugar más adecuado para estudiar cómo era y qué pasaba en un palacio micénico es Pilo. Pilo fue saqueado e incendiado hacia el 1200 a. de C., y lo fue tan exhaustivamente que jamás se reconstruyó o se volvió a ocupar. Igual que en Cnoso, la madera usada en su construcción y los grandes almacenes de aceite alimentaron un incendio espantoso que coció y preservó las valiosas tabletas escritas en lineal B.

La destrucción total de Pilo hizo de este palacio un sitio mucho más "puro" que un lugar como Micenas, cuya historia es más compleja. Micenas sobrevivió a varios asaltos antes de caer definitivamente. Tras la caída, siguió siendo ocupada durante siglos por intrusos que la demolieron, la redistribuyeron, la limpiaron. Consecuentemente sus objetos, salvo unos pocos, se han desintegrado desde hace tiempo o se los llevaron a otra parte, donde acabaron tirándolos y también se desintegraron. Esto ha hecho mucho más difícil el tipo de reconocimiento arqueológico íntimo a que se presta Pilo, que nunca fue limpiado. Toneladas de basura cubrían el sitio cuando llegó Carl Blegen, lo que le ofrecía una oportunidad sin precedentes para cribar y analizar.

Pilo tiene su *mégaron*, el salón central del rey, donde se decidían todos los asuntos de Estado. Era una sala elaborada, concebida para impresionar, con los



El palacio de Néstor en Pilo, durante mucho tiempo olvidado, se descubrió en 1939. Basándose en los indicios proporcionados por el análisis del sitio, un dibujante que formaba parte del equipo arqueológico creó las esmeradas reconstrucciones que se ven en estas páginas. Esta ofrece una vista del patio de entrada, rodeado por una galería. La entrada principal está a la derecha; la sala del trono, a la izquierda.

muros cubiertos de frescos. Los elementos estructurales estaban decorados o pintados brillantemente. Los muebles, aunque no abundantes, eran espléndidos; según los inventarios escritos en lineal B, el palacio poseía sillas intrincadamente taraceadas con paneles de oro o de marfil tallado. Hasta el suelo estaba decorado con un atrevido diseño rojo y azul, con un pulpo gigante pintado enfrente del trono. Como el rey Néstor se decía descendiente de Poseidón, dios del mar, el pulpo en el suelo sería un recurso de Néstor para recordar a sus visitantes su ilustre linaje. El que estuviera en el suelo, y no en un fresco, puede parecer que no cuadra con un príncipe mercader micénico consciente del valor de las cosas, pues en el suelo podría deteriorarse. Sin embargo, los micénicos iban descalzos una buena parte del tiempo, y probablemente siempre que estaban dentro de un palacio; los suelos pintados podían, pues, conservarse bastante bien.

En el centro del *mégaron* estaba el hogar circular, de 4 metros de diámetro. En torno a él había cuatro columnas adornadas que sostenían una balaustrada del segundo piso. El *mégaron* tenía una entrada, flanqueada por vestíbulos ocupados por guardas o por mayordomos encargados de filtrar y canalizar el flujo de los peticionarios. Más allá de los vestíbulos había un patio rodeado por una pared en la que se abrían varias puertas que conducían a los aposentos reales y a otras partes del palacio. Una de estas puertas, que era la entrada principal del palacio, daba a la calle. En cierta época, esta puerta fue fortificada mediante una torre que dominaba una entrada tan estrecha que parecía una rendija; esta entrada giraba inmediatamente a la izquierda en cuanto se penetraba en ella, y luego corría paralela al otro lado del muro del palacio. Esta disposición era frecuente en las fortificaciones antiguas. No sólo obligaba a los asaltantes a franquear la entrada de uno en uno o de dos en dos, haciéndoles abrirse paso por entre esta estrecha rendija, sino que además les obligaba a llegarse a la puerta exponiendo su costado derecho a los defensores, pues los escudos se llevaban en el brazo izquierdo.

Parece que Néstor consideraba innecesarias tales precauciones; su palacio carecía prácticamente de fortificaciones. Se hallaba casi en el centro de un vasto dominio, en una red de ciudades más pequeñas y de aldeas que estaban ligadas a Pilo por juramento, por costumbre, por necesidad de defensa mutua, por temor y por una poderosa dependencia económica.



La sala del trono del rey Néstor era casi cuadrada, con un hogar circular en el centro y un segundo piso sostenido por cuatro columnas; tanto el hogar como las basas de las columnas se encuentran aún en su debido lugar. La influencia minoica se evidencia en la profusa decoración de paredes y techo, pero los diseños son micénicos. Contra la pared de la derecha, está apoyado un escudo "en forma de 8".

Igual que su modelo minoico, un palacio micénico era una combinación de centro militar y administrativo, de instalación industrial y de almacén. (Pilo se especializó en la cerámica, exportando gran parte de su producción por la costa occidental de Grecia e incluso a Italia y Sicilia. En el momento de su destrucción, tenía un stock de 2.853 copas de pie alto apiladas en una sola habitación.) Era un hormiguero de actividad, capaz de fabricar todo lo que hiciera falta, desde arneses hasta armaduras, y además productos para la exportación. Las tabletas halladas en Pilo evidencian la amplia gama de artesanos especializados que trabajaban en el palacio. Dichas tabletas catalogan la producción de esos artesanos, llevan inventarios detallados, anotan cuánto se dio de tal cosa a fulano o cuánto se recibió de tal otra de mengano, registran qué sumas ha de pagar el palacio y qué impuestos se le deben. Se llevaban registros minuciosos de todo; hasta se anotó el nombre de dos bueyes llamados Glossy y Blackie. Se destinaban las tropas a las distintas partes, y se llevaba un estrecho control de los avituallamientos militares.

Las ciudades anexas del dominio –lugares secundarios dedicados a reunir tela, madera o productos del campo– no sólo eran necesarias para el funcionamiento económico de todo el sistema, sino que además dependían del palacio en cuanto a su propia protección y en cuanto al aprovisionamiento de metal en bruto, de arcilla o de cualquier otro producto necesario para su trabajo. Productos como el bronce se los servía con cuentagotas el palacio; ellas no tenían acceso directo a tales materiales. El palacio –su puerto, su flota, sus soldados-mercaderes, que viajaban y negociaban con extranjeros– sí tenía tal acceso y así mantenía atado a su propio pueblo. Las ciudades no podían funcionar sin el palacio. El palacio no podía prosperar y tener fuerza sin las ciudades. Reclutaba de ellas sus soldados, los armaba, los adiestraba y los lanzaba a la batalla. El sistema palacial micénico era el gran complejo militar-industrial de la época.

Hasta el momento de la erupción volcánica de Tera, hacia el 1500 a. de C., los minoicos eran el poder dominante en el Egeo. Pero los micénicos venían pisando fuerte, se estaban transformando en un pueblo orientado hacia el comercio y de ideas expansionistas. Crecía su experiencia como marineros. Estaban empezando a descubrir cuáles eran los mejores mercados y dónde estaban las mejores fuentes de materias primas, e iban directamente hacia ellos. Parece



El carácter belicoso de la sociedad micénica es confirmado tanto por las armas como por el arte. En el sello de oro que hay a la izquierda, un guerrero lucha contra tres atacantes. De las dos espadas de la derecha, la de arriba es de diseño minoico antiguo; la de abajo es una mejora micénica de dicho diseño. La versión minoica era larga y resultaba engorrosa; además, la espiga que unía la empuñadura a la hoja era débil, pudiendo fallar por aquí en combate. La espiga micénica era mucho más fuerte, con más remaches y con una recia abrazadera que la aseguraba aún más.

que lo hicieron sin entrar en conflicto con los minoicos e incluso quizá con su ayuda.

Pero las economías en expansión y las poblaciones crecientes necesitan bases cada vez mayores. Puesto que tanto Micenas como Creta no dejaban de extenderse, era inevitable que algún día estallara un conflicto entre ambas. La erupción de Tera no hizo más que precipitar el conflicto. Cuando se produjo, la contienda fue desigual. Se ha especulado sobre un posible relajamiento del vigor minoico; ello les habría vuelto tan decadentes y tan amantes del placer, que más o menos habrían renunciado a su dominio del Egeo y habrían capitulado ante los micénicos sin oponer la menor resistencia. Lo que parece más probable es que Creta estuviera tan asolada económica y políticamente por las consecuencias indirectas de la erupción de Tera, que ni siquiera pudiese presentar batalla a los micénicos cuando éstos llegaron a la isla.

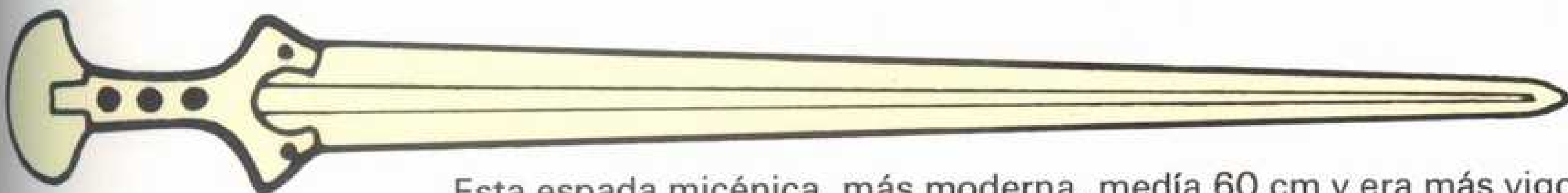
La manera como se efectuó esta transmisión de poderes está muy confusa. El continente parece que no fue batido por los *tsunamis;* al menos, no hay pruebas arqueológicas de que lo fuese. Tampoco cayeron cenizas sobre él; el viento soplaba desde el continente cuando se produjo la explosión. Ciertamente, los micénicos debían de conocer la catástrofe. Si no la vivieron directamente, es difícil que no oyesen hablar de ella, pues viajaban mucho por las Cíclades y, de hecho, estaban regularmente en contacto con Creta.

Sin duda, observaron los acontecimientos muy de cerca. Interesa señalar que no se trasladaron a la isla inmediatamente después de la explosión, lo cual sugiere que la estabilidad inherente al sistema palacial minoico pudo permitir que Creta siguiera su propio ritmo durante unos años, aparentando así la isla una cierta salud y una cierta capacidad de recuperación. Los verdaderos efectos de la explosión sobre este intrincado sistema redistributivo pueden no haberse revelado durante toda una generación, hasta que las economías palaciales minoicas se transformaron en grandes caparazones que se cuarteaban.

Debemos recordar que no existía un imperio micénico durante este período minoico de crisis. Sólo había un puñado de pequeños reinos independientes, todos ellos mucho más pequeños que los aparentemente poderosos reinos de Creta. Uno de aquellos reinos micénicos –o una coalición de los mismos– pudo decidir que Cnoso era ya una fruta madura, y se embarcaron rumbo a Creta para arrancarla del árbol. La situación pudo ser análoga a la que se produce cuando una empresa grande pero que va dando traspiés es engullida por otra pequeña pero más agresiva y mejor dirigida. Los micénicos no deseaban destruir el sistema palacial minoico. Lo que querían era dirigirlo ellos mismos, podar las ramas muertas que había en la cima de este gran árbol y dejar que el resto llevase su savia a una rama mayor y más rica injertada en él: ellos mismos. Y el punto de ese injerto era Cnoso.

Lo que sucedió en los otros palacios minoicos aún es un misterio. No fueron ocupados por los micénicos; sus ruinas no contienen objetos de cerámica del llamado "estilo del palacio", de inspiración micénica, que estuvo confinado en la zona de Cnoso. Los invasores tal vez decidiern que sólo podían dirigir bien una isla tan grande como Creta si arrancaban de raíz toda posible fuente de disturbios. Esta idea pudo llevarles a despojar sistemáticamente de sus riquezas a los demás palacios y a arrojarles luego una antorcha encendida. Pero esta explicación no satisface realmente. Si Cnoso era útil a los invasores, ¿por qué no iban a serlo también Festo o Cato Zacro? Si los micénicos lograban reorganizar y explotar una parte de la sociedad minoica –con su gran pericia artística y artesanal, con su larga experiencia comercial en tantos mercados extranjeros–, entonces ¿por qué no hacerlo con toda ella? Y, por último, si había gran-


Esta espada de estilo minoico, dibujada según un original hallado en una tumba en forma de pozo, medía 90 cm.


Esta espada micénica, más moderna, medía 60 cm y era más vigorosa y eficaz.

des y lujosas villas diseminadas por toda la isla esperando ser ocupadas por los ambiciosos principillos invasores, ¿por qué iban a destruirlas?

Si no se puede encontrar un argumento convincente en favor de un alboroto de los griegos micénicos por toda Creta, la única alternativa es la revuelta: un alboroto de los propios minoicos. Pero no sabemos si se rebelaron contra los capataces nativos o contra los extranjeros.

Igualmente turbadora es la destrucción final del palacio de Cnoso hacia el 1380 a. de C. Una vez más, nada nos permite decir si fue obra de minoicos rebeldes o de invasores que luchaban contra invasores. Por esta época, los reinos del continente habían crecido considerablemente y estaban empezando a rozarse unos con otros. En este proceso, los más pequeños estaban siendo dominados por unos pocos supervivientes principales: sobre todo, Micenas, Tirinte, Atenas, Tebas y Pilo. Cada uno era un palacio-Estado. La caída de Cnoso puede reflejar una extensión, allende los mares, de algún conflicto estatal –tal vez por esferas de influencia comercial– entre algunos de los reinos micénicos más extensos.

En cualquier caso, la destrucción de Cnoso no significa que los griegos partieran de Creta; micénicos de un tipo u otro siguieron viviendo allí. Homero menciona a Idomeneo, rey de Creta, como uno de los caudillos que se destacaron combatiendo en Troya. Idomeneo fue uno de los guerreros más valerosos del bando griego; dirigía 80 naves y fue descrito como el soberano de "Creta, la de las cien ciudades". Era un micénico.

Durante el siglo XIV a. de C., la influencia minoica en el Egeo se desvaneció, y este mar se transformó en un lago micénico. Los palacios-Estado micénicos dominaron las Cíclades. Fundaron colonias en Rodas, Mileto y Chipre. Llegaron a Troya, a Egipto. Establecieron factorías en Asia Menor y en Líbano, en el antiguo puerto cananeo de Ugarit. Las riquezas afluían de todas partes y la población crecía sin cesar. En el 1300 a. de C. –como lo prueba la enorme cantidad de cadáveres enterrados en los cementerios– podía haber en Grecia tanta gente como la que habría 900 años después, cuando Atenas alcanzara su esplendor.

De todos los palacios-Estado del continente, Micenas fue el que creció más rápido. Se convirtió en un centro donde se tallab marfil importado de Siria y desde donde se exportaban objetos de cerámica y armas de bronce que figuraban entre los mejores de la época. Su ciudadela se alzaba sobre una colina que dominaba la fértil llanura de Argos. Las grandes extensiones de tierra cultivable escasean en la accidentada Grecia, por lo que debían de ser bienes de un valor incalculable en la Edad del Bronce. Proporcionaban el espacio, los hombres, los productos agrícolas, la red de establecimientos subsidiarios y las pequeñas comunidades productivas que posibilitaron el auge de los reinos palaciales. Desde que consiguió controlar la llanura de la Argólide, Micenas fue un lugar importante. En el 1300 a. de C. era el más importante de Grecia.

Vale la pena quedarse en Micenas por la tarde hasta que los demás visitantes se han ido y gozar del lugar con tranquilidad. Después podemos escalar un lienzo de la antigua fortaleza, sentarnos sobre las ruinas de su gran muralla y admirar la puesta de sol mientras escuchamos el canto de la alondra. Ante el visitante aparece, dentro del recinto amurallado, el círculo de sepulturas donde se hallaron los famosos objetos de oro, depositados en esas tumbas en forma de pozo hace 3.500 años por un linaje desaparecido de reyes codiciosos. Al otro lado de la muralla se encuentra un círculo de sepulturas más antiguo, excavado en 1952 por dos eminentes arqueólogos griegos: G. Mylonas y el ya fallecido J. Papadimitriou. Contiene 14 tumbas, con los restos mortales de 24 reyes. ¿Se trata de una dinastía distinta, más

antigua, o son los antepasados de los otros? Cerca de allí, en la ladera de una colina, está el Tesoro de Atreo. Los enterrados aquí ¿eran descendientes o acaso usurpadores de los demás reyes? Esta secuencia de tumbas encierra más de 200 años de ensoñaciones de los hombres principales de la Grecia de entonces, aunque no conocemos sus nombres.

La ciudadela propiamente dicha es posterior a esos dinastas sin rostro. Sus elementos más impresionantes son las murallas, construidas con inmensos bloques de piedra irregulares, tan grandes y pesados que los griegos posteriores las creerían erigidas por una raza de gigantes. Por eso son llamadas "murallas ciclópeas", adjetivo derivado del nombre que Homero da a los gigantes en la *Odisea.* Aunque Micenas había estado fortificada durante siglos, estas últimas murallas, las mayores y más duraderas, no se erigieron hasta el 1250 a. de C. Y esto resulta extraño, pues entonces Micenas estaba probablemente en la cima de su poderío y no habría necesitado muros tan ambiciosos. No obstante, parece que por entonces los soberanos micénicos debieron de experimentar una inquietud y ansiedad crecientes, pues en otros lugares se alzaron fortificaciones también muy poderosas. Esta preocupación obsesiva por defenderse se vislumbra también en la cercana Tirinte, donde los muros llegan a superar los 15 m de espesor.

Y resultó que todo esto estaba justificado. Poco antes del 1200 a. de C., en una serie de incendios parecidos a los que habían puesto fin a la sociedad palacial minoica 250 años antes, los grandes palacios micénicos fueron destruidos. Durante mucho tiempo se pensó que este desastre había sido ocasionado por dorios "rudos" que habían invadido Grecia desde el norte. Todos los libros de historia de hace una generación –y algunos actuales– aventuraban esta hipótesis, pero ya no se sostiene en pie.

Ciertamente los dorios eran rudos y estaban mucho menos civilizados que los micénicos, pero no ocuparon el país como horda. Es probable que ni siquiera viniesen de muy lejos. Se infiltraron formando pequeños grupos, bien impulsados por presiones cuya índole aún no conocemos, o bien expandiéndose cuando se les presentó la oportunidad. De hecho eran griegos, los últimos griegos que penetraron en el mundo micénico del sur de Grecia. Procedían probablemente de lo que hoy es el Epiro, en el norte de Grecia; se establecieron donde pudieron, y luego ocuparon la mayor parte del Peloponeso y la mitad occidental de Creta. No destruyeron la civilización micénica. Cuando ellos llegaron, ésta se encontraba ya en las primeras fases de un complejo proceso de autodestrucción. Ellos simplemente reordenaron las piezas y surgieron como una fuerza dominante varios siglos después en la Grecia clásica. Los espartanos, por ejemplo, eran dorios.

Los micénicos eran un pueblo intrínsecamente belicoso. Nunca se llevaron bien entre sí, pues vivieron en un ambiente de vigilancia tensa y armada que periódicamente estallaba y ocasionaba combates. La mitología griega está llena de relatos sobre este tipo de conducta. En una fase de la evolución de los Estados micénicos, esta agresividad pudo ser un factor de *feedback* positivo para su desarrollo. Su historia entre el año 1600 y el 1250 a. de C. es la de un poderío y una prosperidad en continua expansión. Más aún, a pesar de su agresividad tenían cierta capacidad para cooperar. Así lo atestigua su excelente sistema de caminos. Y así lo atestigua también (si creemos lo que nos dice Homero) la expedición a Troya. Esta expedición consistió en una coalición de contingentes armados procedentes de más de 175 lugares distintos, dirigida –y muy bien– por el monarca del Estado mayor y más poderoso: por Agamenón, rey de Micenas. No sabemos cómo, pero lo cierto es que un grupo de griegos recelosos unos de otros lograron aunar sus fuerzas durante toda una expedición de piratería, a pesar de sus divergencias.



Las murallas de Micenas estaban hechas con piedras ciclópeas, tan gigantescas que los griegos del período clásico creían que sólo podían haber sido instaladas allí por una raza desaparecida de gigantes. Esta sección de la muralla tiene en su centro un corredor pavimentado que conducía a una cisterna subterránea secreta, situada fuera de la ciudadela. Asegurado así el abastecimiento de agua, la fortaleza era prácticamente inexpugnable. Antes de contar con esa cisterna, Micenas, erigida sobre un afloramiento rocoso pobre en agua, era vulnerable si la asediaban.

Vemos, pues, una sociedad que consiguió que sus miembros se aviniesen entre sí lo suficiente como para prosperar y extenderse mientras hubo una frontera que absorbiese las presiones engendradas por la necesidad de una mayor expansión. Esa frontera fue el vasto mundo mercantil del Mediterráneo oriental, al cual afluyeron los micénicos tras la caída del sistema palacial minoico. Fue también un lugar al que trasladar los excesos de población, que se habían derivado –como sucediera en Creta– del gran progreso social y que empezaban a constituir un problema.

Emily Vermeule señala que los últimos micénicos tenían una balanza de pagos incomprensiblemente favorable; la arqueología muestra que exportaban una inmensa cantidad de cerámica y otros objetos de valor, pero que importaban productos muy poco duraderos. Esto le hizo pensar en que gran parte de lo que compraban eran bienes perecederos tales como trigo. Es probable que la Grecia continental, durante sus últimos días de esplendor en la Edad del Bronce, necesitase importar alimentos. Las tierras cultivables, como la llanura de la Argólide, aunque son fértiles, no abundan allí. Además, no las explotaban intensivamente para cosechar cereales, pues entonces Grecia no conocía el arado ni el yugo para uncir bueyes. Es lógico que las enormes demandas de todo un palacio y de la gran cantidad de artesanos que no producían alimentos exigiesen importar cereales; o que, si se cortaban esas importaciones, se alcanzara un nivel de lucha peligrosamente alto.

¿Qué estaba ocurriendo en el mundo exterior que pudiera afectar al comercio micénico y a la importación de alimentos? Pues muchas cosas. Antes, el Mediterráneo oriental había sido relativamente tranquilo. Los minoicos habían suprimido la piratería en el Egeo. El Asia Menor estaba bajo el férreo dominio del imperio hitita, un Estado vasto y poderoso cuya capital se alzaba sobre la elevada llanura de Anatolia. La influencia hitita se estaba difundiendo por el sur

hasta la actual Siria y aún más allá, hasta los puertos cananeos de la costa libanesa. Esta región había permanecido durante mucho tiempo bajo el control egipcio, y en el 1288 a. de C. un Egipto revitalizado durante el faraón Ramsés II se dirigió hacia el norte con un gran ejército intentando aplastar para siempre a los hititas. Estos respondieron a una escala parecida, bajando de sus colinas con una enorme tropa de infantería y 3.500 carros de combate. Ambos ejércitos se enfrentaron, en una batalla épica pero no definitiva, en las gargantas de Qadesh. El enfrentamiento dejó tan exhausto a Ramsés, que éste se retiró a Egipto; y el control egipcio de los puertos comerciales del Levante se desvaneció. A corto plazo, ésta era una excelente oportunidad para los micénicos, que siempre estaban a la expectativa. Fundaron factorías en Levante, sobre todo en el puerto cananeo de Ugarit, donde se han encontrado numerosos indicios de cerámicas exportadas por Micenas.

Aunque las dos grandes potencias firmaron un pacto de no agresión tras la batalla de Qadesh, su rivalidad no había terminado. De hecho, había puesto en movimiento fuerzas que se extenderían y acabarían resultando nefastas para el hasta entonces ordenado comercio en el Egeo.

Dado que sus imperios no eran marítimos, los hititas y los egipcios reclutaron navíos de otros que sí lo eran. Esta escalada provocó la aparición de los llamados "pueblos del mar", que desempeñaron un importante papel en el Mediterráneo oriental y en el Egeo durante la segunda mitad del siglo XIII antes de Cristo. Aunque su origen es sumamente oscuro, parece que fueron confederaciones de pueblos costeros e isleños; se aprovecharon de los grandes combates mantenidos en tierra, tomaron partido por el bando que en cada momento les pareció más lucrativo y se dedicaron a una piratería organizada.

Los micénicos, filibusteros por naturaleza, debieron de verse envueltos en alguna de esas empresas. Es probable que a veces las ganancias fueran considerables, pues los pueblos valientes y oportunistas han sabido siempre prosperar a expensas de los demás en los períodos de máxima confusión. Pero, a largo plazo, los efectos tuvieron que ser catastróficos. Ugarit, el puerto más cosmopolita del Levante, fue saqueado e incendiado a finales del siglo XIII antes de Cristo, probablemente a causa de un ataque en masa de los "pueblos del mar". Jamás se recobró, desapareciendo así un importante mercado micénico. La costa jónica –donde había varias colonias micénicas, entre ellas dos tan importantes como Mileto y Efeso– estaba en plena agitación. A lo largo de ella se hallaban pequeños reinos, expuestos por delante a la amenaza de la piratería y penosamente descubiertos por detrás ante la amenaza de la interferencia hitita desde las colinas del interior.

Con el poder hitita no se podía jugar. Cuando el rey hitita hablaba, lo hacía en términos de un absolutismo estremecedor; su ira podía desencadenar crueles matanzas en masa y la deportación de poblaciones enteras. Pero en la costa egea de Anatolia había un grupo de pueblos a quienes el rey hitita hablaba en un tono sorprendentemente conciliador. Eran los *ahhiyawa*, que empezaban a mostrarse molestos; y el modo como el hitita los trataba era completamente distinto de como trataba a los demás. ¿Por qué no forzaba sus puertas, no mataba ni desollaba a sus hombres, no se llevaba a todas sus mujeres y propiedades, ni incendiaba sus comunidades?

Este embrollo creciente atrajo la atención del británico Denys Page, especialista en Homero, que llevaba muchos años intentando resolver otro problema: ¿en qué había consistido exactamente el asedio de Troya? ¿Había tenido lugar realmente? ¿Habían participado en él los griegos micénicos?

Luego estudiaremos este problema. Veamos primero lo que dice Page sobre los *ahhiyawa*. Page sostiene, de acuerdo con algunos lingüistas e hititólo-

gos, que *"ahhiyawa"* era la palabra que usaban los hititas para decir "aqueos", lo cual tiene sus detractores. El especialista americano James Muhly, por ejemplo, rechaza tal analogía. Sostiene que los *ahhiyawa* no eran aqueos, sino otro grupo de anatolios asentado en la Anatolia occidental.

No obstante, Page cuenta con un apoyo formidable. Y si le concedemos la premisa (que *"ahhiyawa"* y "aqueos" son sinónimos), entonces podremos seguir su convincente argumento. En un elaborado análisis de las claves proporcionadas por las tabletas hititas, llega a la conclusión de que esos *ahhiyawa*-aqueos-micénicos tenían su centro de operaciones en una base micénica emplazada en la isla de Rodas, y la razón por la que el rey hitita les trataba tan cautelosamente era que no los podía atrapar. Tenía que tragarse su terrible orgullo y tratarlos como a iguales, estableciendo alianzas con ellos unas veces, y otras reprochándoles su traición.

Mientras el trono hitita fue sólido, los aqueos se llevaron la mejor parte, robando por la costa del reino hitita a espaldas del soberano, comerciando con él en su presencia, alistándose como mercenarios marítimos en su escuadra durante sus grandes campañas contra los egipcios. Pero esta situación no duró mucho. El imperio hitita comenzó a desmoronarse hacia el 1200 a. de C. En los años inmediatamente anteriores, los hititas habían tenido dificultades crecientes en sus tratos con los Estados costeros. Finalmente, renunciaron a dominarlos.

La piratería se convirtió en un modo de vida normal en Jonia y en el Mediterráneo oriental. Los aqueos se vieron envueltos por una caterva de bandidos tan tenaces como ellos mismos. Aunque sin duda lograron sobrevivir en ese mundo, las repercusiones en la Grecia continental fueron sumamente graves. Por esta época, todos los palacios-Estado contaban con una numerosa población, y un activo mercantilismo dependiente de los tranquilos mercados exteriores permitía cambiar los productos micénicos por alimentos. Los palacios micénicos sólo subsistirían si continuaban estos intercambios.

Pero no podrían continuar con esta agitación en el Egeo oriental. Esto empezó a hacerse patente hacia el 1250 a. de C. (y, como sucede en todas las sociedades, antes de que los protagonistas pudieran empezar a comprender qué les iba a suceder). El primer síntoma, ya mencionado, fue el de las extraordinarias precauciones que algunas ciudades micénicas empezaron a tomar para protegerse reforzando sus fortificaciones.

Y esto sólo sería el comienzo de un período de gran tensión. Los excesos de población tuvieron que seguir reduciéndose mediante la emigración hacia las factorías y ciudades micénicas de allende los mares, precisamente cuando el filibusterismo y la rapiña estaban cambiando allí las condiciones de vida. En la metrópoli debía de haber unos inquietantes stocks de productos destinados a la exportación, y además escasez de alimentos, amplio desempleo y gran descontento entre la población. Es casi seguro que los dinastas ambiciosos se aprovecharon de la situación y empezaron a rehuir el control de los reyes establecidos.

Ese estado de cosas comienza a verse cada vez con mayor claridad en la mitología griega; por ejemplo, en leyendas como la de *Los siete contra Tebas,* donde un reducido grupo de héroes intenta derrocar una dinastía corrompida que reina en una poderosa ciudad fortificada. Hoy se da valor histórico a esta leyenda, pues sabemos que Tebas fue saqueada entre el 1250 y el 1200 a. de C. Y tras Tebas cayeron, como fichas de dominó erguidas y próximas unas a otras que son empujadas, los otros palacios-Estado:

Pilo: saqueada e incendiada poco antes del año 1200 a. de C., al parecer víctima de una arrolladora incursión pirática.

Gla: ciudad fortificada sobre un afloramiento de

tierra que emerge del lecho de un lago drenado, al norte mismo de Tebas; demolida por manos desconocidas.

Jolco: mucho más al norte, en Tesalia, saqueada e incendiada entre el 1200 y el 1150 a. de C.

Tirinte: cerca de Micenas, en el Peloponeso, saqueada e incendiada, probablemente después del año 1200 antes de Cristo.

Micenas: atacada antes del 1200 a. de C. y destruidas todas las casas situadas fuera de las murallas de la ciudadela; atacada otra vez poco después del 1200 a. de C., con indicios de haber sido destruida de nuevo; 70 años después, la propia ciudadela fue asaltada y el palacio saqueado.

Esto ocurría en los grandes centros. Lugares más pequeños dispersos por toda Grecia, escasamente guarnecidos y débilmente amurallados –si es que disponían de muralla alguna–, ardieron tan rápidos como la paja y desaparecieron.

Las fechas de estos acontecimientos, todas ellas en torno al 1200 a. de C., pueden ser calculadas de manera bastante aproximada gracias a un desarrollo importante y muy reciente de la arqueología griega. Durante los dos últimos decenios, hombres como el especialista británico Richard Hope Simpson han estado recorriendo toda la campiña griega para recoger la mayor cantidad posible de fragmentos de cerámica, logrando con ello forjar una imagen asombrosamente completa de la geografía del mundo micénico. De este modo se pueden identificar fácilmente los grandes sitios históricos, pero también muchos otros, más pequeños, olvidados por la historia. Muchos están en el Peloponeso; otros en el Atica y en Beocia, región situada al norte del Atica.

Lo interesante de esta reciente cartografía arqueológica es que coincide, con asombrosa exactitud, con el famoso "Catálogo de las naves" del canto II de la *Ilíada.* El catálogo enumera cuidadosamente los nombres de los griegos que participaron en la expedición contra Troya y además el número de naves aportadas por cada contingente.

Como el resto de la *Ilíada,* el "Catálogo de las naves" llegó a oídos de Homero por tradición oral, tras haber sido repetido, pulido y alterado a lo largo de los siglos por varias generaciones de aedos. En él merecen destacarse dos cosas: la primera es su intenso sabor beocio. Quienquiera que lo compilase por primera vez debía de ser natural de Beocia, pues los nombres de las ciudades beocias (la mayoría pequeñas y poco importantes) aparecen muchas más veces que los de ciudades de otras regiones. Ello es tanto más destacable cuanto que, en el período clásico de Grecia, Beocia se había convertido en una zona rural con cierto sabor a campesino-palurdo; sólo un beocio podía prestarle tanta atención.

La segunda curiosidad destacable en el "Catálogo de las naves" es que su insistencia en lo beocio durase tanto tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que los propios beocios no desempeñaron un papel importante en el relato durante el viaje a Troya, y menos aún cuando la expedición llegó allá. Se cree que la razón de esta persistencia del sabor beocio radica en que el "Catálogo de las naves" era realmente eso, una mera lista de los que participaron en la expedición. No inspiró a los poetas; éstos se limitaron a aprendérselo de memoria y a recitarlo luego de carretilla, reservando su ingenio creador para los pasajes más interesantes y dinámicos del poema. Así, el catálogo se preservó como un insecto poético atrapado en un trozo de ámbar más variable, ámbar cuya forma iría cambiando con el tiempo a medida que surgían en las cortes nuevos señores y que los nuevos aedos deformaban sus cantos para complacerles.

El "Catálogo de las naves" nos proporciona un dato cronológico de gran valor, por cuanto preservó los nombres de lugares que existían cuando se inició la expedición. Antes de Troya existían. Después de Troya, muchos de ellos ya no. Por ejemplo, Agame-



Este relieve de marfil representa a un guerrero micénico del 1300 a. de C. que lleva una larga lanza, un yelmo recubierto con colmillos de jabalí (página 151) y un gran escudo en forma de 8. El descubrimiento de tales escudos en el arte minoico y micénico confirmó las descripciones de Homero: la Ilíada menciona estos escudos, aunque habían desaparecido siglos antes de que el poeta los describiese.

nón partió de Micenas, y Néstor, de Pilo. Ambos regresaron, y sus palacios fueron destruidos hacia el 1200 a. de C. Por tanto, si hemos de tomar en serio la *Ilíada,* la guerra de Troya tuvo lugar antes del 1200 a. de C.; probablemente hacia el 1220, fecha aproximada del primer ataque a Micenas. Esto no pudo suceder antes de la partida del rey; si su patria hubiera peligrado, no habría partido hacia Troya.

Pero ¿debemos creer lo que dice la *Ilíada?* Esta es otra pregunta apasionante, que desde tiempos de Tucídides ha cautivado a las mentes clásicas más agudas. Resulta interesante que la ciencia, de la que normalmente cabría esperar demoliese por completo un cuento tan fantasioso, parezca hallar en él cada vez más sustancia. Desechemos lo sobrehumano, rompamos su duro caparazón mitológico, manejemos las herramientas que nos proporcionan la geografía, la arqueología, la lingüística... y en su mismo centro emergerá su meollo de verdad. La verdad es que la *Ilíada* hunde sus raíces en el mundo micénico y que no fue inventada en una época posterior.

Y aquí de nuevo nos habla Page con gran elocuencia, observando en primer lugar el gran número de topónimos que contiene el "Catálogo de las naves". Las tres cuartas partes de esos lugares se han identificado ya, gracias a la labor de Hope Simpson y otros. Todos ellos se nos aparecen, tras un examen arqueológico competente, como ciudades micénicas.

La afirmación complementaria de ésta lo expone aún más tajantemente: los lugares no identificables del catálogo *no* son ciudades micénicas. Además, muchos topónimos van acompañados de adjetivos descriptivos que los identifican, lo cual constituye una característica de la poesía de los aedos: la "arenosa Pilo", la "escarpada Egílipe", la "blanca Oloosón" y la "ventosa Enispe". Cuando se visita Enispe –y vemos que es ventosa–, difícilmente podemos creer que la descripción de esos lugares no fuera transmitida por personas que los conocían y que se preocuparon

por describirlos fielmente. ¿Cuánto duraría la fama de un poeta que, cantando ante un auditorio que conociese los lugares, atribuyera equivocadamente los epítetos y, como dice Page, colocara "flores sobre una cima rocosa y viñedos en un marjal"? No mucho. Sería echado a gritos fuera del *mégaron* y probablemente del gremio de los aedos.

Para confirmar este punto, Page llama luego la atención sobre los lugares del "Catálogo de las naves" hoy desconocidos. También ellos tienen sus epítetos descriptivos; sin embargo, a pesar de esta ayuda, han resistido obstinadamente a toda identificación desde los tiempos de Tucídides. Y Page prosigue así: "Nadie supone que un beocio o un jonio del Asia Menor viajasen en la Edad Oscura por el continente, dejando pistas por el camino para un editor de guías de viaje como Baedeker; en realidad, ni el turista más diplomático de entonces debió de penetrar profundamente en el Peloponeso dorio." La "Edad Oscura" a la que alude Page es el período de 400 años que media entre el colapso micénico y el nacimiento de Homero, período en el que la situación griega era tan caótica que cualquier extranjero habría sido asesinado en sus primeras jornadas de viaje. Y, sin embargo, esos lugares inidentificados no sólo se mencionan, sino que incluso se caracterizan, se califican. Es claro que ya habían desaparecido en la Edad Oscura, pero también que se recordaban gracias a los poetas de épocas anteriores.

En resumen, la *Ilíada* muestra, tanto en los topónimos que hoy son reconocibles como en los que ya no lo son, una consistencia tal que confirma una importante conclusión: que sus autores originales describían los lugares tal como existían al final del período micénico.

Esta conclusión parece aún más verídica cuando se considera la importancia de los lugares que Homero describe. Cuando adoptó el relato de Troya y lo adaptó a su propio gusto, los Estados importantes de Grecia eran Esparta, Atenas, Argos y Corinto. Micenas era un pequeño lugar atrasado; Pilo había desaparecido por completo. ¿Cómo podía, pues, Homero cantar a Micenas y a Pilo, y prestar tan poca atención a lugares contemporáneos de él, a no ser que su canto formase parte de una tradición más fidedigna aún que él mismo? El propio Homero no lo entendía; él simplemente heredaba cantares de gesta antiguos, los elaboraba y los transmitía, salpicando de paso su relato, sin saberlo, con indicios reveladores de su verdadero origen.

Esos indicios son numerosos. Por ejemplo, la *Ilíada* contiene abundantes alusiones a los enormes escudos usados por los guerreros griegos en Troya. Tenían forma de 8 y el poema dice que eran tan grandes como una torre, llevándose colgados del hombro mediante una correa y cubriendo al guerrero hasta los tobillos. Estos escudos ya no existían en tiempos de Homero; habían sido sustituidos, hacía mucho tiempo, por otros más pequeños y de forma redondeada. La descripción homérica de esos típicos escudos arcaicos fue completamente desconcertante hasta que se realizaron en Cnoso y en Grecia excavaciones que proporcionaron representaciones de los mismos en vasijas y en frescos. Hoy está claro que los detalles de esos escudos llegaron por tradición oral hasta Homero y que éste, sin comprenderlo pero cumpliendo con su histórica misión, los transmitió a la posteridad.

Sus alusiones a los carros de combate son igualmente reveladoras. En tiempos de Homero, los griegos ya no combatían con estos carros; la evolución de la caballería y una infantería mejor equipada habían hecho que cayesen en el olvido. Pero en Troya los guerreros usaban carros. Dudando cómo explicar su uso, Homero los convirtió en una especie de taxi: en vehículos que transportaban a los héroes hasta el campo de batalla; una vez allí, los héroes descendían del carro y se ponían a luchar.

¿Refleja Homero la Edad del Bronce en el Egeo? Así lo creemos por los muchos deslices tan reveladores como ésos. Nos proporciona incluso detalles sobre el ambiente reinante al final de dicha época. La situación empezaba a deteriorarse. Tebas había caído. El comercio pasaba por un estado caótico y la piratería se extendía por el Egeo. Los griegos, sobre todo los de la costa este del Egeo, la practicaban bien a las claras. Los registros egipcios mencionan su participación en las dos mayores aventuras piráticas jamás documentadas. Una tuvo lugar hacia el 1190 a. de C., cuando, en una operación combinada, una enorme flotilla de los "pueblos del mar" zarpó con rumbo sur para invadir Egipto. Unos siete años después, otra coalición de piratas intentaron echar de la costa de Chipre a los debilitados hititas. Ambas incursiones fracasaron, pero fueron las últimas victorias de los egipcios y los hititas. Totalmente exhaustos, fueron incapaces ya de mantener cohesionados sus imperios; y el mundo comercial de la Edad del Bronce en el Egeo, organizado y próspero desde hacía tanto tiempo, se desmoronó.

La historia del asedio a Troya puede considerarse como un síntoma más de ese progresivo desmoronamiento, como otra de las expediciones piráticas organizadas en aquella época: una expedición pirática de todos los griegos. Los griegos estaban actuando ya por toda la costa jónica, mofándose de los decadentes hititas, aliándose con los reinos costeros en alza, buscando cabezas de puente en la costa para ellos mismos. ¿Qué mejor manera de enriquecerse que atacando Troya, en la parte norte de la costa? Troya había sido durante siglos una fortaleza rica e impresionante. Pero, con sus aliados diezmados por las incursiones hititas, Troya podía ser tomada.

Sin duda, hubo otras Troyas; pero no hubo otro Homero que las cantase. Homero decidió cantar a Troya, y nosotros podemos agradecérselo. Sus héroes regresaron a sus casas, y su llegada proyecta una nueva luz sobre el tumulto que estaba empezando a cernirse sobre Grecia.

Es cierto que Néstor regresó tranquilamente a Pilo. Al parecer, le habían guardado bien su trono. Sin embargo, Agamenón fue recibido de un modo muy distinto. Aunque reinaba sobre el Estado más grande del mundo micénico, aunque había ganado una importante guerra y regresaba con su botín correspondiente, aunque estaba al frente de un ejército victorioso y curtido por la guerra, los hados no se lo tuvieron en cuenta. Apenas penetró en su palacio fue asesinado por un usurpador cuando ni siquiera había acabado de tomar un baño.

También Ulises tuvo problemas. Sus rivales pululaban como una plaga de langostas en su palacio de Itaca, y le estaban corroyendo su casa y su patria. Era lo único que su mujer Penélope podía hacer para preservar su virtud en medio de aquella caterva de bravucones que, de haber seguido mandando en el palacio más tiempo, seguramente habrían empezado a luchar entre sí, tomando el vencedor a Penélope por la fuerza y usurpando el trono. Tal era el panorama con el que se encontró Ulises al regresar a la patria. Tan astuto como siempre, entró furtivamente en el palacio, se percató de la situación y, en cuanto se le presentó la oportunidad, mató a todos los posibles usurpadores.

Las acogidas que les dispensaron hablan elocuentemente de la agitación y decadencia que estaban empezando a cuartear el sistema palacial micénico a medida que sufría un golpe tras otro, un saqueo tras otro. Todo ello brotaba de la incapacidad del sistema para sobrevivir como una red organizada de burocracias centrales basadas en el comercio. Cuando su mundo se volviera ingobernable, cuando se hundieran sus mercados comerciales, toda la civilización micénica se hundiría.

Los micénicos se fueron a pique rápidamente, en un *feedback* positivo por el que cada elemento del

sistema palacial se derrumbaba en cuanto caía el elemento que lo sostenía. Hacia el 1100 a. de C. la cultura micénica había desaparecido. Fue sustituida por una sociedad feudal de gran pobreza y mucha violencia. La población decreció drásticamente. Los supervivientes se refugiaron en los riscos montañosos, al abrigo de las incursiones por mar y de sus peligrosos vecinos. Careciendo de patronos reales a quienes servir, los artistas decayeron en sus habilidades, envejecieron y murieron, y nadie los remplazó. Otro tanto puede decirse de los alfareros y los orfebres. No se podía conseguir oro ni plata para damasquinar las espadas de bronce, y a veces ni el bronce mismo. Ya no se llevaban registros palaciales; ya no quedaban palacios, no había inventarios que registrar ni una persona para leerlos. La lectura y la escritura se perdieron con todo lo demás.

Fue en este mundo de Estados feudales fragmentados e incultos donde se infiltraron los dorios, aportando al mismo pocas mejoras dada su propia incultura. Tal fue la Edad Oscura de Grecia, más oscura aún que la que se abatió sobre Europa tras la caída del imperio romano. Duró unos trescientos o cuatrocientos años.

Aunque no pudo conocer la gloria de la civilización precedente, el siempre sobrio Tucídides advirtió claramente la catastrófica situación que siguió. Vio a los griegos constreñidos "a llevar armas, pues los lugares en que habitaban no estaban protegidos y las relaciones de unos con otros no eran seguras". Cuenta que, tras la guerra de Troya, Grecia "estaba aún sujeta a las migraciones y en proceso de asentamiento, por lo que no halló descanso ni se hizo más fuerte. Pues el regreso de los griegos desde Troya, tras una ausencia tan larga, originó muchos cambios, y además las ciudades se llenaron de distintas facciones, a consecuencia de las cuales muchos hombres debieron exiliarse y fundar nuevas ciudades".

Homero resulta estar a caballo sobre estos dos mundos. Con un pie se apoya en la Edad Oscura. La *Ilíada* –que ensalza la estructura del clan, el valor, el orgullo de pertenecer a un lugar, que muestra un interés feroz por la guerra, que desprecia brutalmente a la gente sin linaje, que considera a las mujeres como enseres domésticos– describe una sociedad feudal insertada por Homero en leyendas y acontecimientos de una sociedad distinta, anterior.

Con el otro pie se apoya en el umbral de una nueva Grecia, una Grecia que empezaba a emerger gracias al renacimiento de la escritura y al auge de las ciudades-Estado. Es probable que el propio Homero no supiera leer ni escribir, pero al cabo de un siglo sus poemas habrían sido puestos por escrito ya por alguien que sí sabía. Así entraron en la literatura occidental y se han conservado con escasos cambios. Aunque están distorsionados, constituyen el único vínculo no arqueológico que une a los griegos del mundo clásico con los de la Edad del Bronce.

Resulta difícil concebir que estos últimos desaparecieran tan súbita e irrevocablemente. El arqueólogo griego G. Mylonas, que ha consagrado su vida al estudio de la civilización micénica, lo indica magistralmente: "El júbilo que siente un especialista cuando rastrea los inicios y el desarrollo de una cultura hasta su apogeo cede el lugar a la tristeza cuando, siguiendo paso a paso su decadencia, llega a su fin inexorable. Pero al especialista en la cultura micénica le reconforta el saber que de las cenizas de la Edad Heroica brotaría otra civilización, la Edad de Pericles y de Sócrates, profundamente enraizada en los logros de los micénicos y que iba a servir de cimiento a nuestra civilización occidental."

Obras maestras exhumadas de las tumbas reales

Fue preciso que Heinrich Schliemann descubriese un tesoro fabuloso en las tumbas en forma de pozo de Micenas para que el mundo reconociese que realmente había habido una cultura micénica y que, desde el 1600 a. de C. aproximadamente, los reyes y príncipes de Micenas habían estado acumulando riquezas a un ritmo impresionante.

Lo sorprendente no era tanto la cantidad de oro, cristal y marfil reunidos, como la excepcional calidad con que habían sido trabajados. Se había descubierto una sociedad, hasta entonces ignorada por la historia, iletrada y probablemente atrasada en otros aspectos, pero cuyos miembros no sólo habían sabido apreciar el arte de diseño y ejecución exquisitos, sino también crearlo.

A diferencia de la decoración con que muchos pueblos de entonces se rodearon, el arte de los micénicos fue realmente suyo, no robado en incursiones de piratería. Puede que algunos objetos mostrados en estas páginas hayan sido hechos por artesanos traídos de Creta; ciertamente, algunas obras muestran motivos minoicos, así como egipcios y de Levante. Pero la mezcla es únicamente micénica



Esculpida en marfil, esta cabeza de guerrero, de 5 cm de altura, tiene un yelmo protector decorado con filas encorvadas que representan colmillos de jabalí. Los numerosos colmillos hallados en las tumbas y la minuciosa descripción que Homero hace de los yelmos confirman que los micénicos se protegían con este tipo de cascos.



La llamada "copa de Néstor", hecha de oro, mide 15 cm de altu



Este ritón, con forma de cabeza de león, servía para las libaciones.

Vasijas de oro y cristal

En Micenas la realeza estaba acostumbrada a lo mejor, especialmente en los utensilios que usaba para comer y beber; no obstante, los tesoros aquí mostrados debían de ser demasiado elegantes para usarlos cada día. El ritón en forma de cabeza de león *(página opuesta, abajo)* era una vasija ritual. La "copa de Néstor" *(página opuesta, arriba)* –así llamada por Heinrich Schliemann, que creyó se parecía a una copa descrita en la *Ilíada* –fue hecha mucho antes de que Néstor naciese; probablemente se usaba sólo en ceremonias oficiales. El cuenco de abajo fue vaciado mediante un método ingenioso: usando cañas ordinarias como taladro, los artesanos practicaron innumerables agujeros pequeños en el bloque de cristal, luego los hicieron saltar y finalmente alisaron el interior del cuenco.



Tallado en cristal de roca, este cuenco tiene 15 cm de longitud y forma de pato. Sus paredes se van estrechando hasta alcanzar 3 mm de grosor.

Coronas y joyas de oro batido

Las tumbas micénicas rebosaban de adornos de oro: unos, como la cabeza de alfiler de la página opuesta, arriba, son de oro calado y repujado; otros, como la flor que hay bajo él, estaban hechos con hojas finas de oro batido. Los discos de oro eran muy numerosos, y probablemente se hacían para coserlos a los vestidos de las mujeres. La diadema de ocho piezas que se ve abajo tiene un interés especial; mide 65 cm de anchura, por lo que resulta demasiado grande para que la pudiera llevar una reina. Algunos especialistas han emitido la hipótesis de que estas tiaras tan enormes se hacían sólo para enterrarlas en las tumbas: eran depositadas sobre los cadáveres de las reinas y cumplían el mismo objetivo simbólico que las máscaras de oro (páginas 152-153) para los reyes.



Para realizar esta tiara, se hizo primero un modelo en piedra o en madera y luego se martillaron suavemente contra él finas láminas de oro.



Cabeza de alfiler. Unas palmas coronan la imagen de una diosa.

Esta azucena, de 76 mm, fue hallada en una tumba de Volos, en Tesalia.

Este disco es uno de los 700 hallados en una sola tumba.

Espadas damasquinadas y armaduras de bronce

La belicosidad de los micénicos está atestiguada por la enorme cantidad de armas enterradas con ellos. Una tumba excavada en Micenas contenía tres esqueletos reales... enterrados con más de 90 espadas. Algunas armas eran tan primorosas que, obviamente, no debían de usarse para luchar sino como adorno o en las ceremonias. El esmero con que decoraron las hojas es extraordinario. En ellas se empleó la técnica del nielado: se practicaban en un metal labores de hueco con una forma determinada, y en las depresiones se martilleaban luego incrustaciones de metales de colores constrastantes; después se practicaban delicadas incisiones, que formaban diseños fantásticos, sobre la superficie metálica multicolor.



Esta hoja de bronce, de 23 cm, representa la caza del león en incrustaciones de oro y plata.



En esta empuñadura de oro, de 13 cm, dos cabezas de dragón sujetan la hoja.



Esta armadura de bronce, encontrada en Dendra, está coronada por un yelmo de colmillos de jabalí. Dejó de usarse pronto.

Rostros de reyes olvidados

Máscaras faciales de tamaño natural, hechas de oro batido, se enterraban con los cadáveres de los reyes en Micenas. Nunca se ha encontrado en otras partes del Egeo algo parecido. Heinrich Schliemann desenterró la de la página opuesta e, incorrectamente, la identificó como la máscara mortuoria del monarca griego Agamenón. De hecho, es la efigie de un rey desconocido que vivió unos 300 años antes. Pero no sabemos hasta qué punto guardaban semajanza con los rostros originales: ¿son verdaderos retratos? Al comparar las máscaras, nos parece que eran efectivamente las imágenes de individuos auténticos; la variedad de rasgos y expresiones justifica esta conclusión.



Este rey micénico tenía cara redonda, ojos saltones y una gran boca de sonrisa apacible.



"Agamenón" tenía labios firmes y nariz recta. Una barba poblada pero recortada con gran precisión enmarcaba sus autoritarios rasgos.

El Origen del Hombre

Este esquema muestra la progresión de la vida en la Tierra, desde sus primeras apariciones en las aguas del planeta recién formado, hasta la evolución del hombre; señala sus desarrollos físicos, sociales, tecnológicos e intelectuales hasta la Era Cristiana. Para ubicar estos avances en

GEOLOGÍA		DATADO EN MILES DE MILLONES DE AÑOS	
Precámbrico era más primitiva		4,5	Creación de la Tierra
		4	Formación del mar primitivo
			Origen de la vida: algas y bacterias unicelulares aparecen en el agua
		3	
		2	
		1	
		DATADO EN MILLONES DE AÑOS	
			Aparecen los primeros animales respirando oxígeno
		800	
			Los primitivos organismos desarrollan células especializadas interdependientes
		600	Aparecen los animales con concha invertebrados multicelulares
Paleozoico vida antigua			Evolución de los peces armados, primeros animales que poseen espina dorsal.
		400	Los pequeños anfibios se aventuran hacia la tierra firme
			Aparecen los reptiles y los insectos.
Mesozoico vida media			Aparece el tecodonto, antepasado del dinosaurio
		200	Comienza la era de los dinosaurios
			Aparecen los pájaros
			Los mamíferos viven al amparo de los dinosaurios
			Termina la era de los dinosaurios
		80	
Cenozoico vida reciente			Los prosimios, los primates más primitivos, se desarrollan en los árboles
		60	
		40	Se desarrollan los primates inferiores y los primates antropoides
		20	
		10	El *Ramapithecus*, el primate más antiguo conocido con evidentes rasgos de hombre, evoluciona en la India y África
		8	
		6	
		4	El *Australopithecus*, el antepasado primate más cercano al hombre, aparece en África

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	DATADO EN MILLONES DE AÑOS	
Pleistoceno Inferior período más antiguo de la época más reciente	**Paleolítico Inferior** período más antiguo de la Edad de Piedra Antigua	2	Las herramientas más antiguas son fabricadas por el hombre en África
			El primer hombre verdadero, el *Homo erectus* aparece en las Indias Orientales y en África
		1	El *Homo erectus* emigra a lo largo de los trópicos del Viejo Mundo
		DATADO EN MILES DE AÑOS	
Pleistoceno Medio período medio de la época más reciente		800	El hombre aprende a controlar y a usar el fuego
		600	
			En gran escala, progresa la caza organizada de elefantes en Europa
		400	El hombre comienza a construir refugios artificiales con ramas
		250	Aparece el hombre de Neanderthal en Europa
		100	Aparece el *Homo sapiens sapiens* en África
		80	
Pleistoceno Superior último período de la época más reciente	**Paleolítico Medio** período medio de la Edad de Piedra Antigua	60	Enterramientos rituales en Europa y el Oriente Medio sugieren la creencia en la vida futura
			Mamuts lanudos son cazados por los neanderthales en el norte de Europa
Último período glaciar			El oso de las cavernas llega a ser el centro de culto en Europa
		40	
			El hombre se extiende hasta Australia
			El documento escrito más antiguo conocido, un calendario lunar en hueso, es hecho en Europa
	Paleolítico Superior último período de la Edad de Piedra Antigua		Los primeros artistas decoran los muros y los techos de las cavernas en Francia y España
		30	Son esculpidas estatuillas para la adoración de la naturaleza
		20	La invención de la aguja hace posible la costura
			Los cazadores asiáticos cruzan el estrecho de Bering para poblar América del Norte y del Sur
			Comienza la caza de bisontes en los grandes llanos de Norteamérica
		10	
			Se inventa el arco y la flecha en Europa
Holoceno época actual	**Mesolítico** Edad de Piedra Media		La alfarería empieza en Japón
		9	Se domestica la oveja en el Próximo Oriente

▼ 4.000 millones de años

▼ 3.000 millones de años

▲ Origen de la Tierra (4.500 millones)

▲ Origen de la vida (3.500 millones)

secuencias cronológicas utilizadas en forma común, la columna de la izquierda de cada una de las cuatro secciones del esquema identifica las grandes Eras geológicas en las que se divide la historia de la Tierra, mientras que la segunda columna registra las edades arqueológicas de la historia humana. Las fechas claves de los orígenes de la vida y de los logros principales del hombre aparecen en la tercera columna. El gráfico no está a escala; la razón es clara con la franja de abajo, la cual representa en escala lineal los 4.500 millones de años comprendidos en el esquema.

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno *(cont.)*	**Neolítico** Edad de Piedra Moderna	9000	El perro es domesticado en Norteamérica
		8000	Se funda Jericó, la primera ciudad
			Se domestica la cabra en Persia
			El hombre cultiva sus primeras mieses, trigo y cebada en el Oriente Medio
			El maíz es cultivado en México
		7000	Un modelo de vida de pueblo nace en el Oriente Medio
			Çatal Hüyük, lo que ahora es Turquía, llega a ser el primer centro comercial
			Se inventa el telar en el Oriente Medio
		6000	El ganado es domesticado en el Próximo Oriente
			La agricultura comienza a reemplazar a la caza en Europa
	Edad del Cobre		El cobre es usado en la industria en la región mediterránea
		4800	El monumento de piedra maciza más antiguo conocido es construido en Bretaña
		4000	Los botes de vela son usados en Egipto
			Las primeras ciudades surgen en los llanos de Sumer
			Los sellos cilíndricos comienzan a ser usados como señas de identificación en el Oriente Medio
		3500	Se inventa la rueda en Sumer
			El hombre comienza a cultivar el arroz en el Lejano Oriente
			Se domestica el caballo en Rusia del Sur
	Edad del Bronce		Los mercaderes navegantes egipcios comienzan a recorrer el Mediterráneo
			El primer escrito pictográfico redactado en el Oriente Próximo
			El gusano de seda es domesticado en China
		3000	El bronce es usado por primera vez para hacer herramientas en el Oriente Medio
			La vida ciudadana se propaga hasta el valle del Nilo
			El arado se desarrolla en el Oriente Medio
			Un calendario preciso basado en observaciones estelares se inventa en Egipto
		2800	Stonehenge, el más famoso de los monumentos megalíticos antiguos, es comenzado en Inglaterra
			Las pirámides son construidas en Egipto
		2600	Una variedad de dioses y héroes son glorificados en *Gilgamesh* y otras epopeyas del Oriente Medio
		2500	Surgen las ciudades en el valle del Indo

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno *(cont.)*	**Edad del Bronce**		Evidencia más antigua del uso de esquís en Escandinavia
			El código de leyes más primitivo es redactado en Sumer
			Las sociedades minoas de palacio comienzan en Creta
		2000	Se domestican las gallinas y los elefantes en el valle del Indo
			El uso del bronce se propaga a Europa
			Comienza la cultura esquimal en la región del estrecho de Bering
		1500	Embarcaciones que pueden navegar por el océano, le permiten al hombre llegar a las islas del Pacífico Sur
			Esculturas ceremoniales de bronce se funden en China
			Se establece el gobierno imperial, que incluye provincias distantes, por los hititas
		1400	Se usa el hierro en el Oriente Medio
			El primer alfabeto completo manuscrito es inventado por las gentes de Ugarit, en Siria
	Edad del Hierro		Moisés conduce a los israelitas fuera de Egipto
		1000	El reno es domesticado en Eurasia
		900	Los fenicios desarrollan el alfabeto moderno
		800	El uso del hierro se propaga por toda Europa
			Los nómadas a caballo aparecen en el Próximo Oriente como nueva fuerza poderosa
			El primer sistema de carreteras es construido en Asiria
			Homero compone *La Ilíada* y *La Odisea*
			Se funda Roma
		700	Comienza la civilización etrusca en Italia
			Ciro el Grande gobierna el imperio persa
			Se establece la República de Roma
		500	Se inventa la carretilla en China
		200	Son escritos los épicos *Mahabharata* y *Ramayana* acerca de los dioses y los héroes de la India
			Se inventa la rueda de agua en el Oriente Medio
		0	Comienza la era cristiana

2.000 millones de años

1.000 millones de años

Primeros hombres (2 millones)

Primeros animales respirando oxígeno (900 millones)

Primeros animales con espina dorsal (470 millones)

Procedencia de las ilustraciones

La procedencia de las ilustraciones, indicada aquí, se expresa de la siguiente forma: De izquierda a derecha van separadas por punto y coma y de arriba abajo por guiones.

Portada-Dibujo y foto del fondo por Michael A. Hampshire. 8-Leonard von Matta de Rapho Guillumette. 12, 13-Mapa de David Greenspan. 15-Ullstein Bilderdienst, Berlín; The Mansell Collection, Londres. 17, 18, 19-The Ashmolean Museum, Oxford. 23-Deutsches Archäologisches Institut, Atenas. 27-Hirmer Fotoarchiv, Munich. De 31 a 37-Dibujos de James Alexander. 38-Giraudon por cortesía del Musée du Louvre, París. 40-Hannibal por cortesía del Museo Arqueológico Nacional, Atenas. Dibujo basado en Bosert 1967 y Doumas 1963, de *The Emergence of Civilisation* de Colin Renfrew, Methuen and Co. Ltd., Londres. 44-Photo Émile, por cortesía del Museo Arqueológico Nacional, Atenas. 47-Staatliche Antikensammlungen und Glyptothek, Munich. De 51 a 55-Cortesía del Museo Arqueológico Nacional, Atenas. 51, 52, 53-D. A. Harissiadis. 54-D. A. Harissiadis; A. Stamatopoulos. 55-D. A. Harissiadis. 56-Giraudon, por cortesía del Museo Arqueológico de Heraklion, Creta. 58, 59-Leonard von Matt de Rapho Guillumette, por cortesía del Museo Arqueológico Heraklion, Creta. 60-C. M. Dixon-Leonard von Matt, de Rapho Guillumette, por cortesía del Museo Arqueológico Heraklion, Creta. 61-Leonard von Matt, de Rapho Guillumette por cortesía del Museo Arqueológico Heraklion, Creta. 63-Orion Press-FPG. 64-C. M. Dixon; C. M. Dixon por cortesía del Museo Arqueológico Heraklion, Creta-Leonard von Matt, de Rapho Guillumette. 65-De *The Palace of Minos at Knossos* de Sir Arthur Evans, Vol. III, por cortesía de Agathon Press, Inc., New York. 68 a 74, excepto 72-Cortesía del Museo Arqueológico Heraklion, Creta. 68-C. M. Dixon-Leonard von Matt de Rapho Guillumette. 69-Dan McCoy de Black Star. 70, 71-Leonard von Matt de Rapho Guillumette. 72-Dibujo de Adolph E. Brotman. 74-Leonard von Matt de Rapho Guillumette. 76, 77-Michael A. Hampshire; de *The Palace of Minos at Knossos* de Sir Arthur Evans, Vol. III, por cortesía de Agathon Press, Inc., New York. 78, 79-Adaptado por Walter Johnson de *The Palace of Minos at Knossos* de Sir Arthur Evans, Vol. III, por cortesía de Agathon Press, Inc., New York. 81-Reflejo de Susan Griggs Agency. 82, 83-Maitland A. Edey-De James Walter Graham, *The Palace of Crete* (Copyright 1962 by Princeton University Press), figura 58, reproducida con permiso de Princeton University Press; Leonard von Matt de Rapho Guillumette. 84-Leonard von Matt de Rapho Guillumette. 85-Maitland A. Edey. 86, 87-Maitland A. Edey-De James Walter Graham, *The Palace of Crete* (Copyright 1962 by Princeton University Press), figura 48, reproducida con permiso de Princeton University Press; C. M. Dixon. 88, 89-Maitland A. Edey. 90-Photo J. Ph. Charbonnier, Agence TOP. De 92 a 101-Dibujos de Michael A. Hampshire. 103, 104, 105-Maitland A. Edey. 106-Izquierda (arriba y abajo), Maitland A. Edey; derecha, Ekdotike Athenon, S.A. 109-Ekdotike Athenon, S. A., por cortesía del Museo Arqueológico Nacional, Atenas. De 111 a 119-Cortesía del Museo Arqueológico Nacional, Atenas. 111, 112-Dmitri Kessel para la Smithsonian Institution. De 113 a 116-Ekdotike Athenon, S.A. 117-Hirmer Fotoarchiv, Munich. 118-Dmitri Kessel para la Smithsonian Institution. 119-Ekdotike Athenon, S. A. 120-D. A. Harissiadis. 122-Hirmer Fotoarchiv, Munich, por cortesía del Museo Arqueológico Nacional Atenas. 125-Arriba, Leonard von Matt de Rapho Guillumette, por cortesía del Museo Arqueológico Heraklion, Creta-Centro fotográfico, por cortesía del Director del Museo Arqueológico, Heraklion, Creta-Abajo, Larry Burrows de Time-Life Picture Agency por cortesía del Museo Arqueológico, Heraklion, Creta. 127-The Tourist Photo Library, London. 128-De *The Mycenaean Room in the National Museum, Athens* de Alan y Helen Wace, Plate I. Reproducido con permiso de Mrs. Alan Wace-Corte transversal de un *tholos* basado en un dibujo original de Alan J. B. Wace del *Mycenae, An Archeological History and Guide* de Alan J. B. Wace, Biblo and Tannen, New York, 1964. 129-Hood, *Dawn of Civilization*, Thames & Hudson Ltd., London, y McGraw-Hill Book Co. Ind., New York. 132-133-Ekdotike Athenon, S.A. 134-Deutsches Archaölogisches Institut, Atenas. 135-De *The Minoans* de Sinclair Hood, Tames & Hudson Ltd., London. 137-Roger Viollet. 141-École française d'Archéologie Atenas. De 145 a 153-Cortesía del Museo Arqueológico Nacional, Atenas. 145-Hannibal. 146-D. A. Harissiadis. 147-Spyros Tsavdaroglou. 148-D. A. Harissiadis. 149-D. A. Harissiadis-Hannibal-C. M. Dixon. 150-Spyros Tsavdaroglou. 151, 152-D. A. Harissiadis. 153-C. M. Dixon.

Agradecimientos

Por la ayuda prestada en la preparación de este libro, los editores están particularmente agradecidos a Sinclair Hood, arqueólogo y escritor, Oxford, Inglaterra; Spyridon N. Marinatos, miembro de la Academia de Atenas, antiguo Inspector General de Antigüedades, Grecia, y director de excavaciones en Tera, y G. E. Mylonas, miembro de la Academia de Atenas, Profesor Emérito, Washington University, St. Louis, Missouri, y director de excavaciones en Micenas, Grecia. Los editores expresan también su agradecimiento a Stylianos E. Alexiou, Director, Museo Arqueológico, Heraklion, Creta; Ashmolean Museum, Oxford, Inglaterra; Marlene Barasch, Scarsdale, New York; Catherine Bélanger, Public Relations, Museo del Louvre, París; H. W. Catling, Director, The British School of Archaeology at Athens; George Dontas, Director, Museo de la Acrópolis, Atenas; C. W. J. Eliot, Profesor, The American School of Classical Studies at Athens; Max Hirmer, Munich; Lela Karouzo, Atenas; Nikolaos Kondoleon, Inspector General de Antigüedades, Grecia; Doreen Magazian, Atenas; James R. McCredie, Director, The American School of Classical Studies at Athens; Marie Montambault, Departamento de Antigüedades Griegas y Romanas, Museo del Louvre, París; Efie Sakellarakis, Secretaria, excavación del Agora, Atenas; J. A. Sakellarakis, conservador de la Colección Prehistórica, Museo Arqueológico Nacional, Atenas; Bernhard Schmalz, Escuela Alemana de Arqueología en Atenas; Alkmini Stravridhis, Museo Arqueológico Nacional, Atenas; Dorothy B. Vitaliano, geólogo, U.S. Geological Survey, Washington, D.C.; Nikolaos Yalouris, Director, Museo Arqueológico Nacional, Atenas.

Bibliografía

Christopoulos, George A., y John Bastias, eds., *Prehistory and Protohistory*, traducido por Philip Sherrard. Ekdotike Athenon, S.A., 1974.

Cottrell, Leonard, *The Bull of Minos*. Rinehart & Company Inc., 1958.

Edwards, I. E., y otros., ed., Cambridge Ancient History, Vol. II, Parte 1.ª, *History of the Middle East and the Aegean Region*, 3rd ed. Cambridge University Press, 1972.

Evans, Arthur, *The Palace of Minos at Knossos*, Vols. I-IV. Macmillan & Company, Ltd., 1921-1935.

Evans, Joan, *Time and Chance; The Story of Arthur Evans and His Forebears*. Longmans Green and Co., 1943.

Finley, M. I., *The Ancient Greeks*. Viking Press, 1964.

The World of Odysseus. Viking Pr., 1965.

Galanopoulos, A.G., y Edward Bacon, *Atlantis: The Truth Behind the Legend*. The Bobbs-Merril Company, 1969.

Graham, James Walter, *The Palaces of Crete.* Princeton University Press, 1969.
Higgins, Reynold, *Minoan and Mycenaean Art.* Thames and Hudson, 1967.
Heródoto, *The Persian Wars. The Greek Historians,* vol. I. Random House, 1942.
Hood, Sinclair, *The Home of the Heroes: The Aegean before the Greeks.* Thames and Hudson, 1967.
The Minoans: Crete in the Bronze Age. Thames and Hudson, 1971.
Hutchinson, R. W., *Prehistoric Crete.* Pelican Books, 1962.
Lattimore, Richmond, *The Iliad of Homer.* University of Chicago Press, 1951.
Luce, J. V., *The End of Atlantis.* Paladin, 1970.
Marinatos, Spyridon, *Excavations at Thera,* Numbers 1-6, Athenas, 1963-1974.
Life and Art in Prehistoric Thera. British Academy, Vol. LVII. Oxford University Press, 1971.
Matz, Friedrich, *The Art of Crete and Early Greece.* Crown Publishers, Inc., 1962.
Mylonas, G. E., *Mycenae and the Mycenaean Age.* Princeton University Press, 1966.
Nilsson, Martin P., *The Minoan-Mycenaean Religion and Its Survival in Greek Religion.* Biblo and Tannen, 1971.
Page, Denys L., *History and the Homeric Iliad.* Universidad de California Press, 1972.
Payne, Robert, *The Gold of Troy.* Funk & Wagnalls, 1959.
Pendlebury, J.D.S., *The Archaeology of Crete.* W. W. Norton & Company, Inc., 1965.
Platon, Nicholas, *Zakros: The Discovery of a Lost Palace of Ancient Crete.* Charles Scribner's Sons, 1971.
Renfrew, Colin, *Before Civilization: The Radiocarbon Revolution and Prehistoric Europe.* Alfred A. Knopf, 1967.
The Emergence of Civilisation: The Cyclades and the Aegean in the Third Millennium B. C. Methuen & Co., Ltd., 1972.
Simpson, R. Hope, y J. F. Lazenby, *The Catalogue of Ships in Homers's Iliad.* Clarendon Press, 1970.
Taylour, Lord William, *The Mycenaeans.* Praeger Publishers, 1964.
Tucídides, *The Peloponnesian War.* Traducido por Benjamin Jowett.
The Greek Historians, Vol. I. Random House, 1942.
Ventris, M., y Chadwick, M.: *Documents in Mycenacen Greek.* Cambridge, año 1956.
Vermuele, Emily, *Greece in the Bronze Age.* Universidad de Chicago Press, 1972.
Vitaliano, Dorothy B., *Legends of the Earth.* Indiana University Press, 1973.
Vitaliano, Dorothy B. y Charles J., "Plinian Eruptions, Earthquakes", y Santorin, "A Rewiew". Tomada del ACTA of the First International Scientific Conference on the Volcano of Thera, 1969.
"Volcanic Tephra on Crete." American Journal of Archaelogy. Vol. 78, No. 1, January 1974.
Wace, Alan, *Mycenae: An Archaeologican History and Guide.* Biblo and Tannen, 1964.

Indice

Las cifras en cursiva corresponden a páginas ilustradas.

A
Acrotiri, *mapa* 12, 99-102, 107
  Cama, 102, *109*
  Casas, *94,* 102, *103-106*
  Evacuación, *100-101,* 102, 103
  Frescos, 100, 103, *106, 111-119*
  Metales, *98-99*
  Población, 99, 108
  Puerto, *92-93*
  Vida cotidiana, *94, 96-97*
Africanos, en frescos de Tera, *114-115, 119*
Agamenón:
  Rey de Micenas, 10, 14, 23, 123, 136, 141, 143
  "Máscara de Agamenón", 14, *153*
Agricultura, 47, 62, 67, 135, 137
  Cosechas, 25, 30, 122, 137
  Introducción en el Egeo, 24, 122
Ahhiyawa, 138-139
Amniso, *mapa* 12, 94
Amorgos, escultura de, *38*
Anafe, 96
Anatolia, *mapa* 13, 24, 122, 137
  Comercio, 43
Anfora, *32, 35*
Animales:
  Ganadería, 24, 47
  Sacrificios, 72, 73
Aqueos, 123
  Posible identificación con los *ahhiyawa,* 139
Aquiles, 10, 23
Argos, *mapa* 12, 142
Ariadna, 21
Armadura micénica, *141,* 142, *151*
Armas, 43-44, 57, 126, 130, *135, 141, 150*
Arquitectura:
  Micénica, *120, 127-129,* 130-131, *132-133*
  Minoica, *18-19,* 57, *60,* 61, *63-65,* 75, *76-77,* 78, *81-89*
Asia Menor, *mapa* 13
  Colonias comerciales micénicas, 135, 138
  Imperio hitita, 137-139
  Véase también: Anatolia, Jonia, Turquía
Atenas, *mapa* 12, 39, 72, 91, 142
  Micénica, 135
  Tributo a Minos, 20-21
Atica, *mapa* 12, 13, 140
Atlántida, leyenda de la, 91-92
Atreo, Tesoro de, *127-129,* 130-131, 135
Ayax, 23

B
Bañeras, 57, 77, 78
Beocia, *mapa* 12, 140
Blegen, Carl, 123, 131
Bronce, 14, 20, 43, *99,* 135, *150-151*
Bronce, Edad del, 9, 20, 22, 43
  Antigua, *esquema* 21, 32, 40, 46, 67
  Media, *esquema* 21, 34, 40, 124
  Reciente, *esquema* 21, 36
Bunarbashi, 11, *mapa* 13

C
Calandriani, *mapa* 12, 43
  Ciudadela, *42,* 44
Camares, cerámica de, *34-35*
Camilari, 60-61
Carro de guerra, 130, 142
Casas:
  Cicládicas, 46
  De Acrotiri, *94,* 102, *103-106*
  Modelos minoicos, *58-59*
  Villas minoicas, 57, 67, 73 *88-89,* 108, 134
Cato Zacro, *mapa* 12
  Palacio de, 74-75, *84-85,* 107, 134
Cenizas, teoría de las, 95-96-97, 98, 107-109
Ceos, *mapa* 12, 40, 58
Cerámica, 22, 26, 30, *31-37*
  Anfora, *32, 35*
  Como instrumento arqueológico, 31
  De Camares, *34,* 35
  De Ceros-Siros, 43, *44*
  De Filacopi, 45, 46
  De Grotta-Pelo, 41
  De Urfirnis, *32-33*
  Estilo del palacio, *36*
  Estilo marino, 34-*35,* 36, *37,* 107
  Jaspeada, 32, *33*
  Minia, *34,* 124
  Pithoi, 16, *18, 83*
  Píxide, *32-33, 37*
  Ritón, 32, *33,* 34, *35*
Cerámica cicládica, 45
  Antigua, *32-33, 37,* 41, 43, *44,* 45
  De Ceros-Siros, 43, *44*
  De Filacopi, *45*
  De Grotta-Pelo, 41
  Influjo minoico, 34, 36, 46
  Media, *34-35*
  Reciente, 36, 50
Cerámica heládica:
  Antigua, *32-33*

Cerámica minia, *34,* 124
Media, *34-35*
Reciente, *37-37*
Cerámica minoica, 16, *18,* 20, *31,* 57, *83,* 107
Antigua, *32-33*
Identificación períodos minoicos por, 67, 69
Influjo en estilos cicládicos, 34, 36, 46
Media, *34-35*
Reciente, *36-37*
Cerámica micénica, *36-37,* 132, 135
Cereales, 25, 30, 137
Ceros, *mapa* 12, 43
Estatuillas procedentes de, *54-55*
Ceros-Siros, cultura, *esquema* 21, 43-45
Cíclades, *mapa* 12, 13, 20, 21, 30, 39, 43, 92, 124
Clima y paisaje, 46
Colonias minoicas, 58
Colonización micénica, 135
Comercio, 43, 47
Poblamiento, 39
Tamaño de las islas, 39
Cicládica, civilización, 13, 21, 29, 30, 39-50, 67
Cultura minoica y, 40, 46, 50, 58-59, 67
Escultura, *38,* 40, 41, 49, *51-55*
Fases, *esquema* 21, 41, 45 *(Véase también:* Ceros-Siros, Grotta-Pelo, Filacopi)
Fechas, 13, *esquema* 20-21, 40, 41, 43, 45
Limitaciones y declive, 45-46, 60
Cistas:
Cicládicas, 41
De los protomicénicos, 124
Citera, *mapa* 12, 58
Ciudades:
Cicládicas (Filacopi), 45-46
Cicládico-minoicas (Acrotiri), 99-102, *103-106*
Micénicas, 135, 140-142
Minoicas, 79, 81, 82
Peloponesias, 123, 124, 132-133, 140
Civilización:
Cómo aparece, 22-30, 42
Criterio y definiciones, 40
Modelo de Renfrew, 24-30, 43, 108
Clitemnestra, 14, 23
Cnoso, *mapa* 12, 60
Cerámica, 16, *18*
Escultura, *56*
Estatuillas, *70-71, 72-73*
Modelos de casas, *58-59*
Población, 79
Puerto, 94
Tabletas, 16, 110, 123, 124
Cnoso, palacio de, 16, 17, *18-19,* 20, 21, 57, 59-60, *63-65,* 66-67, *68-69,* 70-80, 86, 109-110
Cuernos de consagración, *72, 81*
Destrucción catastrófica, *esquema* 20-21, 66-67, 79-80, 94, 107
Destrucción final, *esquema* 20-21, 110, 134, 135
Desagüe, *76-77, 78-79*
Evans en, 16, 17, *18-19,* 20, 63, 64, 66-67, 68, 70-71, *72,* 73, 75, 77, 78, 79, 81, 123
Frescos, *63, 64, 68-69,* 70-71, 73-75, 78
Gran escalera, *18-19,* 65, 78
Ocupación micénica, 36, 109-110, 124, 131, 134
Plano, *65*
Salón del trono, *18, 64,* 65, 78-79
Santuario Dobles Hachas, 65, *72-73*
Schliemann en, 14-16
Cobre, 20, 43
Columnas:
En arquitectura micénica, *128, 133*
Minoicas, *63, 75*
Comercio, 25-26, 45, 143
En economía de subsistencia, 24
Micénico, 37, 43, 109-110, 130, 132-133, 135, 137-139
Productos, 28, 47, 92, 93
Tera, *92-93*
Corinto, *mapa* 12, 142
Creta, *8,* 9, *mapa* 12, 13, 16-21, 30, 46, 50, 57-80
Clima, 78
Comercio, 20, 43, 62, 67, 84, 92, 108, 109
Destrucción, 66-67, 79-80, 82, 84, 86, 92, 94-98, 107-110
Ocupación doria, 136
Ocupación micénica, 109-110, 124, 131, 134-135
Sociedades palaciales, 28-29, 60-62, 69-70, 79-80, 108-110, 134
Tabletas de arcilla, 16, 110, 123, 124, *125*
Terremotos, 67, 69, 86, 95, 109
Tumbas en *tholos, 60,* 61
Véase también: Cerámica minoica; Cnoso; Minoica, civilización
Cuernos de consagración, Cnoso, *72, 81*
Cúpula, en arquitectura micénica, *128-129*

Ch
Chadwick, John, 124
Chipre, 143
Colonia micénica, 135
Fuente de cobre, 43

D
Damas en Azul, 68, 71
Dendra, *mapa* 12
Armadura procedente de, *151*
Deportes minoicos, 57, 58, 73-74, *112*
Desagüe, sistema de, *76-77,* 78-79
Despoticos, estatuilla de, *51*
Difusionismo, 22, 24, 45
Dióniso (dios), 26
Diosas minoicas, *70-71, 72*
Dobles Hachas:
Como símbolo, *31,* 72
Santuario de las, *72-73*
Dorios, 136, 142, 144
Dromos, 127, 128, 129
Dubos, René, 108, 109, 136

E
Efecto multiplicador, 26, 67, 69, 80, 108, 131
Efeso, *mapa* 13, 138
Egeo, Mar, *mapa* 12-13
Agitación en 1200 a. C., 139-140, 143-144
Colonias micénicas, 135, 138, 139
Dominio micénico, 58-59, 109, 133-135, 137
Piratería cicládica, 44-47, 59
Piratería de los "pueblos del mar", 138, 143
Piratería micénica, 138, 139, 143
Vulcanismo, 13, 92-98, 102
Egipto, 9, 67, 70, 91
Ataque de los "pueblos del mar", 143
Contactos con minoicos, 20, 58, 84, 92
Contactos con los micénicos, 135
Enfrentamiento con los hititas, 138
Leyenda de la Atlántida, 91-92
Egisto, 14
Enterramientos, 30, 50
Cementerios de cistas, 41, 126
Costumbres cicládicas, 41-43, 45, 49
Costumbres micénicas, 126, *127, 128-129,* 130-131, 135, 145-153
Costumbres minoicas, *60,* 61
Costumbres neolíticas, 41
Costumbres protomicénicas, 124
Véase también: Tumbas
Epiro, *mapa* 12, 136
Escritura:
En las Cíclades, 48
Lineal A, 123, *125*
Lineal B, 123-124, *125,* 131
Micénica (Peloponeso y Creta), 123-124, *125*
Minoica (Creta), 16, 57, 121, *125*
Escudos, *119*
En forma de 8, *141,* 142
Escultura:
Cicládica, *38,* 40, 41, 49, *51-55*
Micénica, *120*
Minoica, 56, *70-73*
Espadas, 44, 126, 130, *135, 150*
Esparta, *mapa* 12, 39, 142
Micénica, 14, 123
Estilo del palacio, *36,* 134
Estilo marino, cerámica de, 34, *35, 36, 37,* 107
Evans, Arthur, 16, *17, 19,* 20, 21, 28, 58, 59, 63, 64, 66-67, 69, 70-71, 72, 73, 75, 77, 78, 79, 81, 107, 110, 123, 131

F
Faienza minoica, *58-59, 70-71*
Festo, *mapa* 12, 61
Disco de, *125*
Palacio de, 59, *86-87,* 88
Filacopi, *mapa* 12, 45-46
Cultura de, *esquema* 21, 45-46
Fortificaciones, 29
Cicládicas, *42,* 44-45, 48, 59
Micénicas, *120,* 126, 131-132, 135-137, 139
No en Creta, 59, 62
Frescos minoicos, 57, *63, 64, 68-69,* 70-71, 73, 74, 75, 78
En Acrotiri, 100, 103, *106, 111-119*
Influjo en micénicos, 131, *133*

G
Galanopoulos, A.G., 91
Gla, *mapa* 12, 139
Graham, J.W., 66, 75, 82, 86

Granero cicládico, *47*
Grecia clásica, 9-10, 49, 109, 124, 136, 140
Mitología de la, 9-10, 20-21, 73, 121, 126, 136, 139-140, 141
Grecia continental, 20, 21, 30, 39, 43, 44, 46
Comercio, 43, 47, 109-110, 130, 132, 135
En la Edad del Bronce, *mapa* 12, 13
En la "Edad Oscura", 142, 144
Escasez tierras cultivables, 135, 137
Influjo minoico, 59, 131
"Invasión" doria, 136, 144
Griego, idioma, 110, 122-124
Griegos, origen de los, 22, 24-25, 29, 121-124
Grotta, *mapa* 12
Grotta-Pelo, cultura, *esquema* 21, 41-43
Guerra, *119*
Auge de la, 29, 43-44
Ausencia entre minoicos, 59-60, 62, 66
Propensión micénica a la, 110, 126, 130, 131, *134-135*, 136
Guerreros, clase de los, 29, 44, 59

H
Hagia Triada, *mapa* 12, *88-89*
Héctor, 10, 23
Heládica, civilización, *esquema* 21, 29, 122, 124
Véase también: Micénica, Cerámica heládica
Helena de Troya, 10, 14, 23
Helesponto, 10, *mapa* 13
Heródoto, 121
Hierro, Edad del, 20
Hissarlik, 10-11, *mapa* 13
Hititas, 137-139, 143
Homero, 9-10, 14, 22, 23, 121, 122, 123, 135, 136, 140, 142-143, 144, 145
Ver también: Ilíada, Odisea
Hood, Sinclair, 74, 75, 110

I
Idomeneo, rey de Creta, 135
Ilíada, 9, 11, 15, 23, 121-122, 123, 144, 147
"Catálogo de las naves", 140-142
Historicidad, 141-143
Ilion, 9, 122. *Véase también:* Troya
Indoeuropeas, lenguas, 24, 57, 122
Itaca, *mapa* 12, 123, 143

J
Jolco, *mapa* 12, 140
Jonia, *mapa* 13, 139, 143
Colonias micénicas en, 138
Joyas:
De Grotta-Pelo, 41
Micénicas, *134, 148-149*
Minoicas, *68*, 70, 71, *114*

K
"Keftiu", 58, 92
Krakatoa, erupción de, 94-95, 100, 102

L
Laberinto, 72
Laconia, *mapa* 12
Lanzas, 43, 57, *119, 141*
Lenguas, 22, 24-25, 122
Indoeuropeo, 24, 57, 122
Protogriego, 110, 122-124
Lerna, *mapa* 12, 20-21, 123, 124
Líbano, factorías micénicas en, 135, 138
Libios, en frescos minoicos, *114-115, 119*
Lineal A, 123, *125*
Lineal B, 123-124, *125*, 131
Louros, estatuillas de, *52-53*
Luce, J.V., 91

M
Macedonia, *mapa* 12
Mackenzie, Duncan, *19*
Maliá, *mapa* 12, 59, 73, 74, 75, *82-83*, 107
Marinatos, Spyridon, 80, 94, 96, 99-102, 103, 108, 111, 113
Mármol, *40*, 42, 47, *51-55*
Máscaras de oro, 14, 148, *152-153*
Mediterráneo, Mar, *mapa* 12-13
Piratería en 1200 a. C., 138, 139-140, 143
"Pueblos del mar" en el, 138
Vulcanismo, 13, 92-98, *100-101*, 102
Mégaron:
En Cnoso, 65
En Pilo, 123, 131-132, *133*
Melos, *mapa* 12, 28, 39, 41, 45, 47, 58
Menelao, rey de Esparta, 10, 14, 23, 123
Metales, 42-43, 47, 130
Fundición, 42, 43
Introducción en el Egeo, 26, 28, 30, 31, 43, 122
Objetos micénicos, 14, *134, 146, 148-153*
Taller metalúrgico de Acrotiri, *98-99*
Micenas, 11, *mapa* 12, 14, 21, 123, 135-136
En tiempos de Homero, 142
Fortificaciones, *120*, 126, 135-136, *137*
Palacio de, 131
Schliemann en, 14, 50, 126, 145, 147, 152
Tesoro de Atreo, *127-129*, 130-131, 135
Tesoro funerario, 14, 126, *145-153*
Tumbas en forma de pozo, *120*, 126, 127, 130, 135, 145
Micénica, civilización, 13, 21, 28, 49, 121-144
Arquitectura, *120, 127-129*, 130, *132-133*
Belicosidad, 110, 126, 130, 131, *134-135*
Cnoso tomado por, 36, 109-110, 124, 131, 134
Colonización del Egeo por, 135, 138, 139
Comercio, 36, 43, 109-110, 130, 132-133, 135, 137-139
Cultura minoica y, 59, 66, 109, 110, 124, 126, 131, *133*, 145
Declive de, 136-140, 143-144
Descubrimiento de, 14-16
Dominio del Egeo por, 133-135
Escultura, *120*
Fechas, 13, *esquema* 20-21, 122, 126
Frescos, 131, *133*
Idioma y escritura, 122-124, *125*
Palacios, *esquema* 20-21, 123, 131, *132-133*
Piratería, 138, 139, 143
Reinos, 134-136
Sociedades palaciales, 132-133, 135-136, 139, 140, 143-144
Mileto, *mapa* 13, 58
Colonia micénica, 135, 138
Minia, cerámica, *34*, 124
Minoica, civilización, 13, 20-21, 28, 29, 50, 57-80
Antigua, *esquema* 21, 67
Arquitectura, *18-19*, 57, *60*, 61, *63-65*, 75, *76-77*, 78, *81-89*
Colonización, 50, 58, 108
Comercio, 20, 43, 62, 67, 84, 92, 108, 109
Cultura cicládica y, 40, 46, 50, 58-59, 67
Cultura micénica y, 59, 66, 109-110, 124, 125, 131, *133*, 145
Descubrimiento de la, 16-21
Dominio del Egeo y fin, 58-59, 133-137
Escritura, 16, 57, 121, *125*
Escultura, *56, 70-71, 72-73*
Fechas, *esquema* 20-21, 67, 69, 80
Frescos, 57, *63, 64, 68-69, 70-71*, 73, *74*, 75, 78, *111-119*
Media, *esquema* 21, 67
Mujeres, *71-72*
Navegación, 58, 59, 66, 84, 108, 109, 111, *114-115*
Nombre egipcio, 58, 92
Origen del nombre, 20, 58
Paz, 59, 60, 62-66
Reciente, *esquema* 21, 69
Sociedad, 59-60, 62, 108-109
Véase también: Cato Zacro, Cerámica minoica, Cnoso, Creta, Festo, Maliá, Palacios
Minos:
Rey de Creta, 20-21, 79
Título, 21, 58
Minotauro, mito del, 20-21, 72
Mitología griega, 9-10, 20-21, 73, 121, 126, 136, 139-140, 141
Moclos, *8*
Muhly, James, 139
Mujer:
En sociedad micénica, 144
En sociedad minoica, *71-72*
Músicos, 49, *54-55*
Mylonas, G., 135, 144

N
Navegación, 39, 45
De Tera, *92-93*
Micénica, 110, 133, 139
Minoica, 58, 59, 66, 84, 109, 111, *114-115*
Naxos, *mapa* 12, 21, 41, 47
Negro, Mar, *mapa* 13
Comercio, 10
Neleo, rey de Pilo, 130
Neolítico, 20, 22, 25-29, 41, 51, 67, 122
Néstor:
Rey de Pilo, 10, 23, 123, 130, 131, 132, 133, 141, 143
Copa de Néstor, *146*, 147
Nielado, *150*
Nilsson, Martin, 72

O
Obsidiana, comercio de la, 28, 39
Odisea (Homero), 9, 23, 135

Olivo, 25, 26, 28-30, 42, 47, 93, *96-97,* 122
Oro, 14, *134,* 145, *146, 148-150, 152-153*

P

Page, Denys, 138-139, 141-142
Palacios:
Micénicos, *esquema* 20-21, 123, 131, *132-133*
Minoicos, *esquema* 20-21, 57, 59, 67-69, 74-75, 78-80, *81-89,* 94, 107-109, 134
(*Véase también:* Cato Zacro, Cnoso, Festo, Maliá)
Papadimitriou, J., 135
Paris (de Troya), 10, 14, 23
Parisienne, La (fresco), 68, 71
Paros, *mapa* 12, 47
Pasífae, reina, 20
Peloponeso, *mapa* 12, 13, 30, 122, 130
Ciudades, 123, 132-133, 140
Incursiones piráticas contra, 140
Ocupación doria de, 136, 142
Penélope, 23, 143
Pesca, 47, *92-93*
Pilo, *mapa* 12, 123, 130, 135, 141, 143
Palacio de, 123, 131, *132-133*
Saqueo de, 139
Tabletas de, 123-124, 131
Piratería:
Al final del período micénico, 138-140, 143
Cicládica, 44-45, 47
De los "pueblos del mar", 138, 143
Dominada por los minoicos, 59, 137
Pithoi (tinajas), 16, *18, 83*
Píxide, *32-33, 37*
Platón, 91, 92
Población:
En las ciudades, 79, 99
Incremento, 30, 59, 67, 108, 133, 137, 139
Preziosi, Patricia, 49
Príamo:
Rey de Troya, 11, 14, 23
"Tesoro de Príamo", 11
Propiedad, 26-28, 29
Psicro, *mapa* 12, 73
Pueblos del mar, 138, 143
Puñales, 43, 44, 126

R

Ramsés II, faraón, 138
Reinos micénicos, 134-136
Religión, 26, 48, 49-50
Minoica, 57, 70, 72-73
Sacrificios, 24, 72, 73
Renfrew, Colin, 8
Concepto de "centro redistributivo", 28, 60, 108
Concepto de "efecto multiplicador", 26, 80, 108
Definición de civilización, 40
Modelo de civilización, 24-30, 43, 108
Reusch, Helga, 79
Ritón, *17,* 32, *33,* 34, *35, 56, 146,* 147
Rodas, *mapa* 13, 58
Colonia micénica, 135, 139
Roma, 109

S

Sacerdotes, 28, 29, 62
Mujeres como, 72, *116*
Reyes-sacerdotes, *69,* 70-72
Santorín, *mapa* 12, 80
Véase también: Tera
"Sartén" cicládica, *33, 37*
Schliemann, Heinrich, 10, *15,* 16, 28, 121
En Cnoso, 14-16
En Micenas, 14, 21, 50, 126, 145, 147, 152
En Troya, 10-11, 15, 49, 50
Schliemann, Sofía, *15*
Sellos egeos, 16, 49
Minoicos, 66, 70, 72, 73
Siete contra Tebas, Los, 139-140
Simpson, Richard Hope, 140, 141
Siros, *mapa* 12, 43
Ciudadela de Calandriani, *42,* 44
Sistemas redistributivos, 28, 46, 108-109
En civilización cicládica, 46, 60
En civilización micénica, 132-133
En civilización minoica, 60, 62, 66, 79-80, 108, 109, 134
Sociedad:
"Absurdos" de Dubos, 108-109, 136
Clases sociales, 26-29, 42, 62, 106, 126
División del trabajo, 26, 42
Efecto multiplicador en, 26, 67, 80, 108, 131
Evolución social, 22-24, 25-29, 62
Modelo de Renfrew, 24-30, 43, 108
Procesos de *feedback* en, 25-26, 27, 28, 29, 109, 136
Sociedad palacial, 28-29, 60-62, 69-70, 79-80, 108-109, 132-133, 135-136
Solón, 91, 92
Subsistencia, sociedades agrícolas de, 22-24, 25
En el Cicládico Antiguo, 40, 43
Sunion, cabo, *mapa* 12, 39

T

Tabletas de arcilla:
Cretenses, 16, 110, 123-*125*
Lineal A, 123
Lineal B, 123-*125*
Peloponesias, 123-124
Tebas, *mapa* 12, 135, 143
Saqueo de, 139
Tefra, 98, 99-100, 102
Tera, *mapa* 12, 13, *90,* 92-107
Cerámica, 34, 35, 99, 100, 102, 107
Erupciones, *esquema* 20-21, 80, 82, 91-95, 97-98, *100-101,* 102, 107-108, 109, 110, 133-134
Estratos de tefra, 98, 99-100, 102
Excavaciones, 98-102, 103-106, 107
Frescos, 100, 103, *106, 111-119*
Tesalia, *mapa,* 12, 140
Teseo, 20-21
Tesoro de Atreo, *127-129,* 130-131, 135
Tholos, 60, 61, *127-129,* 130-131
Tirinte, *mapa* 12, 135, 136, 140
Torno de alfarero, 29, 32, 34
Toro:
Papel en la vida minoica, 21, *56,* 73, 75
Tauromaquias, 73-74, 75
Troya *(Ilion),* 9, 10, *mapa* 13, 122, 135
Buscada por Schliemann, 10-11, 15
Troya II, 11, 49, 50
Troya V, 122
Troya VI, 122
Troya VII (Troya homérica), 11
Troya, caballo de, *23,* 122
Troya, guerra de, 9, 14, 23, 122, 136, 139, 143
Armas, *141,* 142-143
Fecha, *esquema* 20-21, 141
"Catálogo de las naves", 140-142
Tsunamis, teoría de los, 95-96, 98, 107, 109
Tucídides, 39, 121, 123, 141, 144
Tumbas:
Cicládicas, 45
En forma de pozo, *120,* 127, 130, 135, 145
Tholos micénico, *127-129,* 130-131
Tholos minoico, 60, 61
Turquía, 10-11, *mapa* 13

U

Ugarit, 135, 138
Ulises, rey de Itaca, 9, 10, 23, 123, 143
Urfirnis, cerámica de, *32-33*

V

Vatipetro, *mapa* 12, 27
Ventris, Michael, 123-124
Vermeule, Emily, 126, 130, 137
Vestidos:
De Tera, *116-117*
Minoicos, 57, *68-71*
Vid, cultivo de la, 25-30, 42, 47, 122
Villas minoicas, 57, 67, 73, *88-89,* 108, 134
Vino, 25-26, 27, 47
Vitaliano, Dorothy y Charles, 98
Volcanes egeos, 13, 92-98, *100-101,* 102

W

Wace, Alan, 59, 128, 131

Y

Yelmos, *141, 145, 157*

Títulos publicados

1 El Eslabón Perdido (I)
2 El Eslabón Perdido (II)
3 La Vida antes del Hombre (I)
4 La Vida antes del Hombre (II)
5 El Primer Hombre (I)
6 El Primer Hombre (II)
7 El Hombre de Neanderthal (I)
8 El Hombre de Neanderthal (II)
9 El Hombre de Cro-Magnon (I)
10 El Hombre de Cro-Magnon (II)
11 Los primeros Americanos (I)
12 Los primeros Americanos (II)
13 El Neolítico (I)
14 El Neolítico (II)
15 Los Constructores de Megalitos (I)
16 Los Constructores de Megalitos (II)
17 El Descubrimiento de los Metales (I)
18 El Descubrimiento de los Metales (II)
19 Los Celtas (I)
20 Los Celtas (II)
21 El Nacimiento de la Escritura (I)
22 El Nacimiento de la Escritura (II)
23 Los Fenicios (I)
24 Los Fenicios (II)
25 Los Hititas (I)
26 Los Hititas (II)
27 Las Primeras Ciudades (I)
28 Las Primeras Ciudades (II)
29 Las Primeras Culturas de Grecia (I)
30 Las Primeras Culturas de Grecia (II)

Próximo volumen

31 Los Israelitas (I)

ORIGENES DEL HOMBRE

30

Las Primeras Culturas de Grecia (II)

TIME LIFE

folio